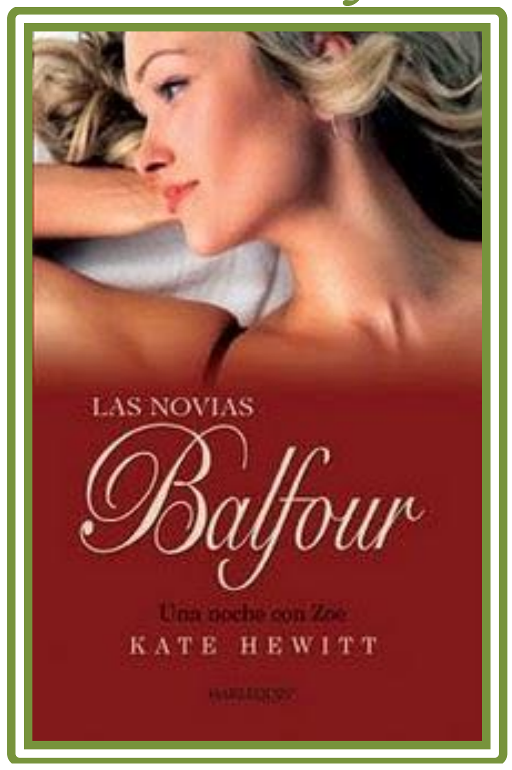
Una Noche con Zoe

Kate Hewitt

Las novias Balfour 5



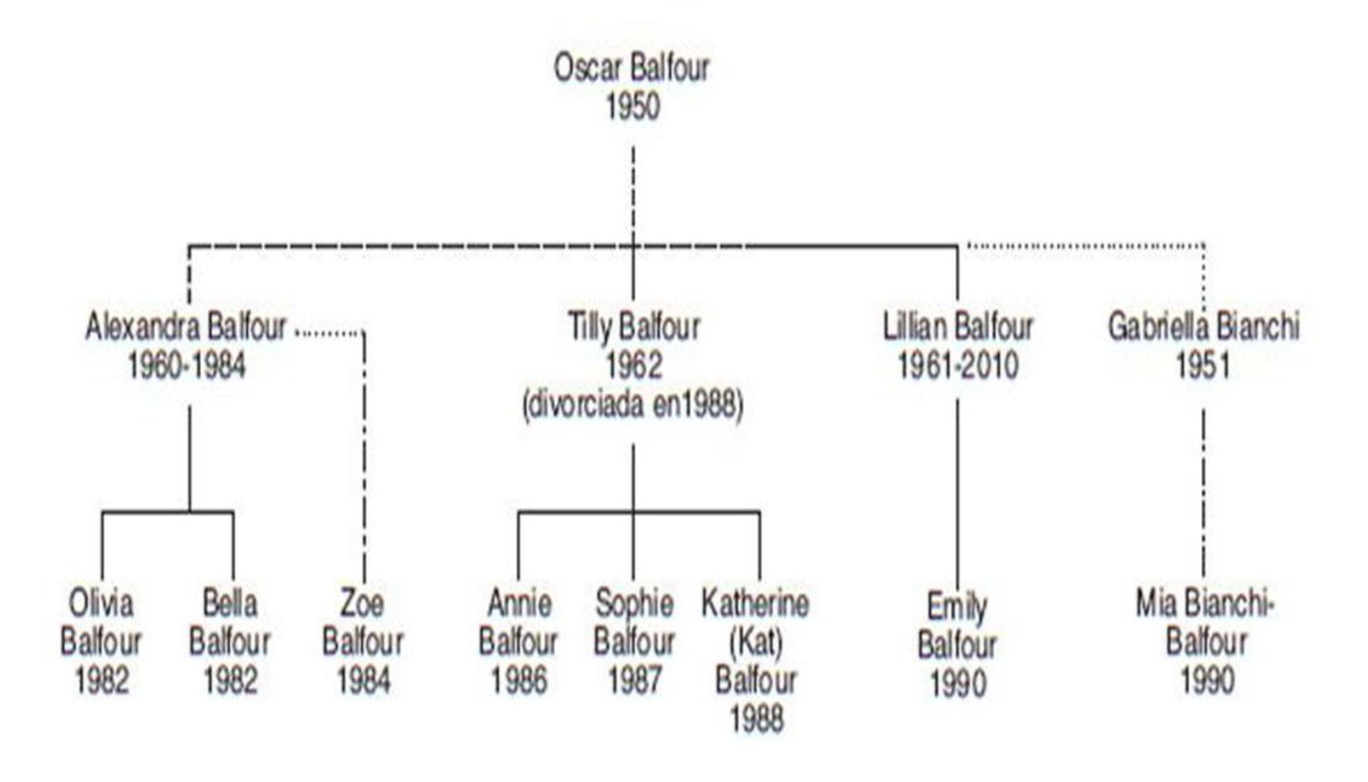
Una noche con Zoe (2011)
Serie multiautor: Las novias Balfour
Título original: Zoe's lesson (2010)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Las novias Balfour 5
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Max Monroe y Zoe Balfour

Argumento:

Ocho mujeres demasiado guapas, demasiado ricas y demasiado mimadas…

El nombre de Zoe Balfour, la heredera ilegítima, estaba en boca de todos. Zoe viajó a Nueva York para recabar información sobre su familia biológica y allí se sorprendió a sí misma pasando la noche en brazos de un guapísimo desconocido.

Max Monroe, el poderoso magnate neoyorquino, sufría una pérdida de visión progresiva que lo había empujado a encerrarse en sí mismo. Una esposa y un hijo no entraban en sus planes. ¿Conseguiría Zoe acceder al corazón de un hombre que tal vez nunca pudiera ver a su propio hijo?



------ Matrimonio
—— Hijas legítimas
.... Relación extramatrimonial
— · — Hijas ilegítimas

La Dinastía Balfour

Las jóvenes Balfour son una institución británica, las últimas herederas ricas. Las hijas de Oscar han crecido siendo el centro de atención y el apellido Balfour rara vez deja de aparecer en la prensa sensacionalista. Tener ocho hijas tan distintas es todo un desafío.

Olivia y Bella: Las hijas mayores de Oscar son gemelas no idénticas nacidas con dos minutos de diferencia y no pueden ser más distintas. Bella es vital y exuberante, mientras que Olivia es práctica y sensata. La madurez de Olivia sólo puede compararse con el sentido del humor de Bella. Ambas gemelas son la personificación de las virtudes clave de los Balfour. La muerte de su madre, acaecida cuando eran pequeñas, sigue afectándolas, aunque.

Zoe: Es la hija menor de la primera mujer de Oscar, Alexandra, la cual murió trágicamente al dar a luz. Al igual que a su hermana mayor Bella, le cautiva la vida mundana y tiende al desenfreno, siempre está esperando el próximo evento social. Su aspecto físico es imponente y sus ojos verdes la diferencian de sus hermanas, pero tras la despampanante fachada se oculta un gran corazón y el sentimiento de culpa por la muerte de su madre.

Annie: Hija mayor de Oscar y Tilly, Annie ha heredado una buena cabeza para los negocios, un corazón amable y una visión práctica de la vida. Le gusta pasar tiempo con su madre en la mansión Balfour, huye del estilo de vida de los famosos y prefiere concentrarse en sus estudios en Oxford antes que en su aspecto.

Sophie: El hijo mediano es habitualmente el más tranquilo y ésta no es una excepción. En comparación con sus deslumbrantes hermanas, la tímida Sophie siempre se ha sentido ignorada y no se encuentra cómoda en el papel de «heredera Balfour». Está dotada para el arte y sus pasiones se manifiestan en sus creativos diseños de interiores.

Kat: La más pequeña de las hijas de Tilly ha vivido toda su vida entre algodones. Tras la trágica muerte de su padrastro ha sido mimada y consentida por todos. Su actitud tozuda y malcriada la lleva a salir corriendo de las situaciones difíciles y está convencida de que nunca se comprometerá con nada ni con nadie.

Mia: La incorporación más reciente a la familia Balfour viene de la mano de la hija ilegítima y medio italiana de Oscar, Mia. Producto de la aventura de una noche entre su madre y el jefe del clan Balfour, Mia se crió en Italia y es trabajadora, humilde y hermosa de un modo natural. Para ella ha sido duro descubrir a su nueva familia y la desenvoltura social de sus hermanas le resulta difícil de igualar.

Emily: Es la más joven de las hijas de Oscar y la única que tuvo con su verdadero amor, Lillian. Al ser la pequeña de la familia, sus hermanas mayores la adoran, ocupa el lugar predilecto del corazón de su padre y siempre ha estado protegida. A diferencia de Kat, Emily tiene los pies en la tierra y está decidida a cumplir su sueño de convertirse en primera bailarina. La presión combinada de la muerte de su madre y el descubrimiento de que Mia es su hermana le ha pasado factura, pero Emily tiene el valor suficiente para salir de casa de su padre y emprender su camino en solitario.

Propiedades De Los Balfour

El abanico de propiedades de la familia Balfour es muy extenso e incluye varias residencias imponentes en las zonas más exclusivas de Londres, un impresionante apartamento en la parte alta de Nueva York, un chalet en los Alpes y una isla privada en el Caribe muy solicitada por los famosos…, aunque Oscar es muy selectivo respecto a quién puede alquilar su refugio. No se admite a cualquiera.

Sin embargo, el enclave familiar es la mansión Balfour, situada en el corazón de la campiña de Buckinghamshire. Es la casa que las jóvenes consideran su hogar. Con una vida familiar tan irregular, es el lugar que les proporciona seguridad a todas ellas. Allí es donde festejan la Navidad todos juntos y, por supuesto, donde se celebra el baile benéfico de los Balfour, el acontecimiento del año, al que asiste la *crème de la crème* de la sociedad y que tiene lugar en los paradisíacos jardines de la mansión Balfour.

Carta De Oscar Balfour A Sus Hijas

Queridas niñas:

Lo menos que se puede decir es que he sido un padre poco atento, con todas vosotras. Han sido necesarios los recientes y trágicos acontecimientos para que me dé cuenta de los problemas que semejante descuido ha provocado.

El antiguo lema de nuestra familia era Validus, superbus quod fidelis. Es decir, poderosos, orgullosos y leales. Esmerándome en el cumplimiento de los diez principios siguientes empezaré a enmendarme; me esforzaré por encontrar esas cualidades dentro de mí y rezo para que vosotras hagáis lo mismo. Durante los próximos meses espero que todas vosotras os toméis estas reglas muy en serio, porque todas y cada una necesitáis la guía que contienen. Las tareas que voy a encargaros y los viajes que os mandaré realizar tienen por objetivo ayudaros a que os encontréis a vosotras mismas y averigüéis cómo convertiros en las mujeres fuertes que lleváis dentro.

Adelante, mis preciosas hijas, descubrid cómo termina cada una de vuestras historias.

Oscar

Normas De La Familia Balfour

Estas antiguas normas de los Balfour se han transmitido de generación en generación. Tras el escándalo que se reveló durante la conmemoración de los cien años del baile benéfico de los Balfour, Oscar se dio cuenta de que sus hijas carecían de orientación y de propósito en sus vidas. Las normas de la familia, de las cuales él había hecho caso omiso en el pasado, cuando era joven e insensato, vuelven a cobrar vida, modernizadas y reinstituidas para ofrecer la guía que necesitan sus jóvenes hijas.

Norma 1ª: Dignidad: Un Balfour debe esforzarse por no desacreditar el apellido de la familia con conductas impropias, actividades delictivas o actitudes irrespetuosas hacia los demás.

Norma 2ª: Caridad: Los Balfour no deben subestimar la vasta fortuna familiar. La verdadera riqueza se mide en lo que se entrega a los demás. La compasión es, con diferencia, la posesión más preciada.

Norma 3ª: Lealtad: Le debéis lealtad a vuestras hermanas; tratadlas con respeto y amabilidad en todo momento.

Norma 4ª: Independencia: Los miembros de la familia Balfour deben esforzarse por lograr su desarrollo personal y no apoyarse en su apellido a lo largo de toda su vida.

Norma 5ª: Coraje: Un Balfour no debe temer nada. Afronta tus miedos con valor y eso te permitirá descubrir nuevas cosas sobre ti mismo.

Norma 6ª: Compromiso: Si huyes una vez de tus problemas, seguirás huyendo eternamente.

Norma 7ª: Integridad: No tengas miedo de observar tus principios y ten fe en tus propias convicciones.

Norma 8ª: Humildad: Hay un gran valor en admitir tus debilidades y trabajar para superarlas. No descartes los puntos de vista de los demás sólo porque no coinciden con los tuyos. Un auténtico Balfour es tan capaz de admitir un consejo como de darlo.

Norma 9ª: Sabiduría: No juzgues por las apariencias. La auténtica belleza está en el corazón. La sinceridad y la integridad son mucho más valiosas que el simple encanto superficial.

Norma 10ª: El apellido Balfour: Ser miembro de esta familia no es sólo un privilegio de cuna. El apellido Balfour implica apoyarse unos a otros, valorar a la familia como te valoras a ti mismo y llevar el apellido con orgullo. Negar tu legado es negar tu propia esencia.

Capítulo 1

Max Monroe observó los cerezo s en flor que había al otro lado de la ven tana. La consulta del médico estaba en Park Avenue. Los capullos estaban abiertos, suaves y rosad os. Parpadeó. ¿Estaban los capullos pegados unos a otros formando una masa rosa indiscernible o se lo estaba imaginando?

Volvió a girarse hacia el médico, que le sonreía con compasión. Cuando Max habló, lo hizo con voz deliberadamente firme.

— ¿de cuánto estamos hablando, un año? —Tragó saliva—. ¿Seis meses?

—Es difícil saberlo —el doctor Ayers miró el informe que relataba la pérdida de visión de Max con una cuantas frases clínicas—. La enfermedad de Stargardt no es un proceso predecible. Como sabes, muchas veces, se detecta en la infancia, pero la tuya se ha descubierto recientemente —se encogió ligeramente de hombros—. Podría s tener unos cuantos meses de visión borrosa, pérdida de la visión central, desmayos repentinos... —se detuvo.

— ¿o? —preguntó Max abriendo la puerta a varias posibilidades no deseadas.

-o podría ser más rápido que eso. Podrías sufrir una pérdida de visión casi completa en cuestión de semanas.

-semanas —Max repitió la palabra con frialdad y volvió a dirigir la mirada hacia los capullos en flor.

Tal vez no llegara a verlos caer, tal vez no presenciara cómo los pétalos ros as se volvían marrones y se arrugaban antes de caer desconsoladamente al suelo.

Semanas.

Max alzó la mano para detener las palabras de simpatía del médico. No quería compasión.

—Por favor —dijo en voz baja sin tiendo un repentino nudo en la garganta.

El doctor Ayers sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—tu caso es único, ya que la conmoción cerebral que sufriste en el accidente podría exacerbar o incluso acelerar las condicione s de la enfermedad. Muchas personas que la padecen pueden arreglárselas...

—Mientras que otras se quedan ciegas —Max completó la frase con frialdad.

Había investigado cuando las primeras ráfagas de oscuridad le nublaron la

visión. De eso hacía tres semanas, pero parecía toda una vida.

El médico volvió a suspirar y agarró un folleto

-vivir con pérdida de visión es un reto...

Max soltó una carcajada amarga. ¿Un reto? A él le gustaban los retos. Perder la visión no era un reto, era devastador. La oscuridad completa, como la que había sentido en el p asado cuando el miedo se apoderó de él, cuando escuchó los gritos... Abandonó aquellos pensamientos y se negó a perderse en los recuerdos. Sería demasiado fácil, y después no lograría encontrar el camino de regreso.

—podría ponerte en contacto con algún grupo, te ayudaría a acostumbrarte a ...

—No —Max apartó de sí el folleto y se obligó a mirar a los ojos al médico.

Inclinó la cabeza para poder ver su rostro borroso con visión periférica, con la que sus ojos se sentían más cómodos. Parpadeó, como si eso fuera a ayudarle. Como si pudiera cambiar algo. El mundo ya estaba perdiendo foco, suavizándose y oscureciéndose por los extremos como una fotografía antigua. Y cuando ya n o pudiera ver, cuando el telón hubiera caído definitivamente, ¿sería la realidad como una antigua fotografía también, borrosa y distante, difícil de recordar y que se iría desvaneciendo con el tiempo? ¿Cómo iba a soportar la oscuridad sin fin? La había sentido una vez con anterioridad no quería volver a enfrentarse a ella, pero no tenía alternativa. Ninguna.

Max sacudió la cabeza para bloquear aquella idea y también la sugerencia del doctor Ayers.

—No estoy interesado en unirme a ningún grupo —aseguró con firmeza—. Me ocuparé de esto a mi manera. Gracias —dijo levantándose de la silla.

Le dolía la cabeza y sentía dolo r en la pierna. Durante un instante se sintió mareado y trató de apoyarse en la esquina del escritorio del médico. Falló y acarició el aire con la mano maldiciendo entre dientes.

—Max...

—Estoy bien —estiró la espalda y echó los hombros hacia atrás al estilo milita r.

La cicatriz que le recorría la cara descendía desde el extremo de la ceja derecha hasta la boca, pasando por la nariz.

—Gracias —volvió a decir antes de salir de la consulta con pasos

cuidadosos.

Al otro lado de la ventana, un pétalo de seda cayó indolentemente al suelo.

***

Zoe Balfour le tendió el chal, que no era más que un pedacito de seda con lentejuelas, a la mujer que estaba en el guardarropa y luego se pasó la mano por el cabello artificial mente rizado. Echó los hombros hacia atrás y se quedó un instante en la entrada del Soho esperando que las cabezas se Giraran. Necesitaba que Lo hicieran, buscaba atención y cumplidos. Necesitaba sentirse como siempre, como si su mundo no se hubiera venido abajo cuando los periódicos publicaron la historia de su origen ilegítimo tres semanas atrás. Entonces el mundo, su mundo, contuvo el aliento asombrado y ella dejó de saber quién era.

Aspiró con fuerza el aire y entró en la galería de arte agarrando una copa de champán de la primera bandeja que encontró. Dio un sorbo y se dio cuenta de que las cabezas se giraban, pero ahora no sabía por qué. ¿Se debía a que una mujer hermosa había entrado en la fiesta o a que sabían quién era... Y quién no era?

Zoe dio otro sorbo a su copa de champán, como si el alcohol pudiera disolver la angustia que se alojaba en su alma, a pesar de su s intentos por divertirse, por olvidar. Sentía miedo y desesperación desde que los periódicos habían revelado la historia de su vergüenza, y más todavía desde su llegada a nueva york tres días atrás, porque su padre la había llamado. No, se corrigió Zoe mentalmente. Su padre no, Oscar Balfour, el hombre que la había criado.

Su padre estaba allí, en nueva york.

Aquella tarde por fin había reunido el valor para detenerse en el exterior del brillante rascacielos de la calle cincuenta y siete, esperando encontrarse con el hombre que había ido a ver. Anduvo de un lado a otro nerviosamente, se tomó tres cafés e incluso se mordió las uñas. Dos horas después seguía sin aparecer, y Zoe volvió al ático que los Balfour tenían en Park Avenue sintiéndose una impostora y una tramposa.

Porque ella no era una Balfour.

Durante veintiséis años había des cansado en la certeza de que era una Balfour, miembro de una de las familias más antiguas, pode rosas y ricas de Inglaterra y de Europa. Y de repente se había enterado, y nada menos que a través de la primera página de los periódicos de cotilleos, que por sus venas no corría ni una gota de sangre Balfour.

No era nadie. Era una bastarda.

-!Zoe! —su amiga Karen buongornimo, la organizadora de la inauguración de la galería, apoyó una maquillada mejilla en la suya—. Estás espectacular, como siempre. ¿Vienes dispuesta a brillar?

-por supuesto —Zoe sonrió con voz alegre. Confiaba en haber sido la única en percibir el tono crispado—. Brillar es lo que mejor se me da.

—Sin duda —Karen le dio un pequeño apretón en el hombro y Zoe hizo un esfuerzo por sonreír.

La cara le dolió al intentarlo—. Tengo que dar las gracias a nuestros patrocinadores, incluido Max Monroe.

Karen puso los ojos en blanco y Zoe alzó las cejas tratando de actuar como si aquel nombre significara algo para ella.

—Es el soltero más codiciado de la ciudad, pero esta noche no está ganando muchos puntos —aclaró Karen.

Zoe dio otro sorbo a su champán . Al parecer había otra persona que tampoco estaba disfrutando, pensó, aunque una parte de su cerebro seguía insistiendo en que se lo estaba pasando bien. Ella siempre era la alegría de la fiesta, y el accidente de su nacimiento no iba a cambiar eso.

—está en una esquina con el gesto torcido. Parece como si tuviera una nube negra encima de la cabeza. No está precisamente comunicativo —Karen hizo un puchero—. Creo que ha consumido una buena dosis de champán, pero sigue siendo muy sexy. La cicatriz le quedaba bien , ¿no te parece?

—Me temo que no veo al hombre del que hablas —respondió Zoe mirando a su alrededor. Le había picado la curiosidad.

—Es difícil no verlo —aseguró Karen—. Es ése que parece que alguien lo está torturando. Tuvo un accidente hace aproximadamente un mes y desde entonces no es el mismo. Una lástima —dejó la copa en un bandeja vacía y le dio a Zoe besos al aire en ambas mejillas—. Bueno, tengo que ir a atraer la atención de la gente.

Zoe sonrió sin ganas y le dio otro sorbo a su copa de champán mientras veía cómo su amiga se abría paso entre los invitados. Normalmente era ella la que se adentraba entre la multitud, pero no encontraba ahora la energía ni las ganas de charlar y coquetear. Lo único que parecía capaz de hacer era recordar.

Un escándalo pone en peligro el legado de los Balfour:

¡La sangre azul no es tan azul!

Los titulares de los periódicos se repetían en su mente desde que un periodista había logrado infiltrarse en el baile benéfico de los Balfour y había escuchado la discusión de sus hermanas. Éstas habían descubierto la verdad sobre el nacimiento de Zoe en el diario de s u madre. Ojalá nunca hubieran abierto aquel viejo cuaderno, pensó ella. Deseaba poder olvidar la verdad que ya nunca la abandonaría.

El dolor y la vergüenza eran demasiado fuertes como para enfrentarse a él los, así que no lo hizo. Aceptaba todas las invitaciones, iba a todas las fiestas para tratar de olvidar la vergüenza de su nacimiento. Buscó a sus amigos más juerguistas y actuó como si no le importara. Pero estaba paralizada, como entumecida. Maravillosamente entumecida.

Oscar había permitido durante do s semanas que apenas estuviera en casa, que llegara de madrugada y se pasara el día durmiendo. Después la llamó a su despacho, aquel santuario de caoba y cuero en el que flotaba el olor a tabaco de pipa. Siempre le había gustado aquella habitación tan masculina y los recuerdos de las tardes acurrucada en la butaca de su padre, leyendo enciclopedias y soñando con lugares lejanos y nombres de plantas y animales exóticos.

Pero aquella tarde no leyó ninguna enciclopedia. Se había limitado a quedar se en la puerta con el rostro pálido y una buena resaca.

—Zoe —su padre se giró desde el escritorio para mirarla con la compasión de un desconocido, pensó ella, no con un sentimiento paternal—. Esto no puede seguir así.

Zoe tragó saliva y se encogió ligeramente de hombros. Le dolía la cabeza.

-no sé qué...

—Zoe —repitió él con más firmeza —, llevas dos semanas de fiesta en fiesta, sabe dios haciendo qué...

-tengo veintiséis años —le respondió ella malhumorada—. Puedo hacer lo que me plazca.

—No en mi casa y no con mi dinero —afirmó Oscar con tal dureza en la mirada que Zoe bajó la vista—.

Sé que la historia que ha contado ese asqueroso periódico te ha dolido, pero...

—No es una historia —lo interrumpió ella mirándolo desafiante—. Es la verdad .

Oscar guardó silencio durante un instante, un instante demasiado largo.

—Oh, Zoe —dijo finalmente sacudiendo la cabeza—. ¿Es eso? ¿Crees que acaso importa?

—Por supuesto que importa —replicó ella en voz baja—. A mí me importa.

—Bueno, pues te aseguro a que a mí no —contestó Oscar con firmeza—. Si quieres que te sea sincero, lo sospechaba desde antes de que tú nacieras.

—¿cómo? —Zoe reculó como si le hubieran dado una bofetada—. ¿Tú lo sabías?

—lo sospechaba —respondió él con voz pausada—. Tu madre y yo... Bueno, hacía tiempo que tu madre y yo no éramos felices y…

-¿lo has sabido todo este tiempo y nunca pensaste en decírmelo? —Zoe sacudió la cabeza y se tragó las lágrimas de furia.

-¿para qué iba a decírtelo? —Preguntó él con ternura—. Eres mi niña, siempre lo has sido.

Zoe se limitó a volver a sacudir la cabeza, era incapaz de ponerle voz al torrente de sentimientos que la atravesaba. ¿Cómo iba a explicarle a su padre que a ella sí le importaba ? No era una Balfour. Aquél no era su sitio.

—Sé que esto es difícil para ti —continuó Oscar con voz pesarosa—. En cuestión de meses has perdido a tu madrastra, has descubierto que tienes otra hermana. ..

—No la tengo —Zoe miró a su padre directamente a los ojos—. Mia no lleva mi misma sangre.

Le dolía decirlo. Hacía unas semanas que ella y sus hermanas habían descubierto que Oscar había tenido una aventura antes de casarse con Lillian, y habían conocido a la hija resultante de aquella aventura de una noche. Mia había descubierto que era una Balfour mientras que Zoe había averiguado que ella no lo era. La ironía le sabía amarga.

—No es una cuestión de sangre — apuntó Oscar—. Sé que he cometido muchos errores a lo largo de los años, Zoe, pero seguro que sabes que te quiero y sientes que he sido un padre para ti.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y apartó la cara.

—pero no soy una Balfour.

Oscar guardó silencio durante un largo instante.

—Entiendo —dijo finalmente con tono decepcionado—. Se trata sólo del apellido. ¿Te preocupa lo que vaya a decir la gente?

A Zoe se le subió la sangre al rostro y se giró hacia él de nuevo.

—¿y qué si es así? No es tu fotografía la que sale en las páginas de todos los p eriódicos de cotilleos.

—lo cierto es que sí, y también la de tus hermanas —Oscar suspiró—. Veo mi intimidad y mis errores divulgados a los cuatro vientos, y estoy aprendiendo a mantener la cabeza alta a pesar de todo. Espero que tú también lo hagas, porque ni tu apellido ni la sangre que corre por tus venas cambian quién eres.

Zoe no dijo nada, pero en el fondo sabía que no era así. De niña siempre se había sentido distinta, como si aquél no fuera su sito. Pensaba que se debía a que bella y Olivia eran gemelas; tenían un vínculo que nadie podía romper. O tal vez se debiera a que era la única que no tenía recuerdos de su madre, ya que Alexandra murió al darla a luz a ella. Emily tenía a Lillian, a la que todo el mundo adoraba. Kat, Sophie y Annie tenían a su madre, Tilly, a la que las demás también querían.

Zoe no tenía a nadie. No tenía una madre propia. Y ahora entendía por qué se sentía tan distinta. Aquél no era su sitio. No se trataba sólo de una sensación; era la verdad.

—Quiero que vayas a nueva york —dijo Oscar sacando una cartera de cuero del cajón.

Dentro había un billete de avión en primera clase.

—puedes quedarte todo el tiempo que quieras en el apartamento.

Ella tomó la cartera.

—¿por qué quieres que me vaya? — preguntó. Oscar suspiró y se frotó el entre cejo.

—yo también he leído el diario de tu madre, Zoe, y por las cosas que escribió me hago una idea de quién... De quién podría ser tu padre biológico —concluyó.

Zoe se puso tensa.

—¿lo sabes? ¿Quién es?

Oscar señaló hacia la cartera.

—los detalles están ahí. Vive en nueva york, y creo que te hará bien saberlo...

Y tal vez incluso buscarlo —sonrió con cierta tristeza—. Eres más fuerte de lo que crees, Zoe.

Ella no se había sentido fuerte entonces ni se sentía en ese momento. Se sentía destrozada, demasiado débil incluso para mirar al hombre que había ido a buscar. Demasiado asustad a para hablar siquiera con nadie en aquella fiesta.

Dio otro sorbo a su copa de champán. Valor. Dios sabía que lo necesitaba.

***

Max observó a la gente reunida e n la galería de arte. Era una masa de formas brillantes y borrosas. ¿Había empeorado su visión desde que salió de la consulta del médico hacía unas horas o se trataba de un efecto psicológico? ¿Era su mente la que quería hacerle pensar que veía menos?

Dio un sorbo a su champán con el hombro apoyado en una de las columnas de metal de la galería. No deseaba ir allí aquella noche. La única razón por la que lo había hecho era que su empresa, Monroe consulting, había donado una extraordinaria cantidad de dinero para financiar la exposición de los cuadros que colgaban de las paredes. Max los miró sin entender muy bien por qué había donado un cuarto de millón de dólares par a apoyar lo que le parecía arte del malo, pe ro seguramente eso no importaba. Alguien de la junta había tomado la decisión meses atrás, y él firmó porque no le importaba demasiado. Estaba demasiado ocupado con su vida, dirigiendo la empresa, pilotando su avión y buscando a la siguiente mujer bella que colgarse del brazo. Todos aquellos pasatiempos, pensó con tristeza, le serían negados pronto de un modo u otro. Algunos, como volar, ya no podía llevarlos a cabo. El resto era sólo cuestión de tiempo.

—Max —una mujer le tomó la mano entre las suyas y él aspiró con fuerza s u empalagoso aroma a

Flores—, me alegro mucho de que hayas venido, teniendo en cuenta que...

No terminó la frase, pero Max n o estaba de humor para dejarla irse de rositas. No podía distinguir claramente sus facciones, pero e l nauseabundo perfume y el modo de hablar, en susurros, le decían todo lo que tenía que saber. Era Letitia Stephens, una de las ancianas más conocidas de la alta sociedad de nueva york, y una reconocida cotilla.

Max alzó una ceja y mostró su sonrisa más social.

— ¿teniendo en cuanta qué, Letitia?

Se hizo una pequeña pausa y la mujer apartó las manos de la suya.

—Oh, Max —dijo con falsa compas ión—, todo el mundo está muy preocupado por ti desde el accidente.

El atisbo de buen humor de Max s e evaporó al instante. No quería que le recordaran el accidente. El humo, la repentina oscuridad, la angustiosa certeza de lo que había sucedido, el dolor... No, no quería recordar.

Se estiró con el cuerpo tenso y los hombros hacia atrás, una postura que recordaba de sus años en el ejército y también de su infancia.

«Ponte recto. Actúa como un hombre».

—Gracias por tu preocupación —dijo para zanjar el asunto.

Y por una vez, Letitia Stephens fu e lo suficientemente inteligente como para captarlo.

Max se alegró de no poder ver la mirada asesina que sin duda le estaba dirigiendo. Se dio la vuelta sin dar pie a otro tema de conversación.

Una vez a solas, se terminó el resto del champán y pensó en marcharse. No eran ni las nueve, y la organizadora de aquel evento, una celebridad llamada Karen buongornimo, todavía no había hablado. Le daría las gracias públicamente, tenía que quedarse.

Decidió que aquél sería el último acto social al que acudiría. No sólo era difícil navegar en un mar de rostros y cuerpos borrosos; también resultaba peligroso y humillante. No estaba dispuesto a soportarlo. Torció el gesto elevó la copa para que se la rellenaran.

***

Zoe estaba un poco apartada del bullicio, agarrada a su copa de champán y evitando hablar con nadie. Vio cómo Karen pedía la a tención de los asistentes y escuchó a medias su florido discurso sobre la importancia de apoyar a los artistas emergentes y sobre lo generoso que había sido Monroe consulting. Monroe consulting... Debía ser la empresa de Max Monroe, el hombre de la nube negra. Zoe sintió otra punzada de curiosidad. Bebió el resto de champán que quedaba en su copa. Aquélla no era una noche para pensar. Ni para recordar. Era una noche para divertir se. Eso se le daba bien; siempre se le había dado bien. Y ahora le ayudaba a olvidar.

—estoy segura de que a Max Monroe le gustaría decir unas palabras.

Siguió un silencio desafiante. Las cabezas se giraron en espera de que el aludido dijera algo. Pero no lo hizo. Cuando el silencio se hizo demasiado largo y varias personas se aclararon la garganta, Max habló.

—voy a decir una palabra --aseguró con tono seco, casi amargo—. Salud.

Se hizo otra vez el silencio, y entonces alguien rompió a reír para terminar con la tensión. Al parecer nadie quería que la fiesta se estropeara.

-¡salud! —exclamó Zoe agarrando otra copa de champán.

Tal vez ya no fuera una Balfour, pero podía seguir actuando como tal. Aquella noche quería divertirse.

-¿estás ahogando las penas, querida?

Zoe se quedó paralizada. Conocía aquella voz, odiaba aquella voz. Se giró lentamente sin querer dar crédito a lo que veía: Holly Mabberly, su tormento del internado y de la alta sociedad de Londres. No eran enemigas declaradas. Demasiado poco civilizado para ambas. De h echo, la mayoría de la gente pensaría probablemente que eran amigas. Se daban besos al aire en las mejillas y charlaban en público, riéndose con elegancia mientras tomaban copas.

Pero Zoe nunca llamaría a Holly amiga. Recordaba cómo en cuarto curso, en westfields, cuando una compañera fue descubierta robando un lápiz de labios en la tienda del pueblo y fue expulsada, Holly sonrió con absoluta frialdad y dijo:

—bueno, es un alivio.

Zoe no sabía por qué se le había quedado grabado, por qué aquella sonrisa le había helado la médula, pero así había sido. En la fría mira da de Holly había presentido la emoción de u n depredador, el deseo de ver caer a los que estaban alto.

Y sin duda, aquél era el momento que esperaba, porque Zoe había caído realmente bajo.

Vaciló una décima de segundo antes de darle un sorbo final a su copa y apurarla. Luego alzó la cabeza y la dejó en la bandeja más s cercana.

— ¿qué penas, Holly? —Preguntó con dulzura—. Me lo estoy pasando como en mi vida.

La boca de Holly se curvó ligera mente en gesto de falsa compasión. Extendió el brazo para rozar la delicada piel del de Zoe con sus uñas.

—no necesitas fingir conmigo, Zoe . Sé cómo te sientes... Bueno, no puedo saberlo realmente porque yo no soy... Ya me entiendes..., pero i magino que debes sentirte absolutamente... —se detuvo un instante para buscar la palabra antes de soltarla con ganas— destrozada. Y perdida —añadió con tristeza.

Zoe parpadeó, sorprendida de que Holly hubiera dado en el clavo. Se sentía exactamente así, perdida. Pero recompuso su expresión y esbozó una sonrisa.

—¿perdida? —Repitió con una breve carcajada—. Dios mío, Holly, qué melodramática. ¿Por qué iba a sentirme perdida?

—Querida —Holly le clavó con más fuerza las uñas—, ya te he dicho que no tienes que fingir conmigo

—Bajó todavía más la voz—. ¿Te sientes acosada?, ¿por eso has venido a nueva york, para librarte de los cotilleos, los murmullos y las miradas?

—estoy bien, Holly —consiguió decir, pero su voz sonó hueca.

Habían transcurrido tres semanas desde el baile, pero Holly era el primer a persona que se había atrevido a hablarle directamente de la historia publicada en el periódico. Daba lo mismo, había docenas de personas como Holly Mabberly en el mundo, en su vida, gente que actuaría igual que ésta, disfrazando su desprecio y su burla de simpatía. Se zafó del brazo de Holly y le dirigió una sonrisa heladora.

—siento decepcionarte, porque seguro que preferirías verme hecha un mar de lágrimas, pero lo cierto es que estoy bien.

Holly sacudió la cabeza.

—Oh, querida, no la pagues conmigo —le pidió con una combinación perfecta de reproche y lástima que enfureció a Zoe—. Imagino lo difícil que debe estar siendo para ti. Ya no puedes ir por Inglaterra con la cabeza alta, ¿verdad? — Le dio una palmadita en la mejilla—. Al me nos, no entre la gente importante —chasqueó la lengua —. Es muy, muy triste.

Para horror suyo, Zoe se dio cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Qué estúpida. Los comentarios de Holly eran infantiles y destinados a herir, ¿cómo podía permitir que lo consiguieran? ¿Y cómo iba a echarse a llorar allí? Quería mantener la cabeza bien alta, como Oscar había dicho, pero no estaba muy segura de lograrlo. No era fuerte, por mucho que él pensara lo contrario.

No lloraría delante de Holly Mabberly, ni en aquella sala llena de desconocidos que, de pronto, le parecieron simplemente una pandilla de fisgones. No había llorado desde que se enteró de la noticia, se había mantenido entera a pesa r de estar rota por dentro. ¿Por qué diablos iba a venirse abajo en medio de una fiesta?

—oh, Zoe —murmuró Holly extendiendo de nuevo el brazo.

Ella dio un paso atrás para evitar la.

—Déjame en paz, Holly —le pidió con un sollozo estrangulado que la llevó a cerrar los ojos, humillada.

Se dio la vuelta para alejarse de Holly y fue desesperadamente en busca de otra copa de champán. Cualquier cosa con tal de olvidar se de aquel espantoso momento, de su falsa vida.

Medio escondida detrás de una columna y tras unas cuantas respiraciones y unos cuantos sorbos de champán, la amenaza de las lágrimas había desaparecido por suerte y Zoe se sentía mejor.

Miró a su alrededor, consciente de que la estaban mirando con curiosidad y murmurando. ¿Eran imaginaciones suyas? Dirigió la vista hacia el hombre que estaba en una esquina de la sala, con el hombro apoyado contra una columna y una copa de champán en la mano. Era guapísimo y tenía el pelo negro, la piel aceitunada y una altura que hacía justicia al carísimo traje azul marino que llevaba puesto. Sin embargo, fue la expresión de su rostro lo que atrajo la a tención de Zoe. Parecía no tener ningún interés en la fiesta ni en ninguna persona que estuviera allí, y la idea le provocó un extraño alivio. Allí había un hombre que no iba a acosarla con preguntas e indirectas durante la conversación; parecía como si no quisiera hablar, de hecho.

Zoe se pasó la mano por el pelo, aspiró con fuerza el aire y se estiró el top de seda verde que llevaba puesto. Con una sonrisa empasta da en el rostro se dirigió hacia el único hombre de toda la sala que sin duda no estaba interesado en Zoe Balfour.

Tal vez, pensó, mostraría algún interés por Zoe.

Capítulo 2

No la vio llegar, la sintió. Una repentina descarga eléctrica le atravesó directamente el corazón y agarró con fuerza la copa.

—Hola —la voz de la mujer resultaba ronca y sensual.

A Max le pareció que tenía acento inglés, y lo confirmó cuando volvió a hablar.

—he venido a comprobar que está s tan aburrido como pareces.

—Seguramente más —contestó él girándose para verla, al menos todo lo que podía.

Vio la cascada de cabello dorado, la suave curva de una mejilla y un brillo verde, el de los ojos y el del top. Olía a agua de rosas. Sintió una inesperada punzada de deseo.

—oh, eso no está bien —contestó ella con una breve carcajada que sonó a campanillas de cristal—. ¿Crees que otra copa lo arreglaría?

—Ya he tomado demasiadas —aseguró Max con brusquedad.

¿Qué sentido tenía alentar aquel coqueteo? Si ella supiera...

—pues yo no.

Max vio cómo alzaba uno de sus esbeltos brazos y al instante apareció un camarero. Ella agarró una copa de la bandeja y se giró hacia él dando un sorbo.

—si estás tan sumamente aburrido, ¿por qué has venido esta noche?

—porque mi empresa ha donado u n cuarto de millón de dólares para financiar esas monstruosidades de las paredes.

-ah, por supuesto —la joven volvió a reírse con naturalidad—. Eres Max Monroe, el que tiene encima una nube negra.

-es la primera vez que escucho es o —respondió él con humor.

Por primera vez desde hacía semanas se estaba divirtiendo, o casi.

—bueno, no has sido precisamente el alma de la fiesta, ¿verdad? —dijo Zoe encogiéndose de hombros. Al hacerlo, el top de seda le rozó la suave piel.

Max lo supo, a pesar de que no podía ver. Aunque sus ojos sólo distinguían formas borrosas, su cuerpo sintió algo. Todo su cuerpo se despertó al deseo.

No había estado con una mujer desde el accidente, no había sentido más contacto que el de las asépticas manos de un médico y, de pronto, lo anhelaba. Necesitaba estar cerca de alguien, aspirar su aroma y sentir su piel. Y más que eso. Moverse con ella, dentro de ella. Calmar el vacío y la soledad.

Aunque no llegara a ningún sitio, aunque durara sólo una noche. Aunque fuera con una de las muñecas superficiales de la alta sociedad, lo que sin duda debía de ser aquella joven.

—supongo que no necesito ser el alma de la fiesta —dijo finalmente—. Para eso ya estás tú.

Conocía a las de su tipo, sabía que debía ser una mujer hermosa y segura de sí misma para acercarse a un desconocido y ofrecerle una copa. Era la clase de mujer que él buscaba, la que siempre había deseado.

Y la deseaba en ese momento. No hacía falta que supiera que estaba casi ciego; ni siquiera se quedaría a pasar la noche. Él se aseguraría de ello.

Sintió cómo ella se estremecía durante una décima de segundo. Luego Zoe se en cogió de hombros y dio otro sorbo a su copa.

—No puedo negar que me gusta divertirme —aseguró con alegría.

— ¿y te estás divirtiendo esta noche? —quiso saber él.

—no, creo que me estoy aburriendo tanto como tú —confesó ella riéndose—. P ero lo disimulo mejor.

—Es cierto, yo soy el que tengo la nube negra —Max arqueó una ceja—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Mi amiga Karen ha organizado este evento —se explicó ella con tono despreocupado—. Dijo que te reconocería por la nube negra que tienes encima de la cabeza y también por... La cicatriz.

Zoe alzó la mano y, durante un instante, Max pensó que iba a tocarlo. No se movió. La mano, pálida y delicada, se detuvo un momento en el aire antes de que la dejara caer a un costado. Max sintió como si de pronto todo hubiera cambia do, como si el coqueteo se hubiera transformado de pronto en algo oscuro, íntimo y demasiado intenso. No quería su compasión, pero anhelaba su contacto.

—Supongo que esto es como lo del elefante en la habitación —continuó ella con cierta tristeza—. Nadie habla nunca de ello. ¿Sufriste un accidente de coche o algo parecido?

—Algo parecido —aunque ella le había hablado con cierta tensión, Max sintió admiración por su candor. Muy pocas personas le decían la verdad de forma directa. Estaba rodeado de arribistas y aduladores que sólo decían lo que creían que quería oír.

—en cualquier caso, lo siento —dijo en voz baja.

Y Max se dio cuenta de que lo decía en serio. Eso le sorprendió, y no quería que lo sorprendieran. Era más fácil creer que era una superficial. Quería una compañera de cama, no su alma gemela. Para eso ya era demasiado tarde. Guarda ron silencio durante un instante, y Max se preguntó si se habría marchado.

—Entonces —dijo él con una voz sensual y grave que llevó a Zoe a acercarse más para poder oírle—, ¿de verdad esta fiesta te aburre tanto como a mí?
No quedaba duda de cuáles eran sus intenciones.

Ella guardó silencio durante un largo instante y luego se giró de modo que sus rostros quedaron muy cerca y él pudo mirarla directamente, o todo lo directo que podía mirarla con visión periférica. Y durante un instante, a pesar de los puntos y la nebulosa, la vio perfectamente. Tenía los ojos de un verde brillante y la boca perfecta y rosada. Sonreía.

—Sí —contestó ella con dulzura—. Creo que sí.

—Bien —dijo Max dejando la copa vacía en una bandeja—. ¿Por qué no nos vamos juntos de aquí?

Zoe vio cómo se movía; caminaba con pasos cuidadosos y se preguntó si habría resultado herido en el mismo accidente de la cicatriz. Sin duda esperaba que lo siguiera y, tras unos segundos de vacilación, fue lo que hizo ella.

Normalmente no se marchaba de las fiestas con completos desconocidos. A pesar de su reputación de juerguista, no era tan promiscua como su hermana mayor. Bella. No tenía aventuras de una noche. Prefería bailar, reír y coquetear... Y luego volver a casa sola.

Pero ¿acaso no habían cambiado las normas? ¿No había cambiado ella? Ya no era Zoe Balfour. Haría lo que le apeteciera. Y le daba la sensación de que en Max Monroe había algo parecido a lo que ella sentía, una oscuridad, una desesperación. Los iguales se atraían, pensó, y quiso seguirlo. Quería estar con él.

Por supuesto, no cabía duda de que era un hombre atractivo. El deseo se apoderó de ella mientras observaba su ancha espalda y las estrechas caderas cuando pasaron por delante de la gente camino al vestíbulo. Zoe iba detrás sin ser consciente de las miradas de los demás.

Le tendió el número a la señora del guardarropa y agarró su chal. Se fijó en que Max estaba dando instrucciones por el móvil. Luego lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y se giró hacia ella.

—mi coche estará aquí en seguida.

—Estupendo —contestó Zoe sin saber que más decir.

Se estaba dando cuenta de lo poco que sabía de aquel hombre y de lo enfadado que parecía. ¿Sería aquello una buena idea?

—No tienes por qué venir —dijo entonces él bruscamente—. Pareces nerviosa.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—no sé lo que pensarás, pero no suelo comportarme así.

Max arqueó una ceja con curiosidad.

— ¿y cómo te sueles comportar? — preguntó—. ¿Quién eres?
La pregunta sobresaltó a Zoe, porque no había querido hacérsela a sí misma durante las últimas tres semanas. Se lo quedó mirando en asombrado silencio hasta que él le aclaró con impaciencia:

—sólo quiero saber cómo te llamas.

—Zoe.

El arqueó la ceja un poco más.

— ¿Zoe a secas?

—Sí —contestó ella con firmeza—. Zoe a secas.

Una limusina se detuvo ante la entrada de la galería y Max la escoltó fuera. Un chófer vestido de uniforme salió del coche y le abrió la puerta para que entrara.

— ¿te lo estás pensando dos veces? —le murmuró Max al oído.

Su respiración fresca y con aroma a menta y champán acarició la mejilla de Zoe.

—Más bien tres veces —respondió ella.

Una leve sonrisa cruzó el rostro de Max iluminando sus facciones y aliviando la tensión.

—Eres una mujer muy hermosa, Zoe —afirmó apartándole un mechón de cabello del hombro desnudo—. Estoy seguro de que cualquier hombre querría estar ahora mismo en mi lugar.

Ella se estremeció con la leve caricia. El corazón empezó a latirle con fuerza por el deseo. Nunca la había perturbado tanto un simple roce. Subió en silencio al coche y Max lo hizo tras ella. El chófer cerró la puerta y, en cuestión de segundos, estaban desplazándose a toda prisa por la oscuridad de la ciudad.

Zoe se recostó en el asiento de cuero y dirigió la vista hacia el bien provisto minibar. ¿De verdad se había subido al coche con un completo desconocido? Bueno, pensó con nerviosismo, al menos se trataba de una limusina. Se obligó a sí misma a relajarse y estiró los brazos por el respaldo del asiento dejando caer la cabeza como si estuviera muy cómoda y en su elemento.

— ¿adónde vamos?

Aunque Max iba sentado a su lado, parecía de pronto a miles de kilómetros de allí mientras contemplaba la oscuridad a través de la ventanilla.

—mi apartamento está en Tribeca. A menos que prefieras ir a otro sitio —dijo girándose hacia ella con una sonrisa.

— ¿y perderme tu apartamento? Estoy segura de que es fabuloso —aseguró Zoe apartándose el cabello de los hombros.

—y yo estoy seguro de que estás acostumbrada a lo fabuloso —murmuró él.

No volvieron a hablar y cayeron en un silencio tenso cargado de pensamientos y expectativas. Cuando la limusina se detuvo, Zoe salió después de Max. Estaban en un p alimento de baldosas antiguas, mortal para sus tacones, frente a lo que parecía un almacén abandonado cerca del muelle. A Zoe le dio un vuelco al corazón. ¿Dónde se había metido? Se dio la vuelta; la limusina había desaparecido y allí no había ni un alma... A excepción de Max.

Estaba de pie sobre las irregulares baldosas y parecía paralizado, como si no supiera adónde ir o tuviera miedo de moverse. La expresión de incertidumbre de su rostro, visible bajo la mortecina luz amarilla de la farola, borró los miedos

de Zoe y la llevó a hablar con dulzura.

— ¿Max?

—Por aquí —dijo él con brusquedad, sacudiéndose aquella expresión de in certidumbre antes de dirigirse con pasos firmes hacia el almacén.

Cuando se acercaron, Zoe se dio cuenta de que no se trataba en absoluto de un almacén abandonado. Tal vez lo fuera en el pasado, pero al aproximarse resultaron claramente visibles las señales de remodelación. Lo que le habían parecido ventanas rotas eran cristales tintados. Las puertas de entrada estaban construidas en el mismo material y tenían picaportes cromados. El portero se apresuró a abrirles, y Max cruzó la puerta con paso casi militar mientras Zoe lo seguían pisándole los talones.

Aquella no era la mejor forma de comenzar la velada, pensó algo resentid a. Y sin embargo, no se sentía tentada de marcharse. Max Monroe la fascinaba y, más que eso, había conseguido sin saber cómo acceder a un lugar de su interior que ni ella sabía que existía. Cuando él la tocó, sintió que algo cobraba vida dentro de ella. Algo que no tenía nada que ver con Zoe Balfour, aunque sí con Zoe a secas.

Y por eso lo siguió a través del vestíbulo del edificio, por el suelo pulido de mármol negro, hasta llegar a los brillantes y veloces ascensores. Max entró y deslizó el dedo por los botones hasta que encontró el del ático y luego pulsó. El apartamento de los Balfour en Park Avenue también era un ático, con su zona de servicio sepa rada. Era una preciosa y bien conservada reliquia del pasado, y Zoe supo instintivamente que el ático de Max Monroe iba a ser algo completamente distinto.

Y lo era. Las puertas del ascenso r se abrieron directamente al apartamento y Zoe sintió que estaba entrando en el cielo. Estaba rodeado de ventanales que iban del suelo al techo, y el río Hudson brillaba a una manzana de distancia. A lo lejos brillaban las luces de uno de los muchos puentes de Manhattan. Zoe se giró y, al otro lado, vio la punta del Empire State alzándose hacia el cielo. Tras él, un mar de rascacielos cubría e l horizonte.

Se dio la vuelta lentamente en círculo, saboreando la vista en todas direcciones hasta que finalmente se volvió hacia Max, que se había quitado la chaqueta y se estaba aflojando la corbata. No miró la vista ni una sola vez.

—Impresionante —murmuró ella—. ¿Te cansas alguna vez de estas vistas?

—No —contestó con tal firmeza que Zoe se preguntó si había dicho algo malo.

Max se movió por el apartamento encendiendo algunas luces que iluminaron suavemente la estancia. Zoe observó el austero mobiliario, los masculinos sofás de cuero y la impecable cocina de acero que contaba con todas las comodidad es y que parecía no haberse utilizado jamás.

Sus tacones resonaron sobre el suelo de madera de cerezo brasileño cuando se acercó a la ventana. En realidad se trataba de una puerta de vidrio, con un picaporte discreto, a través de la cual se accedía a una enorme terraza.

Escuchó cómo Max andaba y sintió que se colocaba detrás de ella. Le sorprendía lo sintonizada que estaba con sus movimientos: ante s incluso de que levantara el brazo, sabía que la iba a tocar, estaba esperando que la tocara.

Max alzó la mano despacio, muy despacio, y Zoe se puso tensa, lista para recibir su caricia. Y sin embargo, cuando llegó la sorprendió. La fuerza de aquella mano sobre s u hombro desnudo le provocó un estremecimiento que le recorrió el cuerpo hasta el vientre. Ninguno de los dos habló.

Max le deslizó la mano por el hombro y el brazo como si estuviera aprendiendo lentamente el paisaje de su cuerpo. Entrelazó los dedos con los de ella mientras la giraba para mirarla con ojos oscuros y profundos. La movió hasta que la espalda de Zoe se apoyó contra el cristal y sintió su calor, la dureza de su pecho y sus muslos.

El corazón le latía con fuerza y le temblaban las rodillas. Nunca había reaccionado así con un

Hombre. Y eso que todavía no la había besado...

Pero iba a hacerlo, lo presentía. Quería que lo hiciera, y al mismo tiempo no podía creer que aquello estuviera sucediendo.

Los labios de Max resultaban duros, la besó con urgencia y con algo de rabia, como si aquel momento fuera lo único que podrían tener. Desenlazó los dedos de los de ella y le subió las manos por el top para cubrirle los senos. Zoe contuvo el aliento ante aquella repentina e íntima caricia. Se le desataron los sentidos, su cuerpo se movió en instintiva y poderos a respuesta y se vio respondiendo a los besos de Max. El dolor y la desesperación de las últimas s emanas desaparecieron de su alma con aquella única caricia. La intensidad de los besos la sorprendió, así como su propia respuesta. Ella no era así, no estaba acostumbrada a sentir tanto, y sin embargo...

Sin embargo, no podía evitar responder ni que sus manos se deslizaran por los duros y musculosos hombros de Max hasta llegar a su pelo, sorprendentemente suave. Lo atrajo hacia ella como si quisiera metérselo en la piel, fundir sus cuerpos en uno solo.

Le asustaba sentir tanto, desea r tanto. Sacó fuerzas de no supo dónde para apartarse... O para intentarlo, porque estaba atrapada contra la pared de cristal. Echó la cabeza hacia atrás. El cabello le cayó en cascada por la espalda mientras lo miraba a la cara. Max tenía las mejillas sonrosadas, los ojos cerrados y la respiración agitada.

—tenemos prisa, ¿eh? —consiguió decir ella finalmente, pero falló en s u intención de sonar despreocupada.

La voz le salió en forma de suspiro y todo su cuerpo se estremeció.

Max dejó escapar el aire y deslizó las manos desde los senos hasta sus hombros.

— ¿por qué perder el tiempo? —murmuró. —estoy segura de que así consigues a muchas mujeres.

Haciendo uso de sus últimas fuerzas, Zoe se desprendió de sus brazos, lejos de su cuerpo, y cruzó la estancia con piernas temblorosas.

Max apoyó un hombro contra la ventana y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Parecía bastante recuperado. Zoe se sentía como un gatito recién nacido, como un cordero sin madre.

— ¿quieres hablar? --preguntó él con cierta burla.

Zoe se sintió algo herida y se dejó caer en una de las sillas metálicas del saló n, que era más cómoda de lo que parecía.

—Tonta de mí —dijo con un tono que por fin sonó ligero—. Creí que serías un maestro en el arte de la conversación.

—Sólo cuando es necesario —caminó lentamente por la parte exterior de la estancia deslizando una mano por la pared de cristal.

Zoe se sintió como si fuera la presa a la que rodeara un depredador hambriento. Max se detuvo frente a una mesita de cristal con bebidas y se sirvió un dedo de whisky con movimientos precisos.

—Así que eres inglesa —dijo dando un sorbo a su copa antes de girarse hacia él la.

-sí.

— ¿estás de visita o vives aquí?

Zoe vaciló.

-de visita —contestó finalmente—. Por el momento.

— ¿no tienes planes en firme? —una vez más, aquel tono ligeramente burlón que a ella le hacía daño. Más de lo que debería.

Zoe sonrió con una seguridad que estaba muy lejos de sentir. —no, no soy esa clase de mujer. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —negocios.

Zoe puso los ojos en blanco.

—qué esclarecedor.

—hago inversiones. Compro empresas. Corro riesgos —se encogió de hombros—. Gano dinero.

— ¿cómo te has hecho esa cicatriz? —la pregunta surgió de forma inadvertida; no había sido su intención hacerla.

Tal vez él no quisiera hablar de ello, pero resultaba imposible no fijarse en ella, era una línea clara de piel blanca y brillante que discurría desde la ceja hasta la barbilla pasando por la nariz.

—En un accidente —contestó sin asomo de emoción.

Sin embargo, Zoe percibió la oscuridad, el dolor, la angustia e incluso la furia que latía por debajo. —debe haber sido un accidente grave. ¿Estabas solo?

—Sí —se detuvo un instante antes de decir con el mismo tono neutro—, iba pilotando mi avión. — ¿eres piloto?

—lo era. Como entretenimiento — aseguró dando otro sorbo a su bebida. — ¿y qué sucedió? —preguntó Zoe tratando de mantener un tono natural. —Me estrellé —sonrió con una frialdad estremecedora—. A veces sucede.

—supongo que sí —Zoe cruzó las piernas y volvió a descruzarlas mientras buscaba algo que decir—. Tienes suerte de haber escapado con vida.

-oh, sí —aseguró Max dirigiéndose hacia ella con paso firme—. Tengo mucha suerte.

Zoe resistió el deseo de echarse hacia atrás en la silla. No le gustaba la oscura mirada de sus ojos, el repentino y cruel fruncido de la boca que acababa de besar.

-¿cuánto tiempo llevas volando? —preguntó en un desesperado intento de

restablecer la sensación de normalidad.

Pero no funcionó. Max siguió andando y se detuvo sólo cuando estaba a escasos centímetros de distancia. Y entonces, para sorpresa suya, se puso de rodillas frente a ella p ara que estuvieran a la misma altura y clavó su intensa y oscura mirada en la de ella.

Se quedaron mirándose durante un instante sin hablar. El único sonido que se escuchaba era el jadeo de su respiración. Zoe se sentía atrapada, paralizada, y presa de un nuevo deseo. ¿Qué estaba sucediendo allí?

Max no se movió, no apartó los ojos de ella. Era como si estuviera esperan do, como si necesitara algo... Entonces, fruto del instinto y de su propio deseo, Zoe extendió la mano y deslizó la yema del dedo por la cicatriz de su rostro. La carne herida era sorprendentemente suave.

Zoe no sabía cómo iba a reaccionar Max. No sabía qué estaba ocurriendo en realidad allí, cuál era aquel sentimiento tan intenso que había entre ellos. Dolor, tristeza y una cierta dosis de esperanza.

Max se quedó paralizado y se pus o tenso bajo su contacto, y luego Zoe sintió cómo se relajaba, cómo su cuerpo se liberaba de la tensión. Max cerró los ojos y ella, actuando todavía por instinto, se inclinó hacia delante y le besó la piel herida, deteniéndose con los labios mientras aspiraba su olor a menta y almizcle.

Max se estremeció.

Zoe se echó hacia atrás, estremecida también, y dirigió la mirada hacia el rostro de Max.

Había abierto los ojos y la miraba fijamente con un deseo latente que la halagó y, al mismo tiempo, la alarmó. Él le tomó el rostro entre las manos y le deslizó los dedos por los pómulos, atrayéndola hacia sí de modo que los labios de ambos casi se rozaban.

Max acercó los labios a los de ella una vez y luego otra, y la besó con una dulzura completamente distinta a su primer beso. Zoe se derritió por dentro hasta que un deseo más p profundo y arrebatado la llevó a besarlo con más pasión mientras se agarraba a sus hombros. N o supo cuánto tiempo siguieron así, sólo sabía que parecía como si se estuvieran explorando el alma el uno al otro con aquel beso. Entonces Max la tomó en brazos; ella se sintió tan menuda y delicada como una muñeca y se apoyó contra su pecho con sorprendente naturalidad. La llevó hacia el dormitorio a grandes zancadas.

El dormitorio, igual que el salón, era todo ventanal. Y la luz de los edificios se filtraba a través de las persianas, bañando la habitación con su luminiscencia.

Max la dejó sobre la enorme cama y ella lo miró con expresión grave. Y esperó.

Max le apartó un mechón de pelo del rostro y le acarició la mejilla, una ceja, el puente de la nariz. Luego dejó caer la mano y empezó a desabrocharse la camisa.

Zoe lo miraba, incapaz de apartar la vista del musculoso pecho que revelaba la apertura de la camisa. Alzó la mano y lo ayudó a quitarse la prenda, acariciando a continuación su piel y el suave vello.

Seguían sin hablar, y Zoe se preguntó si se debería a que no tenían necesidad de palabras o a que temían que las palabras rompieran el frágil lazo que se había creado entre ellos.

Lo único que se escuchaba era el susurrante deslizar de ropa mientras se des vestían el uno al otro. Por fin se quedaron desnudos s obre las sábanas de seda y se miraron durante largo rato. Zoe quería hablar, decirle a Max que tal vez ella no tuviera una cicatriz en la cara pero la tenía en el alma. Quería explicarle que ella también había sufrido un accidente, en su caso al nacer, y que en su caso también la había dejado destrozada.

Pero no dijo nada. Parpadeó para librarse de las inesperadas ganas de llorar que sintió y cuando Max volvió a besarla y le deslizó las manos por el cuerpo, se entregó al dulce olvido y permitió que las palabras, los pensamientos y los miedos se escurrieran... Al menos durante un rato.

***

Max se tumbó boca arriba con Zoe apoyada la curva de su brazo y el esbelto cuerpo acurrucado en el suyo. Un mechón de pelo le hizo cosquillas en la nariz, y aspiró el ya fa miliar aroma a agua de rosas. Dio por hecho que se trataba del champú y sonrió.

No estaba acostumbrado a sonreír, ni tampoco a sentirse tan bien. El cuerpo le vibraba con una adormilada saciedad, notaba las piernas pesadas y se sentía absolutamente pleno.

Qué extraño.

Durante semanas, desde aquel instante en el avión en el que todo su mundo se oscureció, sentía como si le faltara algo. Como si estuviera perdiendo algo trocito a trocito, algo que su cuerpo, su alma y su atormentado cerebro anhelaban.

Y sin embargo, en ese momento, por extraño que resultara, sentía como si le hubieran entregado algo. Se sentía lleno, bendecido incluso.

Escuchó a Zoe exhalar un pequeño suspiro y supo que se había dormido. Él no tenía intención de dormirse, no quería rendirse a la debilidad del sueño, ni que Zoe lo viera en un estado tan vulnerable.

Se zafó con cuidado y se colocó e n posición sentada con los pies en el suelo. Tardó unos instantes en recuperar los calzoncillos. Se los puso y se orientó gracias a los pies de la cama. Sólo había seis pasos hasta la puerta de la terraza. En el exterior, el aire se había vuelto frío y húmedo y la brisa le enfrió la piel ardiente. Diez pasos hasta la barandilla; en la oscuridad no veía casi nada. Zoe le había preguntado si no se cansaba alguna vez de la vista.

No, nunca se había cansado. La había perdido antes de tener la oportunidad de que eso pasara.

Max cerró los ojos. «Deja de sentir lástima de ti mismo». No sabía si la voz que sonaba dentro de su cabeza era la suya o la de su padre. «No tiene sentido lamentarse. Sigue adelante con tu vida».

Pero él no tenía ganas de seguir con su vida. Aquello era como morir poco a poco. Entonces se dio cuenta de algo. Lo que había ocurrido allí con Zoe no había sido como morir, era la vida en su forma más elemental y pura. Nunca antes había vivido una noche así con una mujer, y había vivido muchas noches. Había estado con mucha s mujeres, pero nunca se había sentido tan en sintonía con otra persona con anterioridad, moviéndose como una sola piel.

¿O estaba cubriendo de romanticismo una vulgar aventura, atribuyéndole más significado del que tenía porque sabía que no habría otra noche igual? No podría ocultar su c reciente ceguera para siempre, no podría mantener la oscuridad a raya. El médico le había dado meses, tal vez sólo semanas. ¿Y luego qué? ¿Qué forma tendría su futuro, qué aspecto tendría?

Apartó los ojos del paisaje que n o podía ver. Dejaría que Zoe durmiera hasta por la mañana y luego tendría que irse. No tenía sentido que se quedara, aunque seguramente tampoco querría. Había quedado muy claro para ambos que aquella noche era eso, sólo una noche:

Dio diez pasos hasta la puerta, otros seis hasta la cama. Gracias a la luz que penetraba del exterior, distinguió el halo dorado de su melena desparramada sobre la almohada, el hombro desnudo asomando por encima de la sábana.

Todo indicaba que se trataba de una chica superficial y mimada, y a pesar de lo que había dicho, seguro que había vivido muchas noches como aquélla. Entonces ¿por qué la idea de que se marchara por la mañana le resultaba insoportable?

Despacio, tan despacio que ella no se movió siquiera, le deslizó la mano por

el hombro y por la mejilla, sintiéndola, por última vez. Se detuvo cuando el dedo pulgar se topó con algo húmedo en sus pestañas. ¿Una lágrima? ¿Por qué é lloraría una mujer como ella, una frívola superficial?

Sintió una punzada de culpabilidad y de arrepentimiento. Sabía que la estaba menospreciando; necesitaba hacerlo. Pensar que era algo más, que podría ser algo más para él, era peligroso y, al mismo tiempo, innecesario. No tenían futuro juntos. Max dejó caer la mano y se tumbó a su lado procurando no sentir el incitador calor de su cuerpo. Se quedó allí tumbado esperando a que lo venciera el sueño a pesar de que le daba miedo. Aunque dormir le garantizaba el olvido, también significaba oscuridad y sueños.

Más oscuridad.

Capítulo 3

Zoe se despertó lentamente con el sol, lo sintió filtrarse en su cuerpo cubierto por la sábana y calentarle el rostro. Mantuvo los ojos cerrados mientras disfrutaba del calor y se estiraba lenta y lánguidamente al tiempo que sentía el frescor de las sábanas de seda en la piel desnuda.

Estaba desnuda.

En un instante los recuerdos se precipitaron por su mente y sonrió. Su cuerpo rezumaba todavía satisfacción; sentía el corazón pleno. La noche anterior había sido maravillosa. Abrió los ojos; la luz del sol entraba a través de las paredes de cristal bañando la habitación con alegre brillo e iluminando la cama vacía.

Max se había ido.

Zoe se subió lentamente la sábana y se la sujetó con firmeza a los senos. La arrastró por el suelo mientras pasaba por encima de la ropa que se habían quitado la noche anterior. Consideró la posibilidad de ponérsela, pero no podía soportar la idea de hacerlo. Eso re legaría de forma quizá poco razonable lo ocurrido la noche anterior a algo escabroso y temporal, y no creía que lo fuera.

Confiaba en que no lo fuera. ¿Estaría siendo demasiado ingenua? Había querido olvidarse de quién era en brazos de Max. Lo había conseguido y, sorprendentemente, se había despertado sintiéndose nueva. Diferente. En sus brazos s e había sentido plena. Sanada.

Amada.

Ahora se daba cuenta de que era ridículo. Apenas conocía a aquel hombre, y él no sabía siquiera quién era ella. Zoe a secas. ¿Podía cambiar eso una sola noche, una noche increíble? Zoe se dirigió al salón. La luz de la mañana hacía parece r la estancia más chic y austera. Y vacía. Max no estaba allí. Miró en la cocina y en las otras habitaciones, un despacho, una biblioteca y un comedor con una mesa para veinte personas en la que probablemente nunca se sentaría nadie.

No lo encontró por ningún lado. ¿Se habría marchado?

Estaba parada en medio de la biblioteca con sus altas paredes llenas de libros y el enorme escritorio de caoba situado en una esquina. El olor a cuero y a tabaco de pipa inundaba el aire y, durante un instante, a Zoe le recordó dolorosamente a su casa, a su padre. A Oscar.

El miedo y la incertidumbre se apoderaron de ella. Miró a su alrededor y la sábana se le resbaló y cayó a sus pies. Entonces lo vi o. Estaba en la terraza. Zoe cruzó las dos habitaciones que la separaban de ella con la sábana y abrió las puertas que daban a la terraza.

—Estás aquí —dijo con tono alegre, pero sintió la vacilación de su voz.

Max estaba sentado a la mesa de hierro de la terraza con una taza de café entre las manos. Parecía sumido en sus pensamientos y sólo alzó la cabeza cuando la tuvo a su lado. Se sentía ridícula con aquella sábana. ¿Por qué no se habría puesto la ropa?

—Aquí estoy —dijo él.

Zoe no obtuvo ninguna pista de su tono de voz.

— ¿has hecho café? —preguntó asegurándose de mantener un tono jovial—. M e muero por...

—lo he hecho hace horas. Está frío.

Entonces ella sí fue capaz de reconocer su tono, y resultaba aterradoramente frío.

—Ah —Zoe se agarró mejor las sábanas—. Bueno, tal vez pueda prepararme yo otro. Y quizá puedas prestarme una de tus camisas —sugirió echándose el pelo hacia atrás, decidida a parecer mucho más segura de sí misma de lo que se sentía.

Después de todo, ¿qué hombre podía resistirse a una mujer envuelta en una sábana?

—no creo que sea una buena idea.

Al parecer Max sí podía. Zoe agarró con fuerza la sábana y la seda se le resbaló entre los dedos. Max la observó con una remota frialdad que le provocó un picor en los ojos.

No, por favor. Aquel rechazo total no. Aquella expresión de... ¿fastidio? Zoe creyó ver aquella humillante reacción en él. Ella no era más que una molestia a la que debía enfrentarse antes de seguir adelante con su día.

¿O estaba exagerando? Quizá toda la basura que habían publicado, las mira das y los susurros la habían vuelto demasiado susceptible.

-¿por qué? —Preguntó finalmente forzando una sonrisa—. ¿Te has quedado si n café?

—No —respondió él—, pero no creo que debas quedarte el tiempo suficiente

para tomarte uno.

Zoe parpadeó. Sentía como si le hubieran dado una bofetada. Abrió la boca, pero esa vez no consiguió dar ninguna respuesta inteligente ni ingeniosa. Tenía la mente en blanco y entumecida.

-no se puede decir gran cosa de tu hospitalidad —consiguió decir finalmente con voz rota.

-no —reconoció Max. Tenía la boca apretada y una expresión fría y decidida en los ojos.

— ¿lo de anoche no significó nada para ti? —preguntó Zoe estremeciéndose al decirlo.

Qué pregunta tan estúpida. Estaba claro que no; no podía haberlo dejado más claro.

—No —volvió a decir Max—. Y creo que para ti tampoco.

Zoe se preguntó cómo podía decir algo así cuando ella se sentía tan diferente, tan renovada. El orgullo la llevó a sonreír con frialdad.

—bueno, aunque así fuera, una taza de café como despedida sería un detalle cortés.

—Lo siento —no parecía sentirlo en absoluto.

—bien. De acuerdo —Zoe se agarró con fuerza a la sábana, lo último que deseaba era que se le cayera y la dejara completamente des nuda frente a aquel hombre que la había utilizado para luego rechazarla con fría crueldad.

Y ella se lo había permitido.

—Deberías contarles a tus futuras amantes que tienes una política muy estricta para la mañana siguiente —dijo apretando los dientes—. Hay que estar fuera antes de las ocho.

—De hecho son casi las nueve —se burló él con tono aburrido—. Pero lo tendré en cuenta.

—Cabrón —susurró Zoe.

No pudo evitar decirlo; era mejor que llorar.

Max se giró para mirarla de frente por primera vez desde que ella había salido a la terraza.

—Ya sabías dónde te metías, Zoe —dijo con frialdad—. Zoe a secas. Puede que algunos hombres lo edulcoren un poco más que yo, pe ro el hecho sigue

siendo el mismo. Hemos pasado la noche juntos y punto. Y ahora, tengo trabajo.

Se levantó de la silla con una mano apoyada en la mesa. Zoe no se movió y él apretó los labios.

—tienes que irte.

—de acuerdo.

Salió de la terraza en medio de un remolino de seda, y estaba tan furiosa que cuando la sábana quedó atrapada en la puerta y la dejó completamente desnuda no le importó. Recorrió desnuda las habitaciones, demasiado enfadada para reconocer que le importaba, y recogió la ropa del dormitorio. Se la puso y agarró el chal y el bolso. Antes de darse cuenta, estaba apretando con fuerza el botón del ascensor.

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que por fin llegó, y permaneció allí de pie haciendo un esfuerzo por contener sus pensamientos, por no darse la vuelta y mirar a Max, que sin duda estaría con el gesto torcido. Finalmente se abrieron las puertas. Podía sentirlo detrás de ella, aunque no lo había mirado ni una sola vez desde que le pidió que se fuera.

Cuando entró en el ascensor, se dio la vuelta decidida a soltarle una frase final.

—vete al... —se quedó muda cuan do lo vio en la puerta de la terraza, con una mejilla apoyada en la sábana que ella había llevado y los ojos cerrados.

No parecía ser consciente de su presencia y antes de que Zoe pudiera decir nada, las puertas se cerraron y se alejó rápidamente de Max Monroe para siempre.

***

La sábana olía un poco a agua de rosas. Max aspiró su aroma con los ojos todavía cerrados mientras trataba de reconstruir mentalmente el rostro de Zoe y el tacto de su cuerpo. Un recuerdo. Todo se estaba convirtiendo en un recuerdo.

Suspiró y dejó caer la sábana. Había estado a punto de superar aquel maldito asunto, pero cuando olió aquella delicada fragancia... Volvió a suspirar y maldijo.

Todo había terminado. No volvería a ver a Zoe, por eso la había despedido con aquella dureza. Nunca pasaba más de unos cuantos día s, semanas como mucho, con una mujer, pero las trataba con más respeto y dignidad. Con Zoe no había tenido elección. Debía ser un corte limpio.

Volvió a maldecir y se dirigió con pasos cuidadosos a su despacho. Al

menos le quedaba su trabajo...

Por el momento. ¿Cuándo se lo arrebatarían también? ¿Cómo iba a invertir y a negociar cuando no pudiera leer los periódicos ni la pantalla del ordenador? Aquellas tareas ya le estaban resultando difíciles, casi imposibles, y sólo era cuestión de tiempo que todo se volviera negro.

Y él se quedaría indefenso como un niño una vez más. No podría soportar volver a sentirse así y, desde luego, no soportaría que nadie lo viera así. Por eso había echado a Zoe.

Le había llamado cabrón, y lo era. Y ella era una frívola superficial, así que se olvidarían el uno al otro en dos semanas. Max rezaba para que así fuera.

***

Zoe tomó un taxi de regreso a su apartamento sin fijarse en el tráfico ni en los edificios. Le dolían el cuerpo y la cabeza y se sentía agotada.

Utilizada.

Apretó los dientes y trató de mantener a raya las palabras burlonas de Max. «Puede que algunos hombres lo edulcoren un poco más que yo...».

Zoe apoyó la cabeza en la ventanilla del taxi. ¿Por qué se había ido con Max la noche anterior? ¿Qué esperaba conseguir? Aunque le gustaba divertirse, solía ser selectiva. No se metía en la cama con cualquiera, y sin embargo la noche anterior...

La noche anterior fue diferente, Max había sido diferente, o eso pensó ella. Se estremeció al recordar la sensación de glorioso optimismo que había experimento al despertarse en la cama bañada por el sol. Sentía como si fuera el principio de algo, como si finalmente se hubiera encontrado a sí misma.

Pero nada había cambiado, ella n o había cambiado. Max Monroe era un cerdo egoísta y ella era lo mismo que antes, una bastarda.

El apartamento estaba a oscura s y en silencio cuando Zoe entró y dejó las llaves en la mesa de mármol del inmenso vestíbulo. Oscar Balfour tenía contratada a un am a de llaves a tiempo completo que mantenía el apartamento, pero ahora estaba de vacaciones y Zoe se alegró. Necesitaba estar sola, no se veía capaz de mantener una conversación de ningún tipo.

Se quitó la ropa y la apartó de u n puntapié a una esquina, prometiendo que nunca se la volvería a poner. Luego se dirigió al baño de mármol y llenó la bañera de agua tan caliente que casi quemaba, y se hundió aliviada en un baño de burbujas.

Se quedó en el agua hasta que los dedos se le pusieron como pasas. Entonces abandonó de mala gana el letargo en el que se había sumido, se puso el pijama y se tumbó en la cama e n posición fetal. Nunca se había sentido tan sola ni tan va cía.

Y entonces, antes de que pudiera impedirlo, las lágrimas que llevaba semanas conteniendo comenzaron a resbalarle por el r ostro, quemándole las mejillas y vaciándole el alma.

No supo cuánto tiempo estuvo ll orando, los sollozos le sacudían el cuerpo porque, por una vez, no quería guardarse nada, no quería fingir que era fuerte, como su padre la había dicho que era.

No era nada, pensó mientras se secaba las mejillas. La pérdida del apellido Balfour había supuesto la pérdida de su identidad. Resultaba humillante sentir que no tenía nada que pudiera llamar suyo.

¿Y de verdad había pensado, aunque sólo fuera por unas horas, que Max Monroe podía darle eso, que con él sabría quién era?

—Sé quién soy —dijo en voz alta.

Su voz sonó débil y patética. Con las rodillas abrazadas al pecho, se recordó qué clase de mujer era y qué sabía hacer mejor.

Brillar. Y eso fue lo que hizo.

Brilló, salió de juerga, se mantuvo ocupada poniendo toda su energía en ir de compras y en pensar cuál sería el plan más entretenido para la noche. Volvía al apartamento sólo para dejar las bolsas de las tiendas y para dormir, ignorando el silencio reprobatorio de lila, el ama de llaves.

Se negó a pensar en Max, no pensaba en nada ni en nadie, ni siquiera en sí misma. Y sin embargo, en cada fiesta se iba sintiendo más frágil y se agarraba a un modo de vida que se le estaba escapando de las manos. Tal vez llevaba año s sucediendo, y había hecho falta que supiera la verdad de su nacimiento para darse cuenta de que no podía ser una niña eternamente. Al final había que crecer, había que hacer algo. Había que ser fuerte.

Pero ella no sabía cómo hacerlo, ni siquiera sabía quién era ni cómo averiguarlo.

Oscar la llamó tres semanas después de su encuentro con Max. Zoe no habría contestado, no quería hablar con el que se llamaba a sí mismo su padre, pero estaba dormida cuando sonó el teléfono y por eso contestó medio

aturdida.

— ¿Zoe? —el tono cortante de Oscar hizo que se sentara de golpe.

—Papá —frunció los labios y lo oyó suspirar.

—no sé nada de ti desde que llegaste a nueva york, quería asegurarme de que estás bien. Suenas dormida.

—lo estaba.

—es la una del mediodía.

—anoche salí hasta tarde.

La pausa indicó que a Oscar no le gustaba la idea.

—al parecer no estás haciendo nada para conocer a tu padre, ¿verdad?

—no es mi padre.

—Claro que no —Oscar suavizó el tono—. Pero ya sabes a qué me refiero, Zoe.

—Todavía no he decidido si quiero conocerlo —atajó ella—. No sé de qué serviría. Él no ha mostrado ningún interés en mí.

—dudo que sepa de tu existencia.

— ¿crees que mi madre no se lo dijo nunca?

La pregunta le salió forzada. Bella y Olivia tenían recuerdos de su madre; ella no tenía más que la certeza de haber sido la causante de su muerte. La única madre que había conocido era la tercera esposa de Oscar, Lillian, y había muerto hacía diez meses. La pérdida era todavía reciente y le dolía.

—lo dudo —aseguró Oscar—, pero aunque lo hubiera hecho su posición no era sostenible. Ella estaba casada conmigo.

—bueno, de todas maneras no sé s i quiero conocerlo —afirmó Zoe con cierta petulancia.

—entonces tal vez deberías volver a Balfour —sugirió el tras un instante de pausa.

La mansión de Balfour, el único lugar que había considerado siempre su casa. Ojalá pudiera seguir sintiendo lo mismo ahora.

—No puedo —murmuró sacudiendo la cabeza.

No podía enfrentarse a las mira das curiosas de todo el mundo, a los periódicos que no dejarían escapar la historia ni a los falsos amigos que le habían dado la espalda a la primera amenaza de lluvia. No podía hacerlo, aunque una parte importante de ella anhelaba r egresar al refugio del hogar.

—Si no puedes volver, entonces sigue adelante —la animó Oscar—. Para eso estás en nueva york, no sólo para hacer cargos en mi tarjeta de crédito.

Aunque lo dijo con tono alegre, Zoe se sonrojó por la culpabilidad.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—te quiero, Zoe —respondió Oscar con un leve suspiro.

—yo también te quiero —dijo ella en un murmullo.

Cuando colgó el teléfono, se levantó de la cama y atravesó las vacías habitaciones del apartamento. Salió a la terraza y se dejó caer en una silla de hierro con las piernas apoyadas contra el pecho. Hacía un día maravilloso, el cielo estaba azul y los árboles de Central Park de un verde brillante. La ciudad olía a fresco, a nuevo.

«Si no puedes volver, entonces sigue adelante». La idea la aterrorizaba. No sabía qué se iba a encontrar más adelante. Pero s í sabía cuál era el único paso que debía da r, el paso que la había llevado a nueva york.

Necesitaba encontrar a su padre.

Capítulo 4

Zoe echo la cabeza hacia atrás p ara observar una vez más el brillante rascacielos de cristal. Era uno de los edificios más altos e impresionantes de la quinta avenida. En la placa de bronce de la entrada, custodiada por un porte ro de aspecto formal, se leían dos palabras: Anderson Finance

Thomas Anderson, director gen eral y fundador de la firma, era el hombre con el que se iba a encontrar. Zoe aspiró con fuerza el aire y se dirigió con los nervios de punta hacia el vestíbulo del edificio, saludando al portero con una inclinación de cabeza.

— ¿en qué puedo ayudarla, señorita? —una mujer muy maquillada le sonrió con cortesía cuando iba camino de los brillantes y dorado s ascensores.

-he venido a ver a Thomas Anderson —contestó ella sonriendo también.

-¿la está esperando? —preguntó la mujer sin inmutarse.

Zoe soltó una de sus ensayadas r isas.

—No, lo cierto es que se trata de una sorpresa —dijo batiendo las pestañas.

—Me temo que al señor Anderson no le gustan las sorpresas —aseguró la mujer con la sonrisa

Congelada—. Y tiene toda la mañana ocupada con reuniones...

—Entonces llámelo —la interrumpió Zoe sin dejar de sonreír, aunque por dentro estaba temblando—

. Dígale... Dígale que ha venido a verlo Zoe Balfour. La hija de Alexandra Balfour.

La mujer apretó los labios y descolgó el teléfono. Zoe no escuchó lo que dijo, el corazón le latía con fuerza en los oídos. Cuando la mujer colgó el auricular, la miró con ojos entornados.

—dice que la recibirá. Planta veintiséis.

Zoe se giró para dirigirse, tensa, hacia los ascensores. El sonido de sus tacones resonó por el suelo.

El corazón seguía latiéndole con fuerza y le temblaba el dedo cuando pulsó el botón correspondiente y el ascensor subió. Un sonido metálico anunció la llegada a su destino y las puertas del ascensor se abrieron directamente a una amplia zona de recepción. Una relaciones públicas vestida de negro se levantó de su escrito rio y se acercó a ella.

-¿Zoe Balfour? El señor Anderson la recibirá ahora. Me temo que sólo le dedicará unos minutos,

Tiene...

—Tiene toda la mañana ocupada con reuniones —la interrumpió Zoe—. Eso he oído.

La joven llamó con los nudillos a la puerta de caoba antes de abrirla e insta r a Zoe a entrar en un despacho tan amplio y bien decorado como el recibidor. Al final de la lujosa y enorme alfombra, había un hombre detrás del escritorio dándole la espalda y mirando hacia la calle.

Zoe lo reconoció por la foto que tenía de él. La había sacado de la sección de finanzas del new york times. El cabello canoso, la amplitud de los hombros... No necesitaba ver su rostro para saber que era el hombre que buscaba.

Se trataba de Thomas Anderson. Su padre.

No estaba preparada para la descarga eléctrica cuando él finalmente se giró y se miró en aquellos ojos, tan verdes como los suyos. Siempre se había sentido extraña entre sus hermanas, que tenían los mismos ojos azules deslumbrantes de Oscar. Ahora sabía de dónde venían los suyos, quién se los había dado. Y en ese instante la miraban con expresión de fría cortesía.

— ¿en qué puedo ayudarla, señorita Balfour?

—creo que conoció usted a mi madre, señor Anderson Alexandra Balfour.

Él se quedó paralizado y se le oscureció durante un instante la mirada.

—sí... Hace mucho tiempo. Un verano tuve que ir a Londres por trabajo y allí la conocí —alzó las cejas—. Disculpe, señorita Balfour, creí que había venido a solicitar mi ayuda para alguna obra benéfica. Estoy muy ocupado y...

—no he venido para eso —a menos que la considerara a ella una obra benéfica —. Y lo sabes.

No supo de dónde había sacado el valor para decir aquello último, pero en el fondo sabía que Thomas Anderson era perfectamente consciente de la razón por la que estaba allí.

—Supongo que ya que te dedicas a las finanzas, se te darán bien las matemáticas —continuó con frialdad—. Este mes de junio hará veintisiete años que conociste a mi madre —se detuvo un instante para mirarlo—. Yo he cumplido veintiséis en abril.

El silencio se hizo demasiado largo. La mirada de Thomas Anderson se

volvió tremendamente fría.

—me temo que no sé de qué está h ablando, señorita Balfour.

Zoe lo miró fijamente. No quería asomarse a aquel pozo de desilusión que s e abría ante ella. ¿De verdad creía que le abriría los brazos y la aceptaría como al hijo pródigo? S e clavó las uñas en la palma de la mano y alzó la barbilla.

—no sé si aquí se habrá dado mucha importancia a la noticia, pero hace poco más de un mes se destapó una historia en el baile benéfico de los Balfour..., un escándalo.

Se detuvo un instante. La expresión de su padre no cambió.

-se ha sabido que mi madre, Alexandra Balfour, tuvo una aventura hace veintisiete años y que su hija menor es ilegítima.

-me temo que no sigo ese tipo de historias en la prensa, señorita Balfour —aseguró él con una sonrisa heladora.

-no, tú sólo las vives —el veneno de sus palabras les impactó a ambos, pero Zoe no se disculpó—. Este episodio de la vida de mi madre se descubrió en un viejo diario que ella guardaba. Ahí decía que tú eres mi padre.

Ya estaba. Ya lo había dicho. No era del todo cierto, no había escrito su nombre. Pero ¿cuántos hombres de negocios americanos habían pasado un verano en Londres, tenían los ojos verdes como el jade y habían sido invitados a la mansión de los Balfour?

Thomas Anderson se la quedó mirando fijamente y durante un segundo, no más, Zoe pensó que iba a admitirlo. A explicarse. A disculparse. Ella lo deseaba, la explicación y, sobre todo, la aceptación.

Entonces vio cómo una sombra de arrepentimiento cruzaba su rostro antes de que le diera la espalda para volver a mirar por la ventana.

—lo siento —dijo con voz pausada —. No tengo ni idea de a qué se refiere.

— ¿estás diciendo que no tuviste una aventura con mi madre? —inquirió Zoe desesperada y, al mismo tiempo, sin dar crédito.

Thomas vaciló un instante.

—conocí a tu madre, pero nada más.

—entonces ¿mintió? —Preguntó Zoe con voz ronca—. ¿Mintió en un diario que escondió en un libro infantil, un diario que no esperaba que nadie leyera?

—Lo siento —volvió a decir él.

Le estaba dando la espalda y hablaba con voz baja.

— ¿qué es lo que sientes exactamente? —Inquirió Zoe—. ¿Ser mi padre o no ser capaz de admitirlo Ahora? Podría hacerme una prueba de ADN...

—Eso implicaría una batalla legal —contestó Thomas tajantemente—. No creo que ninguno de los quiera ir por ahí.

Más escándalo. Más vergüenza.

— ¿por qué no quieres admitirlo? —Susurró ella sintiendo el picor de las lágrimas tras las pestañas—. Tenemos el mismo color de ojos. Ningún Balfour tiene los ojos así de verdes. En cambio, tú sí.

Vio cómo Thomas se ponía tenso, y cuando se giró hacia ella había desaparecido completamente cualquier atisbo de compasión. Extendió la mano para apretar una tecla de su teléfono.

—mi guardia de seguridad la acompañará, señorita Balfour. Creo que nuestra conversación ha terminado —se detuvo y la miró con aquellos ojos verdes y fríos—. Supongo que no hace falta que le diga que si esta historia se difunde, presentaré una demanda por calumnias.

Zoe abrió los ojos de par en par.

— ¿me estás amenazando?

—sólo estoy constatando un hecho.

Ella sacudió la cabeza y desvió la mirada hacia una foto con marco de plata que había sobre el escritorio. La agarró con mano temblorosa para verla. Era la fotografía de una familia. Una mujer de cincuenta y pocos años con el cabello canoso y elegante, dos chicos y una chica. La chica era en realidad una mujer, y tendría aproximadamente la edad de Zoe. Los chic os eran más jóvenes, estarían en la adolescencia.

Tenía una familia, por supuesto. Se quedó mirando a sus hermanastros, que nunca llegarían a conocerla. No querrían conocerla porque no era de los suyos. Tampoco era de los Balfour. No tenía lugar en el mundo.

Detrás de ella se abrieron las puertas y sintió una mano firme en el codo.

—Señorita Balfour, permítame que la acompañe fuera —dijo un hombre con voz educada pero firme.

Zoe sacudió el brazo.

—No me toque —se giró hacia Thomas, que estaba mirándola como si fuera un b icho al que acababa de aplastar, con una mezcla de alivio y repugnancia—. Puedes renegar de mí todo lo que quieras, pero tú y yo sabemos la verdad.

El guardia de seguridad volvió a agarrarla del brazo para sacarla de allí. Zoe miró a su padre. El dolor y la ira se apoderaron de ella.

—Los dos lo sabemos —le escupió —. Y nunca, nunca olvidaré esto. Nunca —zafándose de las manos del guardia una vez más, se dio la vuelta y salió del despacho.

No notó la mirada de curiosidad de la relaciones públicas de su padre, y también le pasaron desapercibidos la mujer del mostrador de recepción y el guardia de seguridad que le abrió la puerta.

No podía sentir nada más que su propio dolor, no veía más que la expresión de absoluto rechazo del rostro de su padre. Aquél era su peor miedo, su mayor pesadilla, y se había hecho realidad.

Estaba mareada y tenía la visión borrosa; la boca le sabía a bilis. Necesitaba recuperar un poco la compostura, algo de control, pero no sabía cómo. Respiró hondo un par de veces para tratar de calmarse, pero tenía el estómago del revés. El móvil sonó dentro del bolso.

Era Karen.

—hola Zoe, quería asegurarme de que vas a venir esta noche. Se inaugura un nuevo local en el
Villaje...

Zoe se apoyó contra la esquina de un edificio y cerró los ojos. El sudor le perlaba la frente.

— ¿ah, sí? —preguntó sin interés.

— ¡claro que sí! Suenas un poco rara, ¿estás bien?

Zoe apoyó la cabeza en el muro de ladrillo. Durante un instante sintió deseo s de confesarle que no, que no estaba bien. Que había sido rechazada por dos hombres, tal vez los más importantes de su vida, en un espacio de dos semana s. Que no sabía quién era ni quién quería ser, y eso la asustaba.

—estoy bien.

Karen no era la clase de amiga que quisiera escuchar aquellos miedos. Ella no tenía esa clase de amigas.

—entonces ¿vas a venir esta noche?

Zoe abrió los ojos.

—sí.

***

Aquella noche salió con Karen y un grupo de amigos de nueva york, decidida a olvidar a Thomas Anderson y a Max Monroe. El re chazo de ambos, sus frías palabras, continuaban dándole vueltas en la cabeza y en el corazón. P ero Zoe trató de dar un buen espectáculo bailando, riéndose y flirteando, aunque por dentro estuviera a punto de romperse. Llevaba sólo una hora en el local, pero la música le estaba ya retumbando en la cabeza y la copa le sabía mal. La dejó prácticamente entera en la barra y se dirigió a los aseos. La dura luz del lavabo de señoras puso de relieve lo pálida que estaba. Tenía un aspecto horrible, pensó Zoe mientras esperaba su turno para entrar en uno de los lavabos. Dos mujeres con vestidos ajustados y tacones de aguja se estaban pintando los labios delante del espejo.

—la semana pasada me llevé un susto de muerte —dijo una de ellas—. Se me retrasó el periodo tres
Días, pero gracias a dios no estaba...

— ¿embarazada? —preguntó su a miga—. Qué pesadilla.

Zoe vio cómo ambas se daban la vuelta sobre sus altos tacones y no se movió hasta que alguien le dio un golpecito en el hombro.

— ¿estás esperando para entrar?

—oh, no —murmuró Zoe—. Lo siento.

Salió medio tambaleándose de los aseos de señoras, con la cabeza dándole vueltas. Un susto de muerte... Un retraso de tres días.... Gracias a dios no estaba... Embarazada.

La palabra resonó como un mazazo en su cerebro. A ella se le había retrasado el periodo más de tres días. Casi cinco. Y era absoluta mente regular, predecible como un reloj. Si n embargo, Max había utilizado preservativo. Había sido la única vez. Se sentía como una adolescente estúpida y descuidada que aseguraba que eso no podía sucederle a ella.

No podía estar embarazada y no lo estaba, se dijo. Estaba estresada y triste, que era muy distinto, pero no podía quedarse en aquel bar con la incertidumbre, así que sin despedirse de Karen ni de sus amigos, salió a la calle mojada por la lluvia. Paró un taxi y se dirigió a l centro de la ciudad, parándose de camino en una farmacia de guardia para comprar lo que necesitaba.

Una prueba de embarazo.

Veinte minutos más tarde, de regreso al apartamento, se quedó mirando las dos líneas rosas y la hoja que explicaba los resultado s. No había escapatoria, no había forma de negarlo.

Estaba embarazada. De Max Monroe.

Pensar en él le provocó una punzada en el estómago. La había echado después de pasar la noche con ella, ¿qué iba a hacer cuando supiera que estaba esperando un hijo suyo? Si es que llegaba a enterarse... Pero Zoe se dio cuenta de que no había dudas al respecto. La vida que crecía en su interior formaba parte de ella y de Max, y supo que él debía saberlo.

Zoe tardó tres días en reunir el valor para enfrentarse a Max. Primero tenía que encontrarlo. No habría encontrado el camino a su apartamento aunque lo hubiera intentado, y no estaba muy segura de querer verlo en el lugar donde habían hecho el amor. Una rápida búsqueda en internet le proporcionó la dirección de Monroe consulting, cerca de Wall Street. Se dirigió hacia allí.

Experimentó una dolorosa sensación de déjávu cuando cruzó el umbral. Frente a ella había una fila de escritorios con guardias de seguridad que custodiaban la entrada a los ascensores. Un guardia con expresión aburrida alzó la vista para mirarla.

— ¿a quién viene a ver?

—a Max Monroe.

El guardia asintió y descolgó el teléfono. Zoe lo miró con el corazón latiéndole con fuerza, sin poder creer que estuviera en la misma in cómoda y dolorosa posición de tres días atrás. Una vez más estaba a punto de enfrentarse a un hombre hostil y darle la noticia de que era padre.

— ¿nombre? —preguntó el guardia.

—Zoe —contestó ella tragando saliva-. Zoe a secas. Él sabrá quién soy.

El guardia se encogió de hombro s y dijo algo al teléfono que Zoe no escuchó. Tras unos segundos volvió a colgar. La expresión de aburrimiento había sido sustituida por otra de interés.

—dice que no la espera, señorita.

—No he llamado antes —confirmó Zoe—. Pero espero que el señor Monroe no sea contrario a las sorpresas.

—parece que así es. En cualquier c aso, no quiere verla —dijo encogiéndose de hombros—. Lo siento.

Zoe se quedó mirando al hombre y se sonrojó. Max Monroe no le iba a permitir siquiera que entrara en su despacho. Dejó escapar un suspiro al tiempo que sentía una náusea.

—Entiendo —consiguió decir—. Gracias.

Se dio la vuelta con piernas temblorosas y salió del edificio. Tomó tres vece s aire en la acera para tratar de tranquilizarse. No podía creer que acabara de sufrir otro rechazo de tal magnitud. Max Monroe no iba a darle siquiera la oportunidad de contarle lo de su hijo.

Y ella, decidió Zoe, no iba a darle la oportunidad de escapar.

***

Max se reclinó en la silla con una punzada de incomodidad. ¿Por qué habría id o a verlo Zoe? Le había dejado suficientemente claro que no tenía intención de mantener ninguna r elación con ella ni de volver a verla. No podía. Sin embargo, ella lo había localizado y había intentado verlo. ¿Por qué? Max había hecho lo posible para olvidarla a ella y la noche que habían pasado juntos. Se necesitaba mucha concentración para no pensar en alguien, en el olor de su pelo, el tacto de seda de su piel, su risa...

Y peor todavía, en el modo en que lo tocaba con manos delicadas, como si sintiera algo. Como si le quisiera incluso. Todavía podía sentir el contacto de sus labios en la piel, en la cicatriz. Pero no. Necesitaba olvidar, no recordar. No había futuro, no había esperanza. Además, se dijo levantándose de la silla con un movimiento brusco pero fluido, ella no valía la pena. Era un a frívola superficial. La única razón por la que se enfadó a la mañana siguiente de su noche juntos fu e porque la hirió en su orgullo. Probablemente quería se r ella la que dijera adiós.

Max se acercó lentamente al ventanal para disfrutar de la vista que se estaba desvaneciendo con demasiada rapidez. Distinguió el sol, una bola dorada de fuego en el cielo que iluminaba los edificios y el mundo.

Aquella misma mañana había acudido a su cita regular con el oftalmólogo p ara comprobar el nivel de degeneración en la retina.

—Parece que te has estancado —le dijo el médico animado—. Tendrás momento s en los que verás muy bien, perfecto incluso, seguidos de periodos de visión borrosa y otros de oscuridad. Como ya te dije, no es un proceso regular.

Max ya había pasado por aquellos momentos en los que parecía que se le aclaraba la visión, en los que podía ver de nuevo, pero luego todo volvía a nublarse de nuevo. Era como una burla.

Saber que Zoe lo estaba buscando le parecía también una burla. Quería volver a verla, sentirla, y no podía. No podría soportar el dolor que sentiría cuando fuera ella la que marchara.

***

El sol se había puesto tras el horizonte de edificios y Zoe seguía sentada en el banco que había en la entrada del edificio de Max Monroe.

Estaba tensa, helada y muerta de hambre, no se había movido en casi tres horas. Desde el momento en que supo que llevaba una vida dentro se convenció de una cosa: Max sabría que iba a ser padre. Ella no permitiría que su hijo creciera sin saber quién era su padre, como le había p asado a ella.

Mientras pensaba en aquello vio salir a Max. Sintió un escalofrío en la nuca, una mezcla de alarma y de atracción. Lo vio salir del edificio, tenía un aspecto imponente con su traje oscuro y el abrigo en el brazo. Caminaba lentamente, con pasos medidos, y Zoe sintió lástima. Parecía abrumado por la vida. ¿Qué le había pasado?

Cuando estaba a medio camino en la acera, Zoe se puso de pie. Él se detuvo y ambos se quedaron allí de pie, mirándose en silencio y esperando mientras la gente les rodeaba para p asar.

***

Max se detuvo por instinto. La a cera de delante de su edificio estaba abarrotada de gente que se dirigía a toda prisa a su casa o a un restaurante, a los brazos de un amante o de su hijo. Todo el mundo tenía a alguien.

Y al parecer él también, al menos en aquel momento, porque aunque no podía verla, podía sentirla. Zoe estaba allí, esperándolo. Se detuvo y el suave aroma a agua de rosas l legó hasta él. ¿Dónde estaba?

Avanzó despacio evitando el borroso contorno de la gente que pasaba a toda prisa, dejándose guiar por el instinto... Y por el deseo.

Y entonces la sintió delante de él, distinguió por un instante la suave cascad a de cabello dorado, el brillo de sus ojos verdes, el delicioso sonido de su voz.

—Max.

-eres obstinada, ¿eh? —pretendía sonar tajante, pero no pudo evitar un

cierto tono de simpatía.

-prefiero la palabra «decidida».

—Como quieras —Max aspiró con fuerza el aire—. No tenemos nada que decirnos, Zoe —trató de pasar por delante de ella; distinguió la forma de la limusina que lo estaba esperando.

—lo cierto es que sí —Zoe se movió con rapidez, demasiada, y Max estuvo a punto de perder el equilibrio.

La furia se apoderó de él y le hizo parecer más frío que nunca.

—entonces tal vez deba corregir la frase. Yo no tengo nada que decirte a ti.

Ella soltó una carcajada amarga cargada de cinismo. Max sintió una punzada de dolor.

—tal vez cuando oigas lo que tengo que decir...

—yo no...

—estoy embarazada.

Aquellas dos palabras dejaron a Max completamente paralizado. Resonaron a través de su cuerpo y de su alma vacía.

Embarazada. Un hijo. Su hijo. O t al vez no... Su voz sonó fría y despectiva cuan do pasó por delante de ella.

—como acabo de decirte, no tengo de qué hablar contigo.

***

Zoe observó sin dar crédito cómo Max se alejaba. Entonces la furia se apoderó de ella como una ola.

— ¿vas a irte sin más? ¿No vas a hablar siquiera de ello?

Max se dio la vuelta despacio, con rigidez, para dirigirse a ella.

—Si hubieras hecho bien las cuentas, sabrías que no ha pasado tiempo suficiente para que lo que dices sea creíble —inclinó la cabeza en gesto de despedida y volvió a ponerse en marcha.

—Nunca se me han dado bien las matemáticas —le gritó a su espalda—. P ero han pasado varias semanas. Ahora se pueden hacer pruebas de embarazo a los diez días. Tiempo de sobra, Max.

El volvió a detenerse, pero no se giró. Transcurrieron al menos treinta segundos en tenso silencio.

—entra en el coche.

Zoe vio la limusina que esperaba y, sin decir una palabra, entró. Max la siguió moviéndose con un cuidado que indicaba que estaba muy enfadado o muy dolorido, pensó ella.

Cuando el chófer cerró la puerta y se puso en marcha, Max habló.

—no puedes tener todavía síntomas y yo utilicé preservativo. ¿Por qué diablos te hiciste una prueba de embarazo? —se giró hacia ella —. Porque te la has hecho, ¿no?

—sí. Escuché a dos mujeres hablando del tema y me di cuenta de que tenía un retraso. Así que sumé

Dos y dos y...

—y dio como resultado un desagradable tres. Zoe se llevó la mano al vientre. Así que la idea de un embarazo y de un hijo le resultaba desagradable. Un inconveniente, una molestia.

—Has dejado muy clara tu postura —le dijo con amargura.

— ¿se supone que tengo que desea r este hijo? —preguntó él con recelo.

Zoe sacudió la cabeza.

—No, supongo que eso sería mucho pedir —miró por la ventanilla preguntándose por qué habría ido a buscarlo.

Al saber que estaba embarazada, le había parecido fundamental contárselo a Max. Quería que su hijo tuviera un padre, pero tendría que haber imaginado que él no se mostraría encantado con la idea de ser padre. Apenas se conocían. Y lo último que deseaba era que su hijo tuviera un padre que lo rechazara... Como le había pasado a ella.

— ¿qué quieres hacer? —preguntó Max finalmente con voz cruelmente neutra—. Tengo la sensación

De que no necesitas dinero, pero si es eso lo que buscas...

Zoe se giró en el asiento para mirarlo fijamente.

—no busco nada —le espetó—. Tonta de mí, pensé que podría preocuparte el hecho de que vayas a ser padre.

Max miraba por la ventanilla, de modo que Zoe no pudo distinguir su expresión.

— ¿me estás diciendo que pretende s tenerlo? Zoe retrocedió.

— ¿preferirías que no lo tuviera?

Él se encogió de hombros. Cuando finalmente habló lo hizo en un susurro.

-no.

-¿no?

-no te estoy pidiendo que abortes, si no es lo que quieres hacer —afirmó Max con el rostro todavía vuelto hacia la ventanilla—. No soy tan egoísta.

La limusina se detuvo en la entra da de casa de Max y éste salió del coche. Zoe no tuvo más opción que seguirlo, tropezándose una vez más con las irregulares baldosas. Al entrar en el vestíbulo no hablaron, ni tampoco en el ascensor mientras subían treinta y dos plantas hacia el cielo. Zoe esperó tensa mientras Max cruzaba el salón y apartaba una silla con un movimiento brusco antes de servirse un whisky y bebérselo de un trago.

-te ofrecería una copa, pero supongo que no es eso lo que toma una embarazada —dijo dándole la espalda.

—no, se toma té de hierbas —respondió ella—. Mataría por una taza de café.

-seguro que un poco de cafeína no puede ser mala tan al principio, ¿no?

Zoe se encogió de hombros. Había leído un artículo que relacionaba el exceso de cafeína con el riesgo de aborto, y aunque el estudio decía que una taza al día no era peligrosa, no quería correr riesgos innecesarios.

Quería aquel bebé. Mucho. Más que nada. Tal vez más de lo que deseaba ser una Balfour. Aquella certeza le sorprendió e incluso la asustó un poco.

Max dejó con cuidado el vaso sobre la mesa y se giró lentamente para mirarla.

-te agradezco que me hayas dado la noticia, pero ¿qué pretendes conseguir exactamente con ello?

Zoe tragó saliva. Sabía que era una buena pregunta. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué buscaba de Max?

—quiero que te impliques en la vida de nuestro hijo —dijo, nerviosa.

Max alzó una ceja.

— ¿implicarme? —Repitió sin disimular su incredulidad—. ¿A qué te refieres?

Su obvia desconfianza le hizo daño, le recordó al rechazo absoluto de su

padre biológico.

-estoy hablando de responsabilidad, Max...

—la verdadera responsabilidad habría estado en no dejarte embarazada —respondió él con sequedad—. Aparte de eso, consistirá en darte dinero...

—No —Zoe dio un paso hacia él y s e llevó la mano al vientre—. ¿De verdad eres tan frío como para no querer que tu propio hijo forme p arte de tu vida?

El rostro de Max y su voz adquirieron un tinte inexpresivo.

—no puedo estar seguro de que es mío, ¿verdad?

—Podemos hacer una prueba de paternidad en cuanto quieras —respondió el la sin alterar la voz—. No tengo nada que esconder.

— ¿ah, no? —Max permaneció inmutable, pero Zoe podía sentir su ira—. ¿Zoe a secas? ¿Quién eres realmente?

Ella lo miró a los ojos y respondió con voz firme:

—la mujer que va a tener un hijo tuyo.

Max dejó escapar una risotada incrédula.

—eres un caso, ¿has pensado en lo que significa tener un hijo, Zoe? ¿Lo que supondrá para tu maravilloso cuerpo, para tu forma de vida? No más fiestas, no más noches de juerga. No más noches en brazos de tu último amante...

—Eso no es justo —Zoe sintió la punzada de las lágrimas—. Tú no me conoces...

—Exacto, no te conozco —las palabras quedaron suspendidas en el aire—. ¿Sabes siquiera lo que significa tener un hijo, o lo ves como otro accesorio de moda, algo diferente porque estás aburrida?

Zoe fue consciente de que cada palabra que pronunciaba era un juicio y una condena. Por supuesto, no había motivos para que Max Monroe pensara mejor de ella, no le había da do ninguna razón para ello. Ni a él ni a nadie. Y se preguntó cuánto de verdad habría en sus palabras.

¿Sería tan egoísta y tan estúpida como para tener un hijo porque quería tener su propia familia, porque al fin podría tener a alguien propio?

Tal vez sí. Sin embargo, mientras aquellos pensamientos basados en el miedo se deslizaban por su mente, Zoe supo que quería aquel hijo por algo más que por motivos egoístas. Quería aquel hijo porque era un bebé, su bebé, parte de su cuerpo, y tenía derecho a vivir.

—Si hubiera querido un accesorio de moda —dijo finalmente con voz seca—, m e habría comprado una pulsera.

Max inclinó la cabeza y luego se encogió de hombros.

—por supuesto que te ayudaré económicamente, si eso es lo que necesitas.

— ¿firmar un cheque y acabar con esto?

El entornó los ojos.

— ¿qué estás buscando, Zoe? Por qué no creo que esperes que... —se detuvo tragó saliva y se dio la vuelta.

— ¿que espere que te impliques en la vida de tu hijo? Es curioso, los hombres tienden a pensar que es una ida absurda. Imposible.

Max se giró de nuevo con rapidez.

— ¿me estás diciendo que ya has p asado por esto antes?

Zoe vaciló un instante.

—En cierto modo sí, aunque no he estado embarazada con anterioridad —aspiró con fuerza el aire—. No te estoy pidiendo que te cases conmigo, Max, ni siquiera que tengamos ningún tipo de absurda relación —dijo burlona, aunque n o tenía ganas de bromear.

No quería tener una relación con Max, sabía que estaba condenada al fracaso. Aunque le dolía que él no hubiera considerado siquiera la posibilidad ni por un instante. La había echado a la mañana siguiente de hacer el amor con ella y en ese momento los estaba rechazando a ella y a su hijo. Se mareó ligeramente y dejó escapar un breve gemido.

— ¿te encuentras bien? —le preguntó Max.

—sólo un poco mareada. Llevo un buen rato sin comer —se sentó en la silla más cercana sin ninguna elegancia y cerró los ojos para conjurar el mareo, la náusea que llevaba con sigo y, lo peor de todo, el rechazo de Max.

Con los ojos todavía cerrados, lo escuchó maldecir entre dientes mientras en traba en la cocina. Oyó cómo habría cajones y los cerraba, y cuando abrió los ojos lo vio en la encimera de la cocina con un cuchillo y una lata de mantequilla de cacahuete. Parecía perdido e indefenso, y Zoe se preguntó si habría estado alguna vez en su propia cocina.

—Me traen la comida de fuera — explicó, tenso, aunque Zoe no le había preguntado nada—. Me temo que sólo tengo pan y mantequilla de cacahuete.

-perfecto.

Max agarró la lata de mantequilla y le quitó la tapa. Al hacerlo, le dio un codazo al cuchillo que estaba en la encimera, el cual cayó al suelo. Volvió a maldecir y Zoe observó con asombro cómo se inclinaba y buscaba a tientas el cuchillo. Cuando por fin lo agarró, ella tuvo la extraña sensación de que no podía verlo.

-gracias —murmuró cuando le tendió el sándwich.

El hambre había desaparecido por completo. Tenía varias preguntas en mente. Al parecer, preparar un sencillo sándwich le costaba trabajo. ¿Tendría todavía secuelas del accidente? Quería preguntárselo, pero le daba miedo la respuesta. No podría soportar otro re chazo, y no estaba muy segura de querer saber la verdad.

De pronto sintió miedo. Miedo de las cosas que no sabía, del futuro que s e cernía tan oscuro e incierto ante ellos.

—Si estás imaginando una escena de familia feliz, me temo que es completamente imposible —aseguró él de pronto tras un tenso y largo silencio.

Se dirigió a la ventana y apoyó el hombro contra la pared de cristal. P arecía indiferente a la espectacular vista.

Zoe se quedó mirando el sándwich, incapaz de darle ni un bocado.

— ¿imposible? —repitió lentamente dejando la pregunta en el aire.

—Imposible —confirmó Max.

Y entonces, para sorpresa de ella, añadió como a regañadientes:

—lo siento.

—hablas como si no tuvieras elección.

—no la tengo —afirmó con sorprendente dolor. Zoe alzó la mirada. Sus ojos reflejaban furia y dolor.

— ¿qué me estás diciendo, Max? ¿Que no quieres tener absolutamente nada que ver en la vida de tu hijo?

Él apretó las mandíbulas.

—es imposible.

—sólo si tú decides que lo sea.

— ¿qué te estás imaginando, Zoe? —inquirió con un murmullo rabioso—. Apenas nos conocemos. Ni siquiera sé cómo te apellidas. ¿Acaso esperas que seamos una familia?

Aquella palabra, familia, le provocó un nudo en la garganta. Tragó saliva y se obligó a sí misma a contener las lágrimas.

—no sé qué espero, Max. Lo único que sé es que —tragó saliva antes de continuar— no permitiré que mi hijo crezca sin saber quién es su padre.

Él la miró fijamente, como si quisiera hacerle una pregunta, pero ella continuó con voz más pausada:

—y es Balfour.

-¿cómo?

-me apellido Balfour.

Él se encogió de hombros con indiferencia y Zoe sintió el ridículo deseo de echarse a reír. Estaba claro que el apellido Balfour no significaba nada para él. Aquel sinónimo de riqueza, lujo, prestigio y, finalmente, escándalo era tan sólo un apellido más para Max Monroe. No sabía si sentir alivio o desilusión.

-al menos podrías ir a verlo...

-¿cómo? ¿Volando a Inglaterra cada dos semanas?

Zoe parpadeó al darse cuenta de pronto de que no había pensado en nada. Lo único que tenía en mente desde que supo que estaba embarazada era que deseaba que su hijo supiera quién era su padre, que se sintiera querido y deseado.

Sin embargo, no podía forzar ninguna de las dos cosas. Pensó que tal ve z fuera mejor que no conociera a su padre si éste no quería conocerlo a él.

Dejó con cuidado el sándwich sin tocar sobre la mesa que tenía al lado. Se levantó despacio sintiéndose todavía algo mareada.

—No he pensado a fondo en esto —aseguró con toda la dignidad que pudo —. No tengo todas las respuestas, Max, y no pretendo tenerlas, yo sólo... —aspiró con fuerza el aire —. Sólo quería que este niño sepa de dónde viene, porque... Porque yo no lo supe.

Max abrió la boca, pero no dijo nada, y Zoe siguió hablando.

—en realidad, no importa, porque lo que yo quiero no se puede forzar. No se puede forzar el amor, aunque sea el de un padre hacia un hijo. Yo debería saberlo.

Max cerró un instante los ojos. P arecía estar sufriendo.

—Zoe...

—Eso es todo —terminó ella con voz forzada—. Quería que lo supieras.

Él suspiró y abrió los ojos. Tenía una expresión carente de toda emoción y Zoe comprendió que había decidido. Había tomado la decisión de no implicarse. No se movió, no cambió de postura cuando dijo con tono neutro:

—ahora ya lo sé.

Y siguió sin moverse cuando Zoe s e dirigió despacio al ascensor sintiendo las piernas de plomo. Pulsó el botón y esperó con la esperanza de que Max dijera algo. Hiciera algo.

No lo hizo.

El ascensor tardó una eternidad en llegar, pero de pronto se abrieron las puertas y Zoe no tuvo más opción que entrar. Y se cerraron sin que Max hubiera dicho una sola palabra.

***

Max escuchó cómo se cerraban las puertas y el sonido del ascensor al descender. Escuchó el burlón silencio que lo rodeaba y deseó poder taparse los oídos... Y el corazón. Escuchó las acusaciones de Zoe y, lo que era peor, sus súplicas.

«No se puede forzar el amor, aunque sea el de un padre hacia un hijo. Yo debería saberlo».

No conocía su historia, aunque podía imaginarse un poco de qué se trataba. La idea de cómo estaba fallándoles a ella y a su hijo lo a travesó. No quería volver a dejar a nadie tirado. Sabía que fallarle a otra persona era lo mismo que fallarse a sí mismo.

Pero era mejor fallarle al principio que hacerlo después, sería más duro.

«Hablas como si no tuvieras elección».

Zoe no podía imaginar lo ciertas que eran sus palabras. Se las había lanzado como una acusación, pero para él eran como una condena. Una condena de por vida de la que no podía escapar. ¿Estaría Zoe tan dispuesta a que formara parte de la vida de su hijo si supiera que estaba casi ciego, que estaba a punto de convertirse en un inválido? Podía imaginar su desagrado, su horror.

Y aunque fingiera que no importaba, para él sí era importante. Y también

para su hijo. ¿Cómo podría ser padre si no podía ver el rostro de su hijo? No podría jugar al béisbol con él, si fuera una niña no podría bailar con ella dando vueltas por miedo a caerse y hacerle daño.

Era un inútil. Y peor todavía, tenía miedo.

Maldijo entre dientes y se llevó las manos a los ojos para no ver las formas borrosas. La oscuridad fue completa y casi tranquilizadora... Durante un instante. Luego el habitual pánico se apoderó de él. Era un grito silencioso de angustia que nunca expresaba en voz alta.

Se dirigió al mueble bar, golpeándose con fuerza contra una silla de camino, y agarró una botella de whisky. Allí al menos podría encontrar un cierto alivio temporal.

Era más de media noche cuando por fin se dirigió tambaleándose a la cama, quitándose la ropa con indiferencia. El sueño se apoderó rápidamente de él, y con el sueño llegaron el miedo y las pesadillas. La sofocante oscuridad, los gritos y, lo peor de todo, las súplicas.

«Max... Haz algo... Por favor».

No había hecho nada. Se había quedado sentado esperando, incapaz de ayudarse ni a sí mismo. En sueños se le escapó un gruñido de dolor mientras se revolvía entre las sábanas y los terribles recuerdos se apoderaban de él.

«No... No, por favor, no le hagas daño». «Ayúdame, Max... ».

No lo hizo. No había podido hacer lo.

Cuando rompió el alba, finalmente cayó en un sueño más profundo con los músculos todavía agarrotados por la tensión, los ojos cerrados y las sábanas húmedas por las lágrimas que nunca derramaría despierto.

Capítulo 5

Los siguientes días transcurrieron en una nebulosa de apatía. Zoe pasó la mayor parte del tiempo tumbada en la cama sintiéndose vacía y exhausta. Finalmente se decidió a salir del apartamento y hacer algo. Tenía que actuar.

Pero ¿cómo? Vagó por las calles mirando sin ver los escaparates de las tiendas y los edificios, y a la gente que se dirigía deprisa a algún lado. Nunca se había sentido tan ajena a todo. Entonces alzó la vista hacia el discreto rótulo que había en un edificio de oficinas y que no era distinto a miles de otros: centro de apoyo a la maternidad.

Sin pararse a pensar en qué estaba haciendo o por qué, Zoe cruzó las puerta s del edificio y tomó el ascensor hasta la cuarta planta. Entró en el centro de apoyo y observó sorprendida las sillas desvencijadas y el destartalado escritorio en el que una mujer estaba colocando folletos en una cesta.

— ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó alzando la vista cuando Zoe entró.

—Lo cierto es que me preguntaba en qué podría ayudar yo —respondió ella con voz sorprendentemente firme.

La mujer alzó las cejas sorprendida y Zoe sonrió.

—me gustaría trabajar de voluntaria.

-¿has estado aquí antes?

-no.

Zoe era consciente de lo absurdo que debía parecer que entrara allí y pidiera formar parte del centro. Pero quería ayudar, contribuir. Necesitaba actuar en lugar de pensar y quedarse paralizada por el miedo.

—soy nueva en la ciudad, pero tengo mucho tiempo y quiero hacer algo útil. No tengo una gran formación en nada —continuó con decidida alegría—, pero podría ordenar archivos y contestar al teléfono.

—Veamos... —la mujer miró los p apeles que tenía en el escritorio y Zoe sintió como le fallaban las piernas.

Por favor, otro rechazo no. En aquel momento sentía que se podría venir abajo si alguien le fruncía el ceño en la calle. Entonces la mujer alzó la vista y sonrió.

—normalmente no es fácil encontrar voluntarios. Todo el mundo está muy ocupado en esta ciudad. Nos encantará contar con tu ayuda —le tendió la

mano—. Soy tiffany.

—Estupendo —Zoe se la estrechó—. Soy Zoe. Zoe Balfour —añadió con tono más fuerte.

En cuestión de días, había aprendido a hacer las tareas menores: regar las plantas del alfeizar, hacer fotocopias en la vieja máquina... Trató de imaginarse a Holly Mabberly, o incluso a Karen, viéndola en aquella situación y su porque se burlarían de ella.

El tercer día de voluntariado, Zoe se dio cuenta de que era feliz. O casi. Sabía que nunca lo sería del todo debido a la indiferencia de los hombres de su vida, los hombres que habían escogido voluntariamente no formar parte de ella. Pero estaba haciendo algo, algo bueno que le proporcionaba una profunda sensación de satisfacción que no había esperado sentir.

Sin embargo, las casi ocho horas que dedicaba al centro no llenaban las demás horas del día y de la noche, horas en las que caminaba por el parque observando a los niños con sus madres. Horas en las que se quedaba tumbada en la cama, agotada y, al mismo tiempo, insomne, imaginando una vida diferente, en la que su padre y el padre de su hijo la aceptaban y la abrazaban.

Seguía teniendo mucho tiempo para pensar, para hacerse preguntas, para preocuparse, porque se estaba dando cuenta de que no tenía ni idea de lo que iba a hacer. ¿Dónde iba a vivir? ¿Qué haría? ¿Cómo iba a contárselo a su familia, a su padre?

Entonces vinieron las náuseas. Llevaba un tiempo sintiéndose mal, pero nada comparado con cómo se encontraba unas semanas después de haber visto a Max por última vez. Agotada y enferma, se tomó varios días libres en el centro y los pasó en la cama mordisqueando galleta s secas y tratando de dormir todo lo que podía.

Una de aquellas tardes, sonó e l timbre de la puerta y Zoe se levantó a abrir pensando que se trataría de lila, el ama de llaves, que había olvidado la llave.

Pero no era lila, era Max.

Zoe abrió la boca con asombro y se lo quedó mirando; tenía el pelo mojado por la lluvia y llevaba puesto un exquisito traje gris. Su rostro reflejaba una expresión decidida y estaba guapísimo.

Le dio un vuelco al corazón al darse cuenta del aspecto que debía tener ella. No se había duchado, estaba despeinada y llevaba un pi jama de estar por casa. Pero al parecer, Max no se dio cuenta, pues no hizo ningún comentario.

-¿qué estás haciendo aquí? —preguntó ella cruzándose de brazos en gesto de

autoprotección.

-tenemos que hablar.

Zoe arqueó una ceja con escepticismo, pero el corazón le dio un vuelco.

— ¿de verdad?

—Sí, de verdad —contestó él—. ¿Vas a dejarme entrar?

—Ya que lo pides con tanta educación... —murmuró Zoe echándose a un lado.

Vio cómo Max entraba con paso lento en el vestíbulo y miraba las piezas de anticuario con algo parecido al desdén.

La expresión burlona de su rostro hizo que Zoe se sonrojara de vergüenza y resentimiento. ¿Habría averiguado lo de su nacimiento? Sólo hacía falta una búsqueda sencilla en internet para descubrir quién era; le había dado la munición suficiente cuando le dijo su apellido. ¿Sería esa la razón por la que ahora la miraba con tanto desprecio, porque sabía quién era?

— ¿qué quieres? —preguntó dejando a un lado aquellos pensamientos.

— ¿vamos a ser tan poco civilizado s como para quedarnos aquí en la entrada?

—Tú no puedes hablar de civismo —le espetó ella.

Max inclinó la cabeza en gesto contrito.

—lo siento —dijo finalmente—. Me pillaste por sorpresa.

Pronunció aquellas palabras si n ninguna emoción, pero su significado hizo que a Zoe le diera un vuelco al corazón. ¿Se lo estaría pensando dos veces?

-sígueme —se dio la vuelta y lo guió hacia el salón, con su gruesa alfombra persa y su impresionante vista de Central Park.

Max la siguió.

—siento tener este aspecto tan terrible —dijo Zoe en tono que pretendía se r coqueto—. Si hubiera sabido que venías, me habría arreglado un poco más.

Max se encogió de hombros.

-no importa —se aclaró la garganta—. ¿Cómo te encuentras?

Zoe soltó una carcajada incrédula.

-¿cómo me preguntas eso si ya me has visto? Me siento fatal.

—lo siento. —dijo Max transcurrido un instante.

-se supone que pasará dentro de unas cuantas semanas —contestó ella.

Guardaron un tenso silencio durante unos instantes. Max estaba en el centro de la estancia sin inmutarse. Zoe no tenía ni idea de en qué estaba pensando. Se colocó un mechó n revuelto detrás de la oreja y preguntó:

-¿para qué has venido, Max?

Se giró lentamente para mirarla con el cuerpo rígido y los hombros hacia atrás.

—Como ya te he dicho, el otro día me pillaste desprevenido —dijo con tensión—. No debería haberte rechazado de aquel modo.

Zoe se preguntó si se estaba disculpando.

—Gracias —le dijo sin disimular el sarcasmo—. No has tardado demasiado en darte cuenta de que
Eres un auténtico sinver...

—No supe reaccionar —la atajó Max con voz cortante—. Y sigo sin saber...

Se detuvo y apretó los labios. Zoe sintió un frío estremecimiento.

—Sigo sin saber cómo va a salir esta historia si sigues pensando en tener e l bebé —continuó él—. Somos unos desconocidos, Zoe.

—Unos desconocidos que se acostaron juntos —respondió ella con tono dolido—. ¿Qué me estás proponiendo exactamente?

—No te estoy proponiendo nada —contestó Max con tono neutro—. Pero si vas a tener un hijo mío, entonces obviamente tendré que asumir ciertas responsabilidades. ¿Tienes pensado quedarte en nueva york durante el embarazo?

—no... No lo he pensado —reconoció ella—. Pero creo que debería quedarme aquí.

— ¿hay alguna razón por la que no quieras volver a Inglaterra? —Preguntó Max con indiferencia—.
Habías mencionado que...

—Quiero quedarme aquí —atajó Zoe.

—De acuerdo —asintió él—. ¿Has i do ya al médico?

—no, todavía no. Es muy pronto.

—Pero te encuentras mal, seguro que un médico podría prescribirte algo —Max sacó un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y comenzó a marcar números.

— ¿qué haces?

Max habló por el móvil dando instrucciones y Zoe se dio cuenta de que debía estar hablando con algún ayudante.

—Mi asistente está buscando médicos —dijo él tras colgar—. Intentará conseguir una cita para esta tarde.

Zoe se debatió entre la irritación, la admiración y una extraña gratitud. Estaba claro que cuando Max se proponía algo, lo conseguía, pero no estaba segura de querer que la manejaran así.

—estoy bien...

—has dicho que te encontrabas Mal —insistió él—. Tal vez te gustaría darte una ducha antes de la Cita.

Zoe se sonrojó al pensar en su pelo sucio.

—De acuerdo —contestó con tirantez levantándose de la silla.

Max no se había movido del centro del salón.

— ¿vas a quedarte ahí esperando? ¿No tienes cosas que hacer, como por ejemplo ganar dinero?

Max esbozó un amago de sonrisa.

—Lo bueno del dinero es que transcurrido un tiempo se reproduce a sí mismo solo —se metió una mano en el bolsillo trasero de los pantalones—. Tengo tiempo.

Debería estar agradecida de que Max estuviera allí, de que hubiera cambiad o de opinión y quisiera implicarse de alguna manera. Sin embargo, por alguna extraña razón sólo tenía resentimiento. Se sentía como un paquete del que había que ocuparse en lugar de como una persona.

La ducha caliente le sentó bien y , a pesar de las náuseas, se encontró un poco mejor, lo suficiente para vestirse con unos vaquero s ajustados aunque no le subiera la cremallera, botas altas y camiseta de seda color espuma del mar. Se maquilló, consciente de que quería verse bien para Max. Dudaba mucho de que él lo notara siquiera y, sin embargo, se llevó una desilusión cuando regresó al

salón y él ni siquiera la miró.

—Tenemos cita para dentro de una hora —dijo con brusquedad—. Mi coche estará aquí en cinco minutos.

—Qué rapidez —contestó Zoe un tanto malhumorada—. Es increíble lo que eres capaz de hacer cuando te lo propones.

Sabía que estaba siendo dura y sarcástica, pero no le importaba. Max la miró con frialdad.

—comprendo que estés enfadada conmigo, Zoe. La última vez que nos vimos no me comporté como tendría que haberlo hecho. Lo siento, pero ahora estoy haciendo lo que puedo para ocuparme de ti y de nuestro hijo, y te agradecería que no me lo reprocharas a cada instante. Zoe asintió.

—supongo que esta situación es difícil para los dos.

—Lo es —extendió el brazo y Zoe s e dio cuenta de que pretendía que se lo tomar a.

Lo hizo con torpeza, consciente de su cercanía y del aroma de su colonia. Sintió un brazo fuerte bajo el suyo, los músculos bajo la su ave tela del traje y, durante un segundo, deseó apoyarse en él y sentir su fuerza como había hecho aquella noche. Quería apoyarse en alguien, en él, y admitir que estaba asustada, que el futuro l e daba miedo, que no sabía qué estaba haciendo ni quién era. Que lo estaba intentando, que aquel bebé era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo, pero que seguía teniendo miedo de fracasar. De perder... Incluso de perder a Max, lo que resultaba ridículo porque nunca había sido suyo.

Tal vez la despreciara si admitía aquella debilidad ante él. Seguramente Max no había tenido un momento de debilidad en toda su vida, pensó con cierto resentimiento. Siempre parecía seguro de sí mismo y del lugar que ocupaba en el mundo.

***

Max trató de no apoyarse en el brazo de Zoe, de no inhalar el suave aroma de su cabello y de su piel. Rosas. Trató de no mostrar ninguna debilidad. Había tenido que hacer gala de toda su fuerza para ir a un lugar desconocido. Los sitios nuevos suponían ya un reto para él. Qué diablos, le daban miedo. Podía distinguir contornos, umbrales y esquinas, pero poco más. A cada paso que daba se sentía como si fuera a caer en un vacío desconocido. No quería tropezar. No quería caerse.

No quería que Zoe se diera cuenta de que estaba casi ciego.

Pero en algún momento tendría que enterarse. Si no se daba cuenta por sí misma, tendría que decírselo; no podría guardar semejante secreto si iban a tener una relación, del tipo que fuera. Se preguntó quién era Zoe Balfour. Si a pesar de sus relaciones sociales, su belleza y su encanto sería la clase de mujer capaz de vivir con un hombre ciego.

Capaz de amarlo.

Su mente y tal vez también su corazón se burlaron de él.

La limusina esperaba en la entrada. Max distinguió su forma grande y oscura y escuchó cómo se abría la puerta y luego se cerraba.

—Señor Monroe —lo saludó el chófer.

Frank sabía lo de su pérdida de visión. Max se había visto obligado a contárselo cuando fue incapaz de hacer las tareas más simple s que antes daba por sentado. No hablaba n de ello, pero Frank llevaba a cabo servicios indispensables: hablaba cuando abría la puerta par a que Max supiera que estaba allí, se aseguraba de que el camino hasta el coche estaba despejado... Max dependía de él, y esa certeza le dolía. Había sido u n hombre independiente que no necesitaba a nadie, y de pronto se sentía tan indefenso como el niño que Zoe y él tendrían pronto.

¿Qué pensaría entonces Zoe? N o, no quería compasión, pero la soportaría si era necesario para poder estar cerca de su hijo.

Esa idea era la que lo había llevado de regreso a Zoe. Cuando ella salió del apartamento, la culpa y el arrepentimiento se apoderaron de él. La había tratado sin ningún cuidado ni cariño.

Durante varias largas y oscuras noches, había pensado en ella. Imaginaba que todavía conservaba su olor en las sábanas. Imaginaba a su hijo, que por alguna razón pensaba que sería una niña. Tendría rizos rubios y los ojos verdes como el jade de Zoe. Él no podría verla con sus propios ojos, pero durante aquellas noches largas y solitarias la vio con el corazón.

Luego se reprendía a sí mismo por aquellos sueños ridículos y sentimentales. Apenas conocía a Zoe, a Zoe Balfour, y lo que sabía de ella le hacía prever que se mostraría horrorizada ante su debilidad. No importaba lo que anhelara secretamente en aquellos momentos oscuros y débiles, sabía que no podría tener una relación con Zoe Balfour. Y sin embargo, sus principios no le permitían que su propio hijo llegara al mundo sin padre. Ya le había fallado a alguien con anterioridad debido al miedo, no volvería a hacerlo jamás. Costará lo que costara.

Así que había ido en busca de Zoe, decidido a ocuparse de ella y de su hijo aunque eso significara soportar su compasión o su burla.

Aunque siguiera sin saber cómo o cuándo iba a contarle a Zoe lo de su ceguera.

***

Zoe apoyó la cabeza contra el cabecero de cuero del asiento y cerró los ojos mientras la limusina se deslizaba a toda prisa por Park Avenue. Max iba mirando hacia delante. Zoe dio por hecho que no quería hablar. Bueno, pues ella tampoco. La situación ya resultaba lo bastante extraña sin tener que soportar además una conversación absurda.

Tenía un nudo de tristeza en la garganta. Se había agarrado a la esperanza de que el niño conociera a su padre, y ahora que Max había decidido convertir su deseo en realidad, ¿por qué no estaba contenta? ¿Por qué sentía que todo estaba mal?

Zoe miró el perfil del hombre que estaba sentado a su lado y supo que se sentía tan desgraciado como ella. Tal vez estuviera dispuesto a ocuparse del niño y de ella, pero estaba claro que la idea no le gustaba. En aquel momento, parecía como si quisiera estar en cualquier lugar del mundo y con cualquier otra persona.

Zoe suspiró y cerró los ojos.

El médico que Max había encontrado estaba muy recomendado, o eso le había dicho él. Zoe apenas tenía energía para nada mientras aguardaba en la lujosa sala de espera ojean do revistas.

Max estaba sentado a su lado con el cuerpo rígido y expresión intimidatoria. Cuando por fin los llamaron a la consulta, Zoe se sentó al borde de la camilla cubierta sintiéndose de pronto nerviosa e insegura. La idea de que la examinaran con Max dentro de la habitación, como una sombra oscura, le provocaba más náuseas de lo habitual. Tal vez él lo percibió, porque de pronto preguntó con voz tan seca como de costumbre:

— ¿preferirías que esperara fuera?

—Yo... —Zoe tragó saliva y se mojó los labios—. No, está bien. Puedes quedarte.

Unos minutos más tarde, la doctora hargreaves, una mujer delgada de cabello gris y cincuenta y pocos años, entró en la sala.

— ¿señora Monroe?

—No —Zoe se sonrojó por el horror y la humillación y miró a Max, que no reaccionó—. Quiero decir,

Soy... Mi nombre es Zoe Balfour. N o soy... No estamos...

—Por supuesto —dijo la doctora hargreaves con tono tranquilizador—. Lamento haberlo dado por hecho. La enfermera que atendió la llamada ha debido confundirse —sonrió y observó el informe de Zoe—. Bueno, veamos... La última regla fue hace ocho semanas, ¿no es así?

—Eso creo —Zoe no era capaz de mirar a Max.

—y siente náuseas, ¿verdad? —Continuó la doctora con simpatía—. Suele pasar al principio —miró hacia Max—. Puedo prescribirle algo para las náuseas si son muy fuertes, pero lo mejor es comer proteínas, sobre todo a primera hora de la mañana, y picar con frecuencia. Lo normal es que remitan dentro unas semanas.

—Me alegra saberlo —Zoe esbozó una sonrisa, consciente de que Max estaba allí con los brazos cruzados y la expresión inescrutable.

—todavía no podemos escuchar el latido del corazón directamente, per o puedo hacerle una ecografía para que esté tranquila —la doctora sonrió y Zoe creyó ver compasión reflejada en sus ojos.

Sin duda la tensión entre Max y ella resultaba palpable.

—eso sería maravilloso.

Zoe se estiró en la camilla y la doctora hargreaves le puso un gel frío en el vientre. Encendió el equipo de ultrasonido y comenzó a deslizarle el mango.

Pareció tardar una eternidad, y Zoe sintió cómo el corazón se le aceleraba por el miedo, pero entonces la doctora sonrió.

—ah, aquí está. ¿Lo ve?

Y para sorpresa suya, lo vio. Un bebé pequeño como una alubia y perfecto, con el corazón latiéndole como el ala de una mariposa. Zoe se rió en voz alta maravillada, pero cuando miró a Max se dio cuenta de que ni siquiera estaba mirando la pantalla.

La doctora hargreaves encendió el volumen y la habitación se inundó de pronto con el sonido del corazón de su bebé.

—parece un caballo al galope —dijo con una sonrisa, y Zoe asintió.

Era un sonido maravilloso, el son ido de la vida, y cuando volvió a mirar a Max vio sorprendida que su rostro ahora estaba teñido de emoción. Tardó un

momento en darse cuenta de lo que reflejaban sus ojos y la curva de su boca. Era alegría. Estaba sonriendo, y vio sorprendida que también tenía los ojos húmedos.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Max extendió la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Zoe inclinó la cabeza hacia atrás contra la dura almohada y cerró los ojos. La repentina sensación de abrumador alivio le provocó un ligero mareo. «Todo va a salir bien», se dijo sujetando con fuerza la mano de Max. «No sé cómo, pero todo va a salir bien».

Max siguió sujetándole la mano cuando la doctora hargreaves apagó la máquina de ultrasonidos y le tendió a Zoe una toalla de papel para que se retirara el gel del estómago.

—Parece que todo progresa con normalidad —aseguró con alegría—. Debería pedir cita para dentro de cuatro semanas, aunque por supuesto, si tiene alguna preocupación puedo verla antes. Y si quiere puedo prescribirle algo para las náuseas.

Zoe asintió y miró de nuevo a Max, preguntándose cómo se estaría tomando todo aquello. A pesar de que le estuviera sosteniendo la mano, se sentía asustada e insegura. De pronto cuatro semanas le parecieron una eternidad. Y también nueve meses.

Max debía estar pensando lo mismo, porque apartó la mano y se retiró a una esquina. La sonrisa había desaparecido completamente de su rostro, así que, una vez más, Zoe no sabía qué estaba pensando o sintiendo.

Cuando salieron de la consulta, no hablaron. La limusina de Max los es taba esperando en la entrada y ambos subieron en silencio. Mientras cruzaban Park Avenue, Zoe reunió finalmente el valor para hablar.

—Gracias por concertar la visita con el médico —dijo tras aclararse la garganta—. Ha sido maravilloso verlo.

—Y oír su corazón —reconoció Max—. Creo que deberíamos celebrarlo.

-¿cómo? —Zoe lo miró con incredulidad y él sonrió.

Sus ojos reflejaban un brillo que ella no le había visto nunca antes.

-no todos los días puede uno es cuchar el corazón de su bebé. Y no importa lo que haya sucedido antes —se detuvo un instante antes de continuar—. No importa lo que pase o n o pase entre nosotros, podemos celebrar eso. Una vida. Una nueva vida.

Zoe sonrió.

-eso es verdad. ¿Qué vamos a hacer?

—Ir a cenar —aseguró Max con firmeza—. A le cirque.

—no estoy vestida para...

—podemos pasar por tu apartamento —sugirió él—. Estoy seguro de que tienes algo fabuloso.

Una hora más tarde, Zoe entró en la limusina de Max sintiéndose algo extraña y demasiado ilusionada. Llevaba puesto un vestido de noche de seda plateada, uno de sus favoritos. Se había dejado el cabello suelto sobre los hombros y, cuando Max la vio, sonrió y dijo:

—plata.

Zoe se atusó el vestido en las caderas y sonrió orgullosa.

—sí, es un poco brillante, supongo.

—Me gusta —aseguró Max guiándola hacia la limusina.

Era temprano para cenar, y el restaurante estaba casi vacío. Max insistió en escoger una mesa apartada situada en una esquina. La intimidad resultaba nueva y extraña. Zoe agarró la carta y se quedó mirando las entradas sin ver. ¿Qué estaba ocurriendo allí?, se preguntó. ¿Se trataba de una cita? No pudo evitar desear que aquello llevara a otras cosas. Que pudieran tener algún futuro juntos.

Llegó el camarero y Max pidió champán. Zoe abrió la boca para protestar pero él alzó la mano.

—sé que no debes tomar alcohol, pero seguro que podrás dar al menos un sorbo.

—supongo que sí —apretó la servilleta que tenía en el regazo, sintiéndose nerviosa y tímida—. No esperaba que quisieras celebrar... Esto.

—yo tampoco —respondió Max suspirando—. Sé que he sido un completo idiota. Estoy tratando de dejar de serlo —se rió—. No es mucho, ¿verdad?

Zoe sonrió. La confesión de Max tuvo el extraño efecto de iluminar cada rincón de su interior, disolviendo por unos instantes su s preocupaciones y sus miedos.

—es más de lo que tú crees.

—Quiero celebrarlo —insistió él con voz firme—. Quiero recordar las cosas buenas.

Zoe inclinó la cabeza, sorprendida por la firmeza de su tono. Parecía como si se refiriera al presente en lugar de al futuro. El camarero llegó entonces con el champán y abrió la botella con ceremonia.

Max alzó su copa, y lo mismo hizo Zoe.

—por el futuro.

—Por el futuro —repitió ella dan do un breve sorbo.

Cuando hubieron pedido, él silencio cayó sobre ellos pesadamente. Zoe era consciente de lo poco que se conocían el uno al otro. No te nía nada que decirle, o tal vez tuviera demasiado, pero no contaba con el valor para hacerlo.

—Así que Zoe Balfour —dijo finalmente él—. Procedes de una familia bastan te famosa. Yo no había oído hablar de ti, pero al parecer tienes una mansión en Inglaterra y un millón de hermanas... O al menos eso dice internet.

— ¿y te has enterado de algo más? —preguntó ella preparándose para lo que pudiera decirle.

Max negó con la cabeza.

—No, sólo de tu apellido —Max sonrió—. Lo siento, no eres tan importante.

—qué lástima.

Zoe esperó a que le hiciera más preguntas, a que quisiera saber más. Como él no hablaba, ella se vio obligada a aclarar las cosas.

—en realidad no es mi verdadero apellido.

Max inclinó la cabeza con expresión alerta, expectante. Zoe hizo un esfuerzo por continuar, sin saber muy bien por qué había empezado, pero sabía que quería decirlo. Quería que Max lo supiera.

—soy hija ilegítima. Probablemente lo hayas oído o lo hayas leído si has buscad o en internet.

—Se mencionaba en algunas entradas —reconoció él con voz pausada.

Zoe trató de sonreír.

— ¿sólo en algunas? Realmente no debo ser importante.

Max esbozó también una sonrisa.

—me enteré hace unos meses.

Zoe bajó la vista y sintió un nudo de emoción en la garganta.

—Debe haber sido duro —comentó él en voz baja.

Eran palabras sencillas, pero Zoe sabía que las decía de verdad. Se sintió comprendida, y sus palabras fueron como un bálsamo.

—lo fue. Lo sigue siendo. Supongo que por eso estaba tan decidida a contártelo. Quería que bebé te conociera, que no hubiera secreto s.

—no los habrá.

Zoe asintió. Quería preguntarle cómo iban a hacerlo. Quería detalles, planes, promesas. Sabía que ninguno de los dos estaba preparado para nada de aquello. Apenas se cono cían, y aunque aquella noche estaba siendo maravillosa, también era algo muy frágil.

Mantuvieron una conversación superficial e impersonal mientras cenaban, p ero Zoe disfrutó le la charla sobre cine y los mejores restaurantes y museos de nueva york. Se vio a si misma coqueteando incluso, y le gustó comprobar que su antiguo yo seguía allí.

Cuando les llevaron el postre ya se había empezado a llenar el restaurante y un cuarteto de jazz tocaba cerca de la pequeña pista de baile vacía. Ella se sentía contenta y esperanzada, así que dejó la servilleta sobre la mesa.

—bailemos.

Max se quedó paralizado.

— ¿cómo?

Ella señaló hacia la pista de baile con optimismo.

—vamos, Max. Estamos de celebración, ¿recuerdas? Bailemos.

Max no podía distinguir con claridad el rostro de Zoe, pero notaba la energía y el entusiasmo que salían de ella en oleadas y no quería arruinarle la fiesta. Sin embargo, tampoco quería hacer el ridículo. No podía bailar. Apretó con fuerza la servilleta que tenía en el regazo.

-yo no bailo.

Sintió la desilusión de Zoe y su incertidumbre.

—Vamos, Max —insistió ella—. Apuesto a que eres capaz de cortar la alfombra con los pies si te lo propones.

Él sonrió débilmente.

—lo dudo.

— ¿no? ¿No sabes bailar?

Trataba de sonar natural, pero Max sabía que estaba herida. Se sintió como un granuja. Peor todavía, compartía su desilusión, porque no recordaba cuándo había sido la última vez que se había divertido tanto. Aquella noche se sentía libre y sin cargas. Feliz. Esperanzado. No iba a rendirse tan fácilmente, aunque eso significara quedar como un idiota.

-bueno, supongo que hay una primera vez para todo —arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó con rigidez.

Sintió como si el restaurante s e extendiera sin fin en todas direcciones, lleno de obstáculos y peligros ocultos. Extendió la mano con una sonrisa.

-¿vamos?

Zoe se levantó y colocó la mano sobre la suya. Max entrelazó los dedos con los de ella y recordó cómo le había tomado la mano en la consulta del doctor, cómo le había gustado. Quería seguir haciéndolo, necesitaba de su fuerza. Fue su ancla mientras atravesaron el mar de mesas hasta llegar a la relativa seguridad de la pista de baile.

Un solitario saxofón gemía con sentimiento, y Max supo que no haría falta bailar demasiado. ¿Qué era el baile si no la excusa para abrazar a alguien? Y él quería abrazar a Zoe. Abrió los brazos, contento y agradecido de que se refugiara en ellos con naturalidad y sin reservas. Durante una décima de segundo, sus cuerpos permanecieron separados, pero luego ellas e acurrucó contra él.

Max apoyó la cabeza en su pelo y deslizó una mano por la suave curva de su cadera mientras que la otra continuaba enlazada en la de ella. Apenas se movían, sólo se balanceaban. Era suficiente, más que suficiente.

Era maravilloso.

Max no supo cuánto tiempo es tuvieron bailando; podrían haber sido minutos u horas. No era consciente de nada ni de nadie excepto de Zoe. Era como estar en casa y en el cielo al mismo tiempo.

En algún momento sintió instintivamente que estaba cansada, y recordó con una punzada que estaba embarazada, que aquella misma mañana tenía tantas náuseas que le costaba salir del apartamento.

Dio un paso atrás sujetándola con una mano.

—es tarde. Debería llevarte a casa.

—Estoy cansada —admitió Zoe con una pequeña carcajada—. Pero siento que podría seguir bailando eternamente.

«Yo también», pensó Max. Pero no fue capaz de decirlo en voz alta. Ahora que habían dejado de bailar, el viejo miedo regresó. El restaurante parecía cernirse amenazador alrededor de ellos, y el camino de regreso a su mesa y al coche que esperaba fuera le resultó tan arduo y difícil como subir una montaña. Tan imposible como tener una relación con una mujer tan hermosa y deseable como Zoe Balfour. Tendría que contarle en algún momento lo de la ceguera, pero sabía que el problema no estaba en pronunciar las palabra s.

Era una cuestión de confianza, de permitirse ser sincero, de confiar y tal vez incluso de amar. De abrirse al dolor.

La idea de que Zoe no le diera una oportunidad le resultaba tan aterradora como la posibilidad de que se la diera.

¿Y si le fallaba? Max pensó con tristeza que sería mejor no intentarlo. Sería mejor no amar.

A pesar del cansancio y las náuseas, Zoe se dirigió prácticamente flotando a la limusina sentía escalofríos por todo el cuerpo t ras el baile allí donde Max la había tocado. Aquella noche se había mostrado como un hombre distinto, pensó esperanzada. Era el hombre que vio la primera vez, el hombre que esperaba que fuera, todavía más.

—quiero que mañana vengas de vi aje conmigo —dijo él.

Estaban dentro de la limusina, atravesando la ciudad. Zoe se giró hacia él, asombrada.

— ¿adónde? —preguntó sabiendo al instante que iría con él a cualquier parte.

Max sonrió levemente, pero Zoe sintió una tristeza en él.

—a the hamptons —dijo.

A ella se le esponjó el

corazón por la esperanza. —

claro que iré —se limitó a decir.

Y no volvieron a hablar más que p ara despedirse.

Capítulo 6

DEBERÍA DECIR QUE NO, PENSÓ ZOE. ESO SERÍA LO MÁS SENSATO. APENAS CONOCÍA A Max. Un baile no lo cambiaba todo, aunque sintiera que así era. Había sido duro con ella, incluso cruel. Si pensaba en su historia, no debería seguirlo a the hamptons sólo porque él chasqueara los dedos. La idea resultaba absurda y poco razonable.

Entonces ¿por qué había accedido tan rápidamente?, se preguntó. ¿por qué había ido al centro de ayuda para decir que no acudiría durante al menos una semana? ¿por qué estaba preparando el equipaje?

¿por qué miraba ahora por la ven tana hacia la marea de taxis que circulaban por la calle, contando los minutos que faltaban para que Max la recogiera? ¿por qué esperaba aquel inesperado viaje con emoción y, lo que era peor, con esperanza?

Se sentía como una niña estúpida e ingenua que creía en cuentos de hadas y fin ales felices. Un poco de amabilidad no cambiaba el hecho frío y duro de que apenas se conocían, y Max no había dado ninguna pista de que quisiera implicarse en la vida de su hijo. En su vida.

No sabía qué iba a suceder, ni tampoco qué quería que sucediera.

«podría amarlo».

—no —dijo en voz alta.

El amor era peligroso. Amar a alguien como Max, alguien a quien no terminaba de comprender del todo, era demasiado arriesgado. Había sido rechazada demasiadas veces últimamente, no podía arriesgarse a poner en peligro el corazón entero.

—no.

La limusina se detuvo en la entrada y observó cómo Max salía de ella y se dirigía con paso firme a la entrada del edificio.

Cuando sonó el timbre del apartamento, Zoe corrió a abrir la puerta con una mezcla de emoción y alegría, una mezcla incómoda e incluso peligrosa. Max estaba allí de pie vestid o de forma deportiva y elegante, con camisa blanca y pantalones de color caqui. Miraba hacia delante con expresión adusta.

— ¿Zoe? —preguntó.

Durante una décima de segundo, Zoe pensó que parecía dudarlo.

-sí.

-¿estás lista? —había impaciencia en su voz.

Zoe se dio cuenta de que la intimidad que podían haber compartido la no che anterior se había evaporado a la luz del día. Le resultaba imposible pensar que la había abrazado, que se había acurrucado en su cuerpo como si aquél fuera el lugar al que pertenecía.

—sí, por supuesto. Iré a buscar mi maleta.

—yo la llevaré.

Se hizo una pausa, y Zoe se dio cuenta de que estaba esperando a que le dijera dónde estaba.

—es ésta —agarró el asa de la maleta, que era demasiado grande.

Había terminado llevándose casi t oda su ropa, incluso los conjuntos que ya n o le cabían.

—ya te he dicho que yo la llevo —dijo Max levantando la pesada maleta con facilidad.

Zoe lo siguió al ascensor. Cuando salieron al soleado día, ninguno de los dos habló.

El chófer de Max se hizo cargo de la maleta y Zoe entró en la limusina seguida de Max. Él presionó el muslo contra el de ella cuando se sentó, y Zoe se estremeció con el contacto, que había sido accidental. Max murmuró una disculpa y se acercó más a la ventanilla. ¿qué había cambiado respecto a la noche anterior, cuando la estrechaba entre sus brazos?

Ella no podía hablar por Max, per o en su caso, el miedo había reemplazado a la esperanza.

La limusina abandonó la entrada a toda prisa y, en cuestión de minutos, habían dejado atrás las calles de la ciudad para dirigirse a Long Island.

Zoe apoyó la cabeza en el asiento, el corazón le latía todavía con fuerza. Max permanecía en silencio y ella no supo qué pensar, qué decir ni qué sentir. Era una situación de lo más extraña e inesperada, pero al mismo tiempo estaba cargada de esperanza.

Estaba allí, era una semilla decidida a echar raíz, a creer que aunque fueran dos extraños cuyo

Único lazo era el hijo que estaba esperando, aunque tuviera miedo de que Max no la amara...

A pesar de la tensión que había en el coche, Zoe se adormeció sin darse cuenta, y parpadeó para despertarse cuando la limusina s e detuvo frente a una casa de playa. Miró a su alrededor y no vio más casas, sólo arena y matorrales. La limusina había descendido por un estrecho sendero de arena y estaban al final.

—parece la última casa de Long Island —bromeó cuando se bajó del coche y estiró los músculos.

Sentía el estómago inquieto, y se preguntó si tendría que ver con el embarazo. Se dio cuenta de que estaba nerviosa. Tenía miedo, pero ¿de qué? No de Max, aunque mostraba una expresión taciturna, ni de la casa, que era preciosa; ni siquiera del futuro que se extendía ante ella, in cierto y desconocido.

No, tenía miedo de sí misma, del de seo que aquel hombre había creado en ella. Se llevó las manos a la zona lumbar, donde se le había formado un nudo de tensión.

— ¿te encuentras bien? —preguntó Max con tono educado.

—sólo estoy cansada.

—entra.

Se dio la vuelta y caminó por el sendero de pizarra que atravesaba un jardín de rododendros y hortensias, con pasos mesurado s y precisos. Zoe lo siguió mirando hacia el mar brillante sobre el que unos cuantos barcos de vela se balanceaban indolentemente a lo lejos.

La casa por dentro era espaciosa y luminosa, cada ventana proporcionaba una vista impresionante del mar y del cielo. Zoe avanzó por el suelo de mármol pulido del vestíbulo y sintió el vacío de las habitaciones que los rodeaban.

— ¿estamos solos?

Max había dejado las llaves en la mesita de la entrada y se quitó la chaqueta.

—sí. Hay un ama de llaves que vi ve aquí, pero ahora mismo está de vacacione s. Pensé que podríamos arreglárnoslas solos.

—de acuerdo —Zoe trató de mantener un tono de voz natural, aunque la idea de estar a solas con Max le provocó un nuevo vuelco a l estómago—. Pero te lo advierto, no soy buena cocinera.

—no esperaba que lo fueras. Podemos encargar la comida —se giró hacia

ella con una sonrisa en los ojos—. ¿tienes antojos ya?

—lo cierto es que mataría por un buen plato de tikka masala —admitió Zoe con una breve carcajada—
. Y ni siquiera me gusta demasiado la comida india.

—considéralo hecho —se alejó de ella y Zoe se sintió ridículamente vacía, como si se hubiera apartado de ella aunque sólo se hubiera retirado unos metros—. Deberías descansar. Puedes escoger la habitación que quieras de arriba —se estaba marchando—. Te veré a la hora de la cena.

***

Max se alejó, tenso, tratando de apartar de sí la absurda sensación de remordimiento por dejar a Zoe sola. La había llevado allí porque había querido, porque lo necesitaba. Se dijo a sí mismo que necesitaban pasar un tiempo jun tos para saber qué iban a hacer, cuál iba a ser su futuro. Pero ahora que Zoe estaba allí, mirándolo, se dio cuenta de que no podría soportar que lo viera con la guardia baja y vulnerable. Que supiera la verdad.

Al menos tenía trabajo que hace r, varios tratos que cerrar. El trabajo le ayudaba a mantenerse cuerdo, le hacía sentirse útil y vivo.

Cuando se sentó tras el escritorio, se dio cuenta de que no se podía concentrar. En lo único en que podía pensar era en Zoe, allí arriba, con su cabello dorado extendido sobre la almohada como el de una princesa, el aroma a agua de rosas perfumando el aire. ¿en qué estaría pensando ella? ¿estaría contenta de estar allí? ¿descubriría la verdad sobre él antes incluso de que s e la dijera?

Max contuvo un gemido de frustración y se concentró en la llamada que tenía que hacer, que concluiría con un acuerdo multimillonario en el que llevaba meses trabajando y que ahora le parecía tan vacío como su propio corazón.

***

Zoe subió por los escalones de mármol deslizando los dedos por la barandilla de acero hasta llegar a la planta de los dormitorios. Miró en varias habitaciones, todas espectacularmente decoradas: los tonos náuticos casaban a la perfección con la casa. ¿cuál sería el dormitorio de Max? Todas parecían habitaciones de invitad os, y Zoe tuvo la incómoda sensación de que Max escogería la habitación más lejana a la suya. Tal vez por eso le había pedido que escogiera ella primero.

Zoe eligió finalmente una en el centro de la planta con vistas a la playa. Deambuló por ella durante unos instantes examinando los jaboncitos y champúes del baño y la fila de revistas de a estantería. Finalmente se tumbó sobre las suaves sábanas de la cama de matrimonio y, tras unos minutos, se quedó dormida.

Cuando se despertó, el sol proyectaba sus largos rayos sobre la superficie del mar, tiñéndola de oro. No había ni una nube en el cie lo y unas cuantas gaviotas volaban en círculos encima del agua. La casa estaba en silencio y parecía vacía. Zoe se preguntó dónde estaría Max, qué estaría haciendo. Ella debía haber dormido varias horas. Le rugió el estómago y se dio cuenta de que tenía hambre. No había comido nada en todo el día.

Tras cepillarse el pelo y los dientes y adquirir un aspecto presentable, bajó las escaleras. Se encontró a Max en la cocina, apoyado en la encimera con dos recipientes de aluminio delante. El penetrante olor a tikka masala inundó la habitación, y a Zoe volvió a rugirle e l estómago.

—te has acordado —dijo complacida.

Max alzó la vista y giró la cabeza de modo que no tuviera que mirarla directamente. No sonreía.

—sí. ¿tienes hambre?

—mucha —Zoe vaciló sin saber cómo tomarse el humor de Max, sin saber de dónde procedía la repentina tensión.

Aunque por supuesto, siempre había habido tensión entre ellos. ¿por qué iba a esperar algo diferente sólo porque le hubiera pedido comida india? No había sido más que un detalle a mable.

— ¿pongo platos? —preguntó con tono alegre.

—buena idea. Están junto al fregadero.

Zoe puso platos y cubiertos y pre paró dos servicios en la gran mesa de roble que había en la cocina. Las puertas se abrían directamente al patio, del que salía un camino de piedra que daba a la playa, ahora prácticamente sumida en la oscuridad.

Cuando se sentaron, Zoe dio un mordisco a un trozo de pollo y cerró los ojos.

— ¿está bueno? —quiso saber Max.

-delicioso. Es maravilloso disfrutar comiendo por fin —abrió los ojos y sonrió.

—las náuseas pasarán —la animó él—. Es algo temporal.

Ambos guardaron silencio y Zoe pensó que Max parecía más serio todavía que antes.

-bueno —dijo finalmente ella, decidida a continuar con la conversación—, la verdad es que no sé nada de ti, ¿dónde naciste?

—en Connecticut.

— ¿tienes hermanos?

—tres hermanas mayores que yo.

Zoe sonrió burlona.

—has debido ser un niño muy mimado.

Max inclinó la cabeza hacia un lado mientras sopesaba la pregunta.

-no mucho —dijo finalmente.

Zoe retomó su cuestionario. No era una conversación, sino más bien un interrogatorio.

— ¿tenías alguna mascota?

—teníamos un perro llamado botas. Murió cuando yo tenía seis años.

—eso debió ser duro para un niño —Zoe apretó los labios al ver que su única respuesta fue un encogimiento de hombros—. ¿siempre has tenido negocios?

-no.

— ¿qué hacías antes?

Se hizo una pausa. Zoe se preguntó si finalmente estaría llegando a algún sitio.

—estaba en el ejército del aire.

— ¿eras militar? —preguntó ella sorprendida—. ¿durante cuánto tiempo?

—dos años. El ejército me pagó la universidad. El segundo año me llamaron a filas para luchar en la primera guerra del golfo.

Hablaba sin asomo de emoción, y eso llevó a Zoe a preguntarse qué no estaba contando.

— ¿luchaste en la guerra? —preguntó, aunque él acababa de decirlo.

—era piloto —asintió Max—. Dejé la aviación tras la guerra —hizo una pausa y giró la mirada hacia el mar—. Me licenciaron con honore s.

— ¿resultaste herido? —susurró ella.

—nuestro avión se estrelló —apartó su plato con un movimiento brusco—. Ahora me toca a mí hacer preguntas.

—de acuerdo —accedió Zoe, aunque se quedó con las ganas de preguntarle más cosas—. Adelante.

— ¿por qué viniste a nueva york?

Ella tragó saliva e hizo un esfuerzo por no desviar la mirada.

—necesitaba un cambio de aires —dijo finalmente.

— ¿por qué?

Zoe volvió a tragar saliva y las mejillas se le sonrojaron. Quería ocultarlo p ero sabía que no podría hacerlo. La sinceridad tenía que empezar por algún lado.

— ¿recuerdas la búsqueda que hiciste en internet? —jugueteó con el tenedor sin apartar los ojos del plato—. Bueno, en Inglaterra la prensa fue cien veces peor todavía. Había periodistas en la puerta a todas horas. Resultaba espeluznante.

No quería hablar de la verdad sobre su padre, de cómo la había rechazado.

Max no dijo nada durante un instante.

—así que te fuiste para huir de la prensa —dijo.

Zoe supo que no se lo creía. ¿y por qué iba a hacerlo? Quería ser sincera, pe ro no lo había sido. Ni siquiera consigo misma.

—no, me fui para escapar de mí misma —sus palabras la pillaron por sorpresa, aunque sabía que eran ciertas—. Cuando supe que no era hija de mi padre, de Oscar, que no era una Balfour, fue como si hubiera perdido un brazo, una pierna o...

— ¿o la vista? —intervino Max, y ella asintió.

-sí. Una parte esencial de mí. Y no sabía quién iba a ser a partir de entonces —sacudió ligeramente la cabeza—. Sigo sin saberlo.

Entonces guardó silencio, temiendo, y al mismo tiempo esperando, que Max dijera algo. Temía tanto su compasión como su reprobación:

-¿cuántos años tienes? ¿veinticuatro, veinticinco?

—veintiséis.

-tienes tiempo de sobra para encontrar respuesta a esa pregunta —se levantó de la mesa. Parecía súbitamente inquieto—. Yo tengo treinta y ocho.

—y has servido en una guerra y tienes un negocio multimillonario —le respondió ella—, ¿qué tienes qué averiguar tú? Estoy segura de que sabes exactamente quién eres.

Max dejó escapar una carcajada amarga.

—No estés tan segura —dijo, y Zoe lo miró sorprendida—. En cualquier caso, tú no te preocupes —dijo con voz más suave—. Eres más fuerte de lo que piensas.

Era lo mismo que le había dicho su padre. Sin embargo, ella no terminaba de creérselo. Deseaba desesperadamente hacerlo, pero no se sentía fuerte. En absoluto.

—bueno, hablemos de otra cosa —dijo con ligereza tomando otro trozo de pollo. No quería seguir hablando de sí misma—. ¿cuál es t u color favorito?

Max le dedicó una breve sonrisa, aunque había algo triste en la curva de sus labios.

—todos —dijo con voz pausada.

Apartó la vista de ella y a Zoe le dio la impresión de que suspiraba con cierta desesperación.

—todos —repitió en un murmullo.

El resto de la cena transcurrió prácticamente en silencio, y cuando terminaron y Max se retiró a su despacho alegando que tenía trabajo, Zoe se preguntó con un poco de amar gura para qué la había invitado si no quería pasar tiempo con ella. Cada vez que sentía que se acercaba un poco, Max la rechazaba. Tal vez estuviera arrepintiéndose de haberla invitado, o incluso de haber decidido formar parte de la vida del bebé.

La idea la aterrorizó, y estaba harta de tener miedo. Bajó las escaleras y ex aminó cada una de las espectaculares habitaciones antes de entrar en el salón con un libro. No le interesaba particularmente leer, pero confiaba en que si estaba abajo, Max se sentaría con ella durante unos instantes al menos.

No lo hizo. A las diez en punto, agotada a pesar de la larga siesta, Zoe volvió

a cerrar el libro sin leer y subió las escaleras sintiéndose como la única huésped de un hotel demasiado exclusivo. Se durmió y se despertó repentinamente en medio de la noche con la luz de la l una reflejándose en el suelo del dormitorio. Podía escuchar la suave cadencia de las olas al otro lado de la ventana, pero era otra cosa lo que la había despertado. Todavía sentía el eco reverberando a través de su cuerpo.

Un sollozo.

Volvió a escuchar aquel llanto contenido y se preguntó quién podría emitir semejante sonido. ¿sería un niño perdido allí fuera? ¿habría alguien en la casa y Max no se lo había dicho?

Salió de la cama y se dirigió en la oscuridad hacia el sonido intermitente. Se dio cuenta de que procedía del interior de la casa. Avanzó de puntillas y en silencio por el oscuro pasillo hasta que llegó a la última puerta y se detuvo.

El silencio resonaba como un trueno en sus oídos. Tenía la respiración agitada y el corazón acelerado. Apoyó las manos contra la puerta y volvió a escuchar el sonido, un jadeo, como si alguien estuviera sufriendo. Y procedía de detrás de aquella puerta.

Sin pensar en lo que hacía ni considerar las consecuencias, Zoe la abrió lentamente. Entró en la habitación, y allí, en un haz de luz de luna, estaba Max tumbado en la cama con las sábanas enredadas en el cuerpo desnudo y los ojos cerrados. Estaba dormido y aquel sonido, el sollozo, procedía de él.

— ¿Max? —susurró Zoe en un hilo de voz.

Max no la oyó. Estaba soñando con expresión agonizante. Parecía estar en garras de una terrible pesadilla.

Zoe se acercó más.

-Max —volvió a decir, esa vez en voz más alta.

Sus palabras no tuvieron ningún efecto. Él se agarró a las sábanas y sacudió la cabeza como si quisiera defenderse de algún peligro.

-Max —Zoe se arrodilló y le tocó la frente, apartándole el pelo húmedo.

Quería retirarle aquella carga, se moría por consolarlo. Max se retorció contra las almohadas una vez más y ella sintió ganas de llorar.

—Max —le cubrió la mejilla con la palma—. No pasa nada... No pasa nada. Está s soñando.

Se acercó más a él y Max le agarró la mano con fuerza de modo que quedó pegada a su mejilla. Abrió los ojos y se la quedó mirando fijamente con desesperación.

— ¿estás bien? ¿estás bien? —inquirió con voz ronca.

Sorprendida y también un poco asustada, Zoe respondió tartamudeando:

—sí..., e-e-estoy bien, Max.

Sin dejar de sujetarle la mano con fuerza, se la quedó mirando durante un largo instante y Zoe se preguntó si la estaba viendo. Sus ojos tenían una mirada extraña y terrible, como si estuviera toda-vía atrapado en la pesadilla. Entonces se relajó y la soltó un poco. Zoe trató de zafarse, pero para sorpresa suya, Max tiró de ella y la apretó contra su cuerpo, estrechándola entre sus brazos como nunca lo había hecho antes, como si quisiera fundir sus cuerpos en uno solo. Zoe se acurrucó contra su hombro, sorprendida de lo bien que encajaban. Alzó la vista para mirarlo; tenía los ojos cerrados de nuevo, pero no con la expresión de sufrimiento de hacía un instante. Tenía el rostro relajado y Zoe experimentó un es calofrío de gratitud. Su propio cuerpo se relajó.

Entonces él abrió los ojos y la miró durante un interminable momento hasta que inclinó la cabeza para besarla, con tal dulzura que Zoe estuvo a punto de echarse a llorar. Cuando él retiró los labios, volvió a estrecharla entre sus brazos y apoyó la barbilla en su cabeza.

—quédate conmigo —murmuró—. No me dejes solo.

—no lo haré —susurró Zoe.

No quería dejarlo, no quería quedarse sola ella tampoco. No había otro lugar en el que quisiera estar.

No podía saber si Max era consciente de sus actos o si estaba despierto. ¿había sido su intención besarla? De todas formas, no quería moverse, no quiso romper aquel nuevo lazo frágil y maravilloso que se había creado entre ellos.

Max suspiró, esa vez

relajado y satisfecho. —hueles

a rosas —murmuró contra su

cabello.

A Zoe se le enterneció el corazón, pero de pronto se le detuvo de forma horrible cuando él añadió: —Diane.

Capítulo 7

Max se despertó lentamente, parpadeando para enfocar la visión, pero por una vez no le importó. No le importaba la pérdida de visión. Sentía el calor del sol en el rostro, podía ver su brillo dorado derramado por el dormitorio y sentir el corazón lleno de luz.

Sentía una adormecida languidez en las extremidades, una extrañó satisfacción por todo el cuerpo que le resultaba tan poco familia r que no reconocía de qué se trataba ni por qué la sentía.

Zoe.

Había ido la noche anterior a su dormitorio. Se había acurrucado entre su s brazos, y él la había dejado quedarse, había querido que se quedara. Y le había gustado.

Aunque su corazón reconocía aquel hecho, su mente protestó. Zoe lo había visto débil, indefenso...

Max cerró los ojos para protegerse de la luz.

No recordaba más que algunos fragmentos sueltos de la noche anterior: la suavidad de su cabello, el aroma a rosas, la suavidad de sus caricias. Cuando la tuvo entre sus brazo s, la antigua pesadilla, las voces burlonas y los gritos angustiados desaparecieron, así como la v oz censuradora de su padre. «tienes que olvidar, Max. S i vas a ser un soldado, un hombre, tienes que olvidar».

Nunca lo había olvidado. Lo había llevado consigo toda la vida, la vergüenza, el dolor y el remordimiento, y peor todavía, la sensación de sentirse completamente inútil. No quería volver a sentirse así jamás. No podría soportar la idea de volver a fallar.

Y sin embargo, ella había visto su debilidad la noche anterior, al menos un atisbo, y no se había ido. Fue entonces y sólo entonces cuando se dio cuenta de que tenía los brazos vacíos. Estaba solo en la cama. Zoe se había ido.

Luchó contra la repentina olead a de miedo que se apoderó de él y se levantó de la cama. Se puso la ropa; tenía por costumbre dejarla doblada al lado de la cama para no tener que andar rebuscando entre una miríada de prendas.

Vestido con pantalones vaqueros y camisa, caminó por la casa escuchando y sintiendo el silencio a su alrededor. ¿dónde estaba Zoe? ¿se había marchado? Fue por todas las habitaciones con el oído alerta, esperando a que Zoe dijera

algo que revelara dónde estaba.

¿por qué se había ido?

La desesperación se convirtió en enfado y luego en ira. ¿se habría marchad o de verdad sin decirle nada? ¿tanto la habría repelido la noche anterior con su debilidad, como un niño que necesitaba consuelo tras una pesadilla, y por eso había huido? La vergüenza se apoderó de él, corroyendo su valor y el dulce recuerdo de Zoe entre sus brazos.

Cuando estaba en medio de la cocina sintió una brisa fresca y dulce. Aspiró el aire y olió a agua salada; las puertas que daban a la playa debían estar abiertas, y entonces s upo dónde estaba Zoe. Vaciló un instante, reacio a aventurarse a la playa. Antes le gustaba el mar, el brillo del sol sobre el agua, la frescura de la brisa. A hora todo había cambiado. Llevaba más un año sin estar en la casa de la playa, y la idea de caminar por un espacio que no conocía bien le daba miedo.

Fue aquella punzada de miedo lo que reafirmo su decisión.

No permitiría que el miedo gobernara su vida; era más fuerte que eso. Podía ser lo.

Se dirigió hacia la puerta que llevaba a las dunas. No le resultaba fácil caminar descalzo sobre la arena, pero dios sabía que estaba acostumbrado a ello. La arena le hacía tambalearse y sintió el sabor metálico del miedo en la b oca casi podía sentir el pinchazo del rifle en la parte baja de la espalda, escuchó las voces burlonas y el hedor de la mordaza en la boca. Y la oscuridad. La oscuridad que tanto temía.

Era tan parecido a su pesadilla que no podía soportarlo. Rompió a sudar por la espalda y se inclinó con las manos en las rodillas res pirando con fuerza, odiándose a sí mismo.

Aquello había sucedido hacía diecinueve años. La mitad de su vida. Y todavía seguía paralizado por ello, sobre todo ahora que estaba perdiendo la vista.

Gracias a su fuerza de voluntad, siguió caminando, poniendo un pie delante de otro hasta que llegó a la cresta de la duna y pudo oler y escuchar el mar. No estaba en un desierto; estaba en la playa, su playa. Y sabía que Zoe se hallaba por allí, en algún lugar. Una sensación de alivio se apoderó de él.

Parpadeó para protegerse del brillo del sol; la claridad difuminaba todavía más las formas, pero consiguió distinguir una figura menuda sentada en la

arena, la elegante curva del hombro y la espalda.

Zoe.

Avanzó hasta situarse a escasos metros de ella, se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y esperó. Tenía varias preguntas. Quería saber por qué había ido a su dormitorio la noche anterior, por qué se había quedado y por qué se había ido.

Sin embargo, no le preguntó nada. No podía. Se dio cuenta, con una punzada de repulsión hacia sí mismo, de que tenía miedo a las respuestas. Así que se quedó allí de pie, escuchando los gritos de las gaviotas y esperando a que Zoe hablara.

***

Zoe sintió a Max a su espalda y experimentó una confusa mezcla de esperanza, alivio y miedo. Había ido a buscarla, pero estaba allí inmóvil, sin hablar. No tenía ni idea de en qué estaba pensando. Se preguntó si la noche anterior había significado algo para él. No sabía siquiera si la recordaría.

—te has levantado —dijo girándose para mirarlo con una sonrisa.

—sí —respondió Max con sequedad.

Zoe se giró para volver a mirar la superficie lisa y plácida del mar bajo el sol de la mañana.

—esto es precioso. He visto cómo salía el sol sobre el mar. Ha sido impresionante.

Zoe era consciente de que sonaba algo estúpida, pero lo cierto era que al ver el amanecer se había sentido como si ella también renaciera. Había sentido lo mismo cuando despertó aquella primera mañana al lado de Max, como si el color y la luz le devolvieran la vida. Y lo había vuelto a sentir hacía una hora cuando lo vio durmiendo a su lado. Zoe le había acariciado la mejilla, pero entonces él la había llamado con otro nombre y ella se había levantado de la cama.

—a mí me encantaba ver salir el sol —dijo Max con un tono de tristeza que Zoe no entendió.

— ¿«te encantaba»? —preguntó con voz alegre—. ¿has dejado de ser una persona madrugadora?

Max vaciló un instante.

—he dejado de ver amanecer.

Zoe asintió, aunque no terminaba de entenderlo.

—si te soy sincera, yo normalmente duermo hasta mucho después del amanecer.

—la verdad es que no me sorprende —aseguró él con tono de humor.

Se sentó a su lado en la fría y dura arena. Zoe sintió su calor, su fuerza incluso, y deseó poder tocarlo. Deseó tener la suficiente valentía para apoyarse en él, para preguntarle qué estaba pensando y decirle incluso cómo se sentía ella.

«creo que estoy enamorada de ti. Del atisbo de ti que me dejaste ver anoche».

Apretó con fuerza los labios y miró hacia el mar.

—yo solía venir aquí cuando era pequeño —dijo Max en voz baja deslizando la mano en la arena—. Me encantaba.

Zoe se giró para mirarlo con curiosidad.

— ¿la casa pertenece a tu familia?

Max negó con la cabeza.

—no. Alquilábamos una cabaña cerca de la ciudad. Mandé construir esta casa hace cinco años. Quería que la luz entrara en todas las habitaciones para poder ver sin importar la hora del día.

Zoe no pudo evitar fijarse en que hablaba en pasado, como si su vida hubiera terminado. Y tal fuera así. Todo lo relacionado con Max parecía cerrado, ajeno a la vida y al amor. ¿por qué? ¿qué le había sucedido para que fuera tan distante? ¿o sencillamente eran imaginaciones suyas, para explicar que la hubiera rechazado de forma tan brutal?

Y sin embargo, Zoe sabía que era aquella sensación de pérdida lo que la había atraído hacia Max la primera vez, porque ella sentía lo mismo. Su vida, la vida como la conocía hasta entonces, había terminado.

En cambio, cuando estaban juntos, cuando bailaban y la estrechaba entre sus brazos, no había sentido aquella tristeza. Y creía que él tampoco.

Por alguna razón, la idea no le proporcionaba ninguna esperanza. La entristecía.

— ¿quién es Diane?

No había sido su intención hacer aquella pregunta. Quería olvidar que esa Diane existía, que Max había pronunciado el nombre de otra mujer mientras la estrechaba entre su s brazos con su sabor todavía en los labios. Pero el recuerdo de ese nombre la había atormentado durante toda la mañana.

A su lado, Max se puso tenso. Vio cómo dejaba la mano muerta sobre la arena y abría los dedos.

-¿por qué lo preguntas?

-dijiste... Dijiste su nombre en sueños —aseguró Zoe girando la cabeza, incapaz de mirarlo—. Anoche me llamaste Diane —trató de encogerse de hombros como si no le importara—. No pude evitar preguntármelo.

Max dejó escapar un suspiro. Ella no sabía si era fruto de la desesperación o de un sentimiento más profundo. Ninguno de los dos habló durante largo rato; lo único que se escuchó fue el sonido del mar y el grito de las gaviotas.

-era una de mis compañeras de vuelo durante la guerra del golfo, una cirujana.

Zoe parpadeó. No esperaba eso. Una conocida, tal vez una antigua amante, o incluso su novia. Pero ¿una compañera de tripulación? Aunque ¿por qué no? Aquellos dos años debieron ser traumáticos para él.

— ¿murió cuando se estrelló el avión? —preguntó con voz pausada.

Max dejó escapar una respiración entrecortada.

—no. Pero a veces desearía que hubiera muerto.

Zoe volvió a parpadear. Quería preguntar qué había sucedido para que dijera algo tan horrible, pero tenía miedo de la respuesta. Te nía miedo de conocer los demonios contra los que Max estaba batallando. No era lo suficientemente fuerte, a pesar de lo que Max y su padre dijeran. En cualquier caso, él no le dio oportunidad. Se levantó con un movimiento fluido y le tendió la mano. Zoe la tomó y la sintió fuerte y dura cuando tiró de ella para levantarla antes de soltarla.

—vamos. Deja que te prepare el desayuno —dijo sorprendiéndola una vez más.

Zoe lo siguió hasta la cocina, se sentó en uno de los taburetes de la cocina y miró cómo Max se movía. Éste abrió la puerta de la nevera y sacó una docena de huevos.

—espero que te gusten los huevos revueltos —dijo mirándola—. Es una de las pocas cosas que sé hacer.

Zoe tragó saliva. Nunca le había n entusiasmado los huevos, y la idea de comerse uno le revolvía el estómago, pero estaba tan conmovida por la idea de que Max quisiera cocinar para ella que sonrió y dijo alegremente:

—estupendo.

Max sacó un cuenco, rompió seis huevos con una mano y los batió con una eficacia que Zoe no pudo evitar admirar. Ella sólo era capa z de preparar té, café y alguna tostada decente, pero nada más.

— ¿no puedes tomar café? —preguntó Max alzando una ceja—. ¿y qué tal un té de hierbas? Zoe torció el gesto.

—mejor tomaré agua —se levantó del taburete para servirse un vaso.

Se colocó al lado de la nevera tomándose el agua mientras veía a Max moverse por la cocina con precisión militar. Sacó una sartén y la colocó al fuego antes de verter los huevos en ella.

Aquello era demasiado normal, pensó Zoe con una punzada. Demasiado cómodo y real. Sentía que podría estar así para siempre, disfrutando del sol que se filtraba por la ventana mientras el desayuno se hacía y Max estaba allí sorprendentemente relajado, vestido con camisa y con aquellos vaqueros que le enfatizaban la estrecha cintura y las largas y poderosas piernas.

A Zoe le dio un vuelco el estómago al recordar el beso de la noche anterior. Max no lo había mencionado. ¿lo recordaría? ¿se atrevería ella a preguntar?

—creo que los huevos ya están — dijo él moviéndolos con una espátula.

—estupendo —aseguró Zoe con sonrisa radiante.

Y lo cierto era que no le importaba comérselos. Sentada a la mesa con Max, bañados por el sol, sentía que podía comer de todo y disfrutar de ello. Era un momento puro y perfecto.

Max estiró las piernas y dio un sorbo a su café.

—y dime, ¿cómo hiciste tu fortuna? —preguntó ella alegremente, agradeciendo que él sonriera.

—soy un tipo brillante, por supuesto —contestó, y Zoe soltó una carcajada —. Y también he tenido suerte. Hice las inversiones correctas en el momento adecuado.

-¿te gusta lo que haces? —fue una pregunta impulsiva, y Zoe vio cómo Max miraba sombríamente hacia su taza de café.

—sí —dijo tras un largo instante—. Me gusta mucho —alzó los ojos y sonrió —. ¿y qué me dices de ti, Zoe? ¿te gusta lo que haces?

Zoe sonrió y trató de mantener u n tono de voz alegre.

-¿te refieres a ir de compras, a fiestas y gastarme el dinero de mi... De mi padre? —vaciló un poco al decir aquella palabra.

—¿es eso lo que haces? —Max ladeó ligeramente la cabeza.

Zoe dio un sorbo a su vaso de agua sintiéndose de pronto algo avergonzada.

—es lo que he hecho siempre —dijo finalmente encogiéndose de hombros—. Supongo que no me imagino haciendo otra cosa.

-¿supones? —repitió Max alzando una ceja—. ¿no estás segura?

Zoe alzó la vista.

—anoche decías que tengo tiempo de sobra para averiguar qué quiero hacer con mi vida.

-unas cuantas preguntas pueden ayudarte a empezar —respondió él con una media sonrisa—. ¿qué querías ser de pequeña? ¿bailarina?

Ella se rió compungida.

—me temo que soy demasiado torpe para eso.

-no me pareciste torpe cuando bailamos —dijo Max con voz pausada.

Zoe sintió que se le encogía el corazón, como si un puño gigante se lo estuviera apretando.

-no, pero apenas nos movíamos — murmuró tras un instante—. Ése es todo el baile del que soy capaz.

Hablaba en tono bajo, aunque todo su cuerpo echaba humo por el recuerdo de aquel baile.

—bueno, entonces ¿querías ser una estrella del rock? —preguntó Max.

Ella giró el vaso entre las manos .

-en realidad, cuando era pequeña quería ser científica.

Él alzó las cejas.

—¿científica? No es lo que la mayoría de las niñas sueñan con llegar a ser.

—no, pero a mí me encantaban las ciencias. Solía sentarme en el estudio de... De mi padre y leer sus enciclopedias —sintió un nudo de emoción en la garganta—. Me encantaba n los artículos sobre plantas exóticas. Solía memoriza r sus características para contárselas a mi s hermanas durante la cena —se detuvo un instante—. Creían que me lo inventaba.

—¿por qué creían eso? —preguntó él con dulzura.

Zoe se encogió de hombros.

—no soy muy inteligente. Lo cierto es que a duras penas terminé el colegio. La universidad estaba fuera de mi alcance —se giró con las mejilla sonrojadas por la vergüenza.

No le gustaba admitir que había fracasado en los estudios. Todavía record aba a la profesora de ciencias diciéndole con amabilidad que algunas jóvenes no estaban pre paradas para ir a la universidad y que ella tenía otros talentos.

Y así era. Se le daba muy bien divertirse.

—lo siento —dijo Max en voz baja—. Es duro que te arrebaten un sueño infantil.

Parecía como si hablara por experiencia, y Zoe sintió curiosidad.

—¿y qué me dices de ti? ¿qué querías ser de mayor?

—soldado —aseguró él con firmeza—. Siempre quise ser soldado.

—y lo conseguiste, entraste en el ejército del aire.

—descubrí la belleza de volar cuando tenía catorce años —recordó Max, y una sonrisa le iluminó el rostro durante un instante—. U n amigo de mi padre nos llevó a dar una vuelta en su biplano. Fue algo mágico, flotar por encima de las nubes, lejos de todo. No quería volver a bajar nunca.

Lejos de todo... ¿de qué quería escapar Max?, se preguntó Zoe. Su descripción del vuelo le recordaba su propia escapada en el estudio de su padre. Más tarde, su forma de escape había sido el interminable circuito social. Cuando alguien se está divirtiendo, no tiene que pensar. Se había ocultado de sí misma durante año s.

Aquella certeza la sorprendió. Sabía que había estado huyendo desde que se enteró de que era ilegítima; no se había dado cuenta hasta ahora de que llevaba todavía más tiempo huyendo. Huyendo de la desilusión, del miedo, de la sensación de fracaso. Aquella niña que se acurrucaba en la butaca de su padre y

soñaba con descubrir cosas, con saber... ¿dónde estaba? Zoe se preguntó con tristeza si alguna vez volvería.

—suena maravilloso poder volar —dijo en voz baja—. ¿crees que podrás volver a hacerlo?

—no —respondió él con tanta firmeza que Zoe lo miró con asombro.

—¿nunca?

—no. Nunca.

Ambos guardaron silencio y entonces Max se inclinó hacia delante con expresión decidida. Zoe contuvo el aliento. Sabía instintivamente que estaban situados en un nuevo umbral, que Max estaba a punto de decir algo... De decirle algo. Y la expresión de su rostro no presagiaba nada bueno.

—Zoe...

—¿sí? —susurró ella tras un largo instante en el que Max no habló, aunque su cuerpo estaba en tensión.

—necesito decirte... —se detuvo y una sombra de incertidumbre cruzó su r ostro antes de ser re-emplazada por un gesto decidido.

Le agarró la mano y permanecieron en silencio con los dedos entrelazados. Zoe encontró consuelo en su contacto, pero una oleada de miedo se apoderó de ella.

—¿Max? —susurró.

¿qué iba a decirle? Tenía la sensación de que, fuera lo que fuera, podría cambiarlo todo. Y ella no estaba preparada. Sin pensar en lo que hacía ni en sus consecuencias soltó una pequeña carcajada.

—estás demasiado serio, Max. Seguro que no puede ser tan malo —sonrió y ladeó la cabeza. Durante un instante pareció como si le hubiera dado una bofetada, como si le hubiera h echo daño. Y sabía que así era; había acabado con la tensión del momento porque le resultaba excesiva y había impedido que Max dijera lo que iba a decir.

Una expresión parecida al alivio suavizó las facciones de éste, y sacudió la cabeza.

-no —dijo levantándose de la mesa—. No es nada. Nada en absoluto.

Zoe lo vio marcharse sintiendo u n gran remordimiento. Era muy débil, pensó, y tenía miedo. Su padre se equivocaba; no era fuerte. Po r mucho que

quisiera conocer lo que había en el corazón de Max, también temía no estar preparada para soportar otro rechazo.

—tengo que trabajar —dijo él deteniéndose en el umbral.

-de acuerdo —contestó ella con la alegría de siempre—. Yo lavaré los platos.

Max se detuvo.

—gracias —dijo al fin saliendo de la cocina.

Zoe miró desconsolada los plato s y las tazas sucias y se preguntó cómo era posible sentirse tan mal si unos instantes antes estaba tan contenta.

***

-¿qué dices que quieres hacer? — Max agarró con más fuerza el auricular del teléfono.

Estaba a punto de hacer una llamada; aquellos días hacía todos los negocios por teléfono y a través de internet. Dejó caer la mano y se recostó en la silla entornando los ojos p ara poder ver mejor a

Zoe.

Ella estaba en el umbral de su despacho y llevaba puesto algo rosa y flotan te. El cabello rubio era como una nube alrededor de su rostro. No podía distinguir mucho más, pero sintió una punzada de deseo al recordar su sabor y s u tacto la noche anterior, sus labios suaves y dulces, su cuerpo acurrucado contra el de él.

Max apartó de sí aquellos recuerdos. Lo que hubiera sucedido la noche anterior había quedado manchado por la mañana, ya n o había ninguna esperanza de que Zoe y é l pudieran tener algo, construir algo juntos. El modo en que ella había evitado cualquier posibilidad de verdad había dejado claro quién era. Y quién era él.

—quiero ir a la ciudad —dijo Zoe con voz alegre—. Darme una vuelta. ¿o pensabas tenerme aquí encerrada mientras tú trabajas e n tu despacho?

—sólo llevamos aquí un día —con testó él algo molesto—. No creo que puedas sentirte encerrada.

Max intuyó cómo ella se encogía de hombros, escuchó el frufrú de la tela al arrugarse y estirarse de nuevo.

—en cualquier caso, Max, si vamos a conocernos mejor, a encontrar un camino...

Max apartó la vista. ¿había un camino hacia delante? Aquella mañana había

sentido un atisbo de esperanza, una sensación de libertad al saber que Zoe había visto su debilidad y no le había dado la espalda. Y sin embargo, no habían hablado de la noche y los dos habían actuado como si no hubiera pasado nada.

Y era como si no hubiera pasad o, le llenaba de desesperación preguntarse cómo iba a decirle la verdad. A él le aterrorizaba la verdad, ¿qué iba a provocar en Zoe?

Había tratado de decírselo aquella mañana; al menos había hecho el amago. Luego vio su falsa sonrisa, escuchó su risa cristalina y supo que no quería oírlo. No estaba prepa rada. ¿y por qué había de estarlo? No se conocían lo suficiente para poner a prueba su relación, si e s que tenían una. ¿qué iba a hacer una mujer como Zoe, una mujer tan acostumbrada a las cosas buenas y divertidas de la vida, con un hombre como él? Estaba decidida a que participara en la vid a de su hijo; ¿seguiría pensando lo mismo cuando supiera lo escasas que eran sus capacidades?

No le quedaría elección.

Él no permitiría que le negara a s u hijo.

Su propia infancia ya había sido lo suficientemente dura. Quería algo más para su hijo.

Quería darle más. Y sin embargo, se preguntaba cómo iban a encontrar aquel camino hacia delante. La idea de tratar de llevar una vida a medio gas con una mujer que sólo sintiera compasión por él lo llenaba de rabia.

Nunca.

Max tragó saliva y volvió a mirar a Zoe. Escuchó un suspiro de impaciencia.

—así que quieres ir a la ciudad —dijo él.

—sí

Max tamborileó con un bolígrafo sobre la pulida superficie de madera del escritorio. Batir los huevos por la mañana ya le había costado bastante trabajo. Había actuado por instinto, con movimientos simples, pero que le habían costado un gran esfuerzo. La idea de c aminar por la ciudad y de encontrarse con todo tipo de obstáculos inesperados lo aterrorizaba. Una puerta abierta o una baldosa suelta podían dejarlo en evidencia y en ridículo.

—¿y bien? —preguntó Zoe.

—de acuerdo —accedió él levantándose—. Podemos ir a la ciudad.

***

East hampton resultaba pintoresco y, al mismo tiempo, próspero. Zoe no pudo evitar admirar sus modernas y elegantes tiendas y sus cafés de madera. Y sin embargo, mientras caminaban por la acera, la tensión reverberaba por todo su cuerpo. Desde que la limusina los dejó en el centro de la ciudad, Max actuaba como un hombre al que estuvieran torturando lentamente. Caminaba a su lado con postura rígida y paso militar . Apretaba con tanta fuerza las mandíbula s que Zoe pensó que se las iba a romper.

Por el amor de dios, ¿pasear por la ciudad le suponía tal castigo? Max n o parecía enfadado ni aburrido, sino algo peor. Parecía estar sufriendo.

Zoe se preguntó si padecería algún dolor. ¿tendría todavía secuelas del accidente? ¿sería eso lo que había estado a punto de contarle por la mañana? No sabía si tendría el valor de preguntárselo. Se avergonzaba de su cobardía. ¿ cómo esperaba tener algún tipo de futuro con él si no estaba dispuesta a afrontar la verdad, por muy dura que fuera? Y sin embargo, a pesar de su ignorancia, se sentía irritada e irracionalmente herida por su actitud fría.

Estaba decidida a compensar su silencio charlando e incluso coqueteando con todos los hombres con los que se cruzaban, probándose todos los sombreros posibles mientras Max esperaba rígido en la puerta sin decidirse a entrar, mirando como si estuviera viviendo un infierno .

Ella tampoco se estaba divirtiendo, a pesar de que pareciera lo contrario. Era consciente de que estaba utilizando sus viejas tácticas. Quería provocar una reacción en él, necesitaba ver algo por su parte. También era consciente de que actuaba de aquel modo porque no sabía de qué otra manera reaccionar. Aquella certeza hizo que se avergonzara. Se dio cuenta de que quería cambiar. Quería recuperar a la niña curiosa de la butaca, quería descubrir sus talentos ocultos.

¿qué talentos ocultos?, se burló su mente. Se quitó el ancho sombrero de paja que se estaba probando y suspiró. Max estaba en el umbral con expresión tensa y un tanto enfadada. Zoe sintió deseos de acercarse a él y zarandearlo. Con fuerza. Quería preguntarle qué había sucedido la otra noche, cuando la besó como si la amara, quería saber si sólo había sido el recuerdo de otra mujer, de Diane. ¿habrían sido amantes?, se preguntó, consciente de que no tenía derecho a sentir celos. ¿le habría ocurrido a Diane algo que había convertido a Max en el hombre que era, un hombre cargado de pesadillas?

¿sería eso lo que había estado a punto de decir?

A medida que iba transcurriendo la tarde, Max demostró que no estaba

interesado en seguirle el juego, por muy mal que Zoe actuara tomando del brazo a un dependiente o batiendo las pestañas con coquetería. La inescrutable expresión de Max no cambió en ningún momento, y apenas le dirigió la palabra.

Cuando la tarde tocaba a su fin, Zoe se sintió derrotada y exhausta y, al mismo tiempo, decidida a sacarle algo a aquel hombre. ¿tendría Max Monroe sangre en las venas?, porque desde luego no lo parecía...

Entonces recordó cómo la había abrazado la noche anterior, cómo le había pedido que no se fuera, cómo habían bailado... Y sintió ganas de llorar.

¿habría arruinado por la mañana cualquier posibilidad con aquel hombre? ¿cómo podría recuperarla?

Dejó un pañuelo obscenamente c aro que fingía haber estado admirando y, sin disimular el cansancio y la irritación, dijo:

—volvamos.

Observó con tristeza cómo Max parecía absolutamente aliviado.

***

Una vez de vuelta en la casa, él desapareció en su despacho y Zoe se quedó sola. El sol había empezado a ponerse, y se dirigió a la playa. Sintió la arena fresca y dura bajo los pies descalzos. Se sentó en la orilla y permitió que e l agua le lamiera los pies. Estaba demasiado hundida para pensar, y mucho menos para tratar de des cifrar sus sentimientos. No supo cuánto tiempo estuvo allí mirando fijamente al mar, de pronto se di o cuenta de que había oscurecido y hacía un poco de frío. Pensó en volver a la casa y recorrer las habitaciones vacías buscando a Max. ¿y luego qué? ¿continuarían con aquel extraño baile mientras trataban de navegar alrededor de todas las cosas que no se habían dicho, las lamentaciones y los recuerdos?

Ella ya no quería seguir haciéndolo. Estaba cansada de todo aquello, de la constante incertidumbre y del miedo. Se dio cuenta, para sorpresa suya, de que estaba cansada de sí mis ma.

No podía cambiar a Max. No podía hacerle sentir cosas que no estaba prepara do para sentir. Sólo se podía cambiar a sí misma, y supo que quería hacerlo. Estaba preparada. Aspiró con fuerza el aire y se llevó las rodillas al pecho.

La luna había subido en el hielo con su fulgor de plata. Unas cuantas estrellas brillaban débil-mente.

Iba a dejar de sentir lástima de sí misma. No iba a pensar en todas las cosas que no tenía, en lo que había perdido. Iba a centrarse en lo que tenía: una familia que la quería, un padre que nunca le había fallado cuando lo necesitaba, un bebé creciendo en su vientre y al que ya que ría profundamente. Y a Max.

Daba las gracias por tener a Max. Lo quería, reconoció con certeza y también con asombro. Lo quería; no había peros ni condiciones.

Amaba al hombre que la había estrechado entre sus brazos, que la necesitaba. El hombre que había bailado con ella al son de la música. ¿sería posible amar a alguien tan profundamente en tan poco tiempo? ¿podía confiar en sus propios sentimientos? Y lo más importante, pensó con un escalofrío, ¿se lo podría contar a Max? Sólo había una manera de averiguarlo.

***

Max se pasó toda la tarde trabajando, quería tener la mente ocupada y distanciarse de aquella tarde tan catastrófica. Ir a la ciudad con Zoe le había servido para confirmar sus miedos respecto a su posible unión.

Era imposible.

Nunca podría darle a Zoe lo que ésta quería.

Le había costado trabajo caminar por la ciudad durante la tarde; había sido un ejercicio de resistencia tan agotador como cualquier reto al que se hubiera tenido que enfrentar en el aire.

No se había dado cuenta de cuánta visión había perdido hasta que se vio arrojado a un terreno desconocido: las baldosas irregulares de la acera; las tiendas, un territorio extraño con cien diferentes obstáculos que esquivar.

Sabía que debía contárselo a Zoe; resultaba absurdo ocultarle algo así. Infantil incluso, como si fuera un niño pequeño y asustad o que hubiera hecho algo malo y estuviera tratando de ocultar las pruebas incriminatorias.

Podría habérselo contado por la mañana, como era su intención, pero en el último momento le faltó el valor. Podría haberle hablado de su pasado. Ella le había preguntado sobre Diane y él había evitado contarle la verdad para no revivir aquel terrible mes, aunque e l recuerdo todavía lo perseguía en sueños y le hacían despertarse bañado en sudor y aterrorizado.

No le había hablado de los gritos desesperados que había escuchado cuando estuvo inmovilizado y con los ojos vendados, y que toda vía seguía escuchando cuando se tumbaba.

La misma inmovilidad que parecía haberse apoderado de él ahora, porque, se sentía tan atrapado y torturado como durante el interminable mes en el que estuvo prisionero.

Capítulo 8

—¿UNA FIESTA? —ZOE ALZÓ LA MIR ADA DE LA REVISTA QUE ESTABA TRATANDO DE L EER, aunque sólo había leído una página—. ¿qué fiesta?

Max, que seguía en el umbral de la acogedora biblioteca en la que se había refugiado durante toda la mañana, se encogió de hombros.

-uno de mis socios va a celebrar una fiesta en su casa de la playa. Van a ir algunos de mis clientes y necesito aparecer por allí —Zoe no respondió, y él siguió hablando—. Además, pensé que te gustaría.

-¿ah, sí? —preguntó ella con voz pausada.

Antes sí le habría gustado. Antes se habría aburrido sin entretenimiento, atenciones y risas. Ahora, sin embargo, acurrucada en la enorme butaca de cuero que le recordaba dolorosamente a la mansión Balfour y a su padre... Y a no era ninguna niña. No quería ir de fiesta . Quería a Max. Quería que la mirara y le explicara quién era Diane y por qué tenía aquellos sueños tan horribles. Quería preguntarle qué había estado a punto de decirle, y asegurarle que estaba dispuesta a escucharlo. Quería decirle que lo amaba, pero desde que se lo reconoció a sí misma la noche anterior no había encontrado la oportunidad. Max se había mostrado cerrado como una ostra. No había nada en él que la animara a abrirle su corazón.

—¿no quieres ir? —preguntó él con cierta frialdad.

Zoe apartó la vista de la ventana y de la vista del sol, que estaba en lo más alto del cielo azul.

Demasiada oscuridad, pensó Zoe con tristeza. Demasiadas preguntas sin responder. Y no sabía si tendría fuerzas para romper el círculo. Compuso una sonrisa brillante.

—nada me gustaría más —dijo, y soltó una carcajada que pareció resonar por las habitaciones vacías.

***

El sol acababa de empezar a ponerse cuando salieron rumbo a la fiesta.

Zoe se las arregló para encontrar un vestido que todavía le sirviera; la ropa había empezado a quedarle alarmantemente ajusta da. Era un vestido de color crema y tela va porosa, con la espalda al aire, que le llegaba por debajo de la rodilla.

Se dio cuenta con tristeza de que Max no se había fijado en su vestido, ni en el esfuerzo que había hecho para peinarse y maquillar se. No había hecho ningún comentario. Se limitó a asentir con la cabeza cuando la vio y luego se di rigió con rigidez hacia la limusina que los estaba esperando.

—¿y quién es ese socio tuyo? —preguntó finalmente Zoe apretándose nerviosa mente los pesados aros de oro de las orejas.

Se fijó en el corte perfecto del pantalón de Max, en su reluciente camisa blanca abierta en el cuello. Estaba un poco bronceado, lo que creaba un contraste mayor entre su piel aceitunada y la cicatriz blanca que le cruzaba el rostro. Zoe pensó que, curiosamente, había llegado a no ver la cicatriz, la marca de su sufrimiento, se había acostumbrado a su presencia.

—alguien con quien estoy trabajando. De hecho, le estoy comprando su negocio.

—no creo que eso le guste.

Max se encogió de hombros.

Aunque estaba sentado a su lado y ella podía aspirar el aroma de su colonia, lo seguía sintiendo distante, más lejano que nunca. La idea de decirle que lo amaba le parecía imposible, ridícula, y sin embargo, era como si aquellas palabras le subieran desde el corazón a la garganta. De hecho abrió la boca, pero sólo emitió un ligero sonido, algo parecido a un gemido, y Max se giró hacia ella.

—¿estás enferma?

Zoe tragó saliva y soltó una carcajada. Sí, debía estarlo para amarlo cuando él apenas era capaz de mirarla.

Max arqueó una ceja con impaciencia y ella sacudió la cabeza.

Cuando llegaron a la casa de la fiesta con su amplio porche lleno de luce s, Zoe sintió deseos de echarse a llorar. Max no había dicho ni una sola palabra durante todo el trayecto; ni siquiera la había mirado. Ella sentía que no soportaba su compañía, y su patética ilusión de construir una vida juntos le parecía totalmente absurda.

Se recuperó un poco cuando entraron en la fiesta y se apartó el cabello de los hombros. La primera mirada de interés que se posó sobre ella fue como un bálsamo para su alma, y reaccionó instintivamente, como había hecho en el pueblo. Aceptó una copa de vino y la bebió de un único y desafiante sorbo.

Aquella noche, decidió, iba a divertirse. Como siempre había h echo.

***

No se divirtió en absoluto. Aunque charló, se rió y coqueteó sin parar durante la fiesta, se sentía muerta por dentro. Se negaba a mirar a Max y, sin embargo, su corazón sabía que estaba cerca y que se mostraba completamente indiferente.

Pero ella insistió. Su sonrisa se convirtió en una mueca desesperada al tratar de perderse en la fiesta, de ser la mujer que una vez fue y de olvidar el rechazo de Max.

No funcionó. Cuando estaba en e l centro del salón, cortejada por varios jóvenes, era consciente de que Max se encontraba en una es quina con expresión adusta y hablaba con uno de sus socios.

—¿cómo has dicho que te apellida s? —preguntó un joven bronceado con el que llevaba un buen rato hablando y riéndose.

Zoe dio un sorbo a su vaso de agua con gas.

—no te lo he dicho —respondió con coquetería.

—te apellidas Balfour, ¿verdad? —tanteó él alegremente—. Eres una de las hermanas Balfour.

Zoe se puso tensa y no dijo nada, pero el joven insistió con cierta malicia.

—he acertado, ¿a que sí?

Los demás hombres que estaban a su alrededor mostraron cierta incomodidad. El joven esperó con la sonrisa convertida en una mueca burlona, y Zoe vio por el rabillo del ojo cómo Max salía del salón para dirigirse al porche qu e llevaba a la playa.

Ella sintió el sonrojo de humillación en el rostro, la punzada en el alma, per o al ver salir a Max se dio cuenta de que no le importaba lo más mínimo. Sonrió al joven y a los demás .

—me temo que he olvidado tu nombre —dijo con dulzura—, pero no tengo tiempo para aprendérmelo. Con permiso.

Dejó el vaso vacío en una bandeja y salió de la estancia en busca de la única persona que realmente le importaba.

Fuera soplaba una ligera brisa procedente del mar que le refrescó las acaloradas mejillas. Bajó hasta la arena quitándose con impaciencia los tacones y se dirigió descalza y en silencio hacia la orilla, donde Max estaba mirando la

agitada superficie del mar. A lo lejos brillaban los mástiles de unos cuantos barcos de vela, como alfileres luminosos que aliviaban la oscuridad.

Zoe se abrazó a sí misma en un intento de contener el frío que no venía de la b risa sino de su interior. Siempre habría gente como aquel hombre o como Holly Mabberly, que sólo la verían como carne de cotilleo. En aquel instante se dio cuenta de que ya no le importaba lo que pensaran; sólo le importaba el hombre que estaba delante de ella con los hombros algo echad os hacia delante por la carga que soportaba, una carga que ella no entendía. Quería hacerlo, que ría decirle que quería entender.

Quería decirle que lo amaba.

Pero allí de pie, con la brisa alborotándole el cabello, tuvo miedo. Miedo de que Max la rechazara, de que sólo viera a Zoe la frívola superficial y no a Zoe la niña de la butaca. L a auténtica Zoe, la que había sido y la que podía ser en el futuro.

Giró la vista hacia él; no se había movido de la orilla. Tenía el cuerpo rígido y la cabeza inclinada y toda su postura reflejaba vulnerabilidad. Se acercó lentamente a él.

—Max.

—¿te estás divirtiendo? —preguntó él dándole la espalda con voz tremendamente dura.

—la verdad es que no —respondió ella tras una pausa—. Sólo finjo divertirme.

—eso fue lo que me dijiste la noche que te conocí —aseguró Max metiéndose las manos en los bolsillos y alzando la vista hacia el cielo estrellado—. Me dijiste que estaba s aburrida, pero que se te daba mejor fingir que a mí.

—siempre se me ha dado bien fingir —reconoció ella—. Sin embargo, ya no quiero seguir haciéndolo.

—¿ah, no? —preguntó Max dejan do escapar un suspiro que era mitad carcajada mitad sollozo.

En aquel momento, Zoe supo que no se trataba de ella, sino de él. Dejó el miedo atrás cuando se acercó a Max. Podía ver su angustia en cada línea de su cuerpo. No se movió cuando se colocó detrás de él y alzó las manos para tocar le los hombros.

—Max —susurró deseando encontrar las palabras adecuadas—. ¿qué ocurre?

Creyó que no iba a contestarle. Él guardó silencio durante un largo instante con el cuerpo tenso bajo sus manos, aunque al menos no la apartó.

—creía que no querías saberlo —dijo finalmente, en voz tan baja que ella apenas lo oyó.

Zoe se dio cuenta con un escalofrío de que se refería al día anterior por la mañana, cuando había roto la intensidad del momento e n la cocina. Cuando no había tenido el coraje de escuchar lo que él tenía que decirle. Todavía no sabía si era lo suficientemente fuerte, pero quería serlo.

—¿qué ocurre? —preguntó otra vez en un suspiro.

Le apretó más los hombros par a sentirlo de verdad, pero Max no respondió ni se movió. Cuando comenzaba a desesperarse, a sentir que no podía llegar hasta él, Max se dio la vuelta lentamente hasta quedar frente a frente.

Zoe apenas distinguía sus facciones bajo la luz de las estrellas. Ninguno de los dos habló, aunque ella podía escuchar su respiración agitada. Lentamente y con incertidumbre, alzó la mano para tocarle la cara hasta que el de do pulgar encontró su labio carnoso. Le cubrió la mejilla con la palma como había hecho la otra noche, cuando estaba atrapado en aquella horrible pesadilla.

—Max... —susurró—. Cuéntamelo.

Él se acercó un poco más y apoyó la frente en la de ella. Zoe deslizó las manos por su rostro y por los hombros hasta que encontró las de él y entrelazaron los dedos.

Desde la puerta abierta del porche se escuchaban débilmente unos acordes musicales. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—bailemos.

Él cerró los ojos.

—ya te he dicho que no sé bailar.

—ni yo tampoco —susurró Zoe cerrando también los ojos—. Pero podemos inventar un baile nuevo.

Para sorpresa suya, Max empezó a balancear suavemente las caderas.

—¿crees que serviría de algo? —l e murmuró él al oído.

—creo que sería maravilloso —susurró Zoe.

Sentía los dedos de Max enlazados con los suyos y, durante unos

maravillosos instantes, se movieron como si fueran uno. Las olas les lamían los pies y la oscuridad los rodeaba. Entonces Max apretó sus dedos una última vez y se apartó tan deprisa que Zoe se quedó tambaleándose.

—Max...

—me estoy quedando ciego. Zoe.

Ella abrió la boca pero no pudo decir nada. La cabeza le daba vueltas. Ciego. Se lo quedó mirando fijamente. Su rostro estaba iluminado únicamente por la luna y tenía una expresión de dolor. Se le encogió el corazón.

—¿cómo...? —comenzó a decir, aunque no sabía qué pregunta hacer.

-enfermedad de stargardt. Es genético, una degeneración gradual de la retina que conduce a visión dañada o la ceguera total, como parece que es mi caso.

Zoe se limitó a seguir mirándolo; tenía demasiadas preguntas, pero sabía que debía hablar con cuidado.

-no sabía que tenía esta enfermedad hasta que sufrí el accidente —continuó Max con tono desapasionado—. Todo se oscureció. Por eso estrellé el avión. La oscuridad repentina es uno de los síntomas de la enfermedad, y el diagnóstico se confirmó mientras estaba en el hospital, hace poco más de tres meses.

Tres meses. ¿hacía sólo tres meses que lo sabía? Con razón parecía un hombre cuya vida tocara a su fin. Había tenido muy poco tiempo para ajustarse a tan devastadora noticia.

—desde entonces mi visión ha ido empeorando —continuó Max—. Apenas veo nada ya, y las tareas más sencillas me resultan difíciles, casi imposibles —suspiró con fuerza—. A veces distingo algún destello en tu pelo, en el verde de tus ojos. Son preciosos.

Zoe sintió cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla y trató de hablar, pero Max no se lo permitió.

—pero en realidad no veo nada. Formas borrosas, parches oscuros, y en ocasiones algo por el rabillo del ojo. Al parecer la visión periférica es lo último que se pierde. A la larga —tragó saliva—, todo será oscuridad.

La voz le tembló con sentimiento y Zoe se secó la lágrima de la cara. No sería débil.

-Max...

-ahora entiendes por qué me mostraba reacio a tener una relación contigo. No soy y nunca seré el hombre que esperas. El hombre que necesitas que sea.

—¿cómo sabes lo que yo quiero? — preguntó ella con voz ronca.

Todo cobraba sentido; sus movimientos cuidadosos, la expresión de incertidumbre que le cruzaba el rostro, por qué no había mirado la pantalla de la ecografía.

Max arqueó una ceja en gesto de escepticismo. Se estaba distanciando, Zoe lo sentía. Se alejaba porque ésa era la única manera de protegerse del dolor. Ella sabía lo que era eso. Max se protegía retirándose y ella riéndose y coqueteando. Ninguno de los dos métodos funcionaba realmente.

—¿me estás diciendo que no importa? —preguntó él con voz excesivamente fría.

—¿importar? —repitió Zoe con incredulidad.

Parpadeó para apartar de sí las lágrimas y pensó en las palabras de su padre cuando le había dicho que las circunstancias de su nacimiento no importaban. Sí importaban; lo sentía en lo más profundo. Y también importaba lo que ella hiciera y cómo respondiera.

—por supuesto que importa.

Max dio un paso atrás en la arena y su expresión se volvió completamente fría. Zoe extendió los brazos con desesperación. Había dicho lo que no debía, lo veía en su rostro. Ella no se había dado cuenta, no había sido su intención...

—Max, no...

—supe qué clase de mujer eras e n cuanto te arrimaste a mí —aseguró con in tención de herir—. Una frívola superficial y una coqueta experta. Por eso te llevé a la cama. No quería tener que lidiar con la mañana siguiente, y sabía que tú no me darías ningún problema. Eso era también lo que tú querías, ¿verdad? Al menos al principio.

Zoe sacudió la cabeza negándose a escuchar.

-no...

-es la verdad. ¿recuerdas la búsqueda de internet? Encontré mucha munición. Escándalos.

Ella sintió cómo palidecía. El foco se había girado hacia ella y no le gustaba su penetrante luz.

—estoy segura de ello —susurró.

—tienes un historial interesante —continuó con burla no disimulada—.

Fracasaste en el colegio a los dieciséis años, casi te expulsan por escaparte para irte de juerga con los chicos del pueblo. Y continuaste con tu reputación en Londres, gastándote el dinero de papá en divertirte... Y ni siquiera es tu padre, ¿verdad? Ambos lo s abemos.

Pronunció la última frase con tanta frialdad que Zoe sintió como si le hubiera dado una bofetada.

—aunque nada de todo eso importa —concluyó él con gélida precisión.

—¿por qué me dices todas estas cosas? —preguntó Zoe abrazándose con la espalda curvada, como si le hubieran golpeado en el estómago.

Así se sentía. O peor todavía: como si la hubieran apuñalado en el corazón.

—porque es la verdad.

Zoe negó con la cabeza.

—no, Max...

—¿lo estás negando? —preguntó él con incredulidad.

—no, no puedo negarlo. Todo lo que has dicho es cierto —alzó la cabeza para encontrarse con su mirada despectiva—. Vine a nueva york para escapar de los cotilleos cuando s e supo la verdad sobre mi origen. Ya te lo había contado. Y antes de eso, fui todo lo que has dicho —soltó una breve risotada amarga—. Lo admito, no he hecho gran cosa con mi vida. No he luchado en una guerra ni he fundado un negocio millonario. Ni siquiera pensaba en hacer nada hasta que supe que no era una Balfour. No soy quien creía ser.

—¿y tan importante es para ti ser una Balfour? —preguntó Max burlándose.

—lo era —confesó ella con calma—, significaba mucho para mí. Sentía que si no era una Balfour, no sabría quién era. En cambio, ahora...

—yo sé quién eres —la atajó él con frialdad—. Eres una frívola superficial y vacía que se ha estado entreteniendo con un patético sueño de familia feliz.

—no —jadeó Zoe.

No podía creer que Max le estuviera diciendo aquellas cosas. Le dolía más que cualquier titular que pudieran publicar los periódicos.

—es sólo cuestión de tiempo que te aburras —concluyó Max con cortante claridad—. Luego te marcharás a buscar la siguiente diversión.

—eso no es justo...

—es la verdad.

Zoe sacudió lentamente la cabeza .

—¿por qué me estás diciendo estas cosas?

-porque es mejor terminar esto aquí —afirmó él—, antes de que alguno de los d os se implique.

—¿implicarse? —repitió Zoe con u n sollozo—. Yo me estaba enamorando de ti...

-bueno, pues entonces mejor atajarlo —afirmó Max con una mueca cruel.

Zoe cerró los ojos. Se sentía mareada y enferma, como si hubiera sufrido un ataque físico. Se sentía agredida, desnudada. Podía soportar que otra persona dijera aquellas cosa s horribles sobre ella, pero oírlas de Max le dolía más allá de lo soportable.

Alzó la cabeza y dejó escapar un profundo suspiro.

—es mejor atajarlo —repitió final mente con voz ronca.

Entonces se dio la vuelta y se marchó.

***

Max vio cómo a Zoe se la tragaba la oscuridad, y cuando respiró ya no podía oler a rosas. Se sentía exhausto, confuso, con la mente y el corazón hechos añicos.

Era mejor así y él lo sabía. Era mejor fallarle en ese momento y no más adelante, cuando no pudiera ser lo que ella quería ni darle lo que necesitaba. Era más fácil en ese momento, aunque no lo pareciera.

Se sentía terriblemente mal.

Sólo había experimentado aquella rabia y aquella desesperación una vez en su vida, cuando estaba amordazado, atado y con los ojo s vendados. Un prisionero de guerra obligad o a escuchar los gritos de sus camaradas sin poder moverse. Aunque en ese instante no tenía ataduras, se sentía también indefenso. Y como siempre, prisionero.

Capítulo 9

Zoe llamó a un taxi desde la fiesta, se subió a él y se dirigió a la casa de la playa de Max. Decidió que se marcharía al día siguiente. Alquilaría un coche que la llevara de regreso a nueva york.

¿y luego qué?

Se tumbó en la cama con los ojos cerrados, incapaz de pensar en el siguiente p aso... Si es que había un siguiente paso. Cada palabra que Max le había dicho era como una herida de cuchillo, y le dolían el corazón y la mente.

«eres una frívola superficial y vacía que se ha estado entreteniendo con un patético sueño de familia feliz».

Le dolía porque tenía razón. Era una mujer superficial y asustada que tenía miedo de fallarse a sí misma, de fallar a Max, a su hijo. Había huido cuando comenzaron los rumor es sobre su nacimiento; había evitado las confidencias de Max y esa misma noche se había apartado de él porque estaba demasiado herida y asustada como para luchar.

Asustada. Siempre asustada y débil.

Se puso de costado y se llevó las rodillas al pecho cerrando los ojos.

«no soy y nunca seré el hombre que tú esperas. El hombre que necesitas que sea».

Zoe abrió los ojos y se quedó mirando la oscuridad. Sabía que Max se, estaba distanciando de ella para protegerse; lo había sentid o, pero lo olvidó en medio la cadena de acusaciones. Sólo había pensado en sí misma y en su propia debilidad.

¿habría estado pensando Max en la suya? ¿la habría alejado porque tenía miedo de que lo abandonara cuando supiera que estaba ciego? ¿de verdad la consideraba tan superficial?

¿o sencillamente estaba tan asustado como ella?

Zoe sabía que tenía que descubrir la verdad. Tenía que saber por qué Max la había alejado de sí de aquella manera. Tenía que enfrentarse a él.

La idea la aterrorizaba. Había soportado ya demasiados rechazos, demasiadas miradas frías. No podía soportar la idea de volver a pasar por ello ni de sentirse tan vacía y sol a de nuevo, humillada y dolida. Sin embargo, ¿qué alternativa tenía? La vida sin Max le parecía tan vacía que no quería ni pensarlo. No tenía elección.

—«eres más fuerte de lo que crees » —susurró levantándose de la cama para ir en su busca.

La casa de la playa estaba en silencio, bañada de plata por la luz de la luna. Zoe se dio cuenta de que no sabía siquiera si Max había regresado. ¿estaría todavía en la fiesta, olvidando sus problemas con alguna frívola que fuera realmente tan superficial como la acusaba a ella de ser?

Siguió buscando, deslizándose en las habitaciones bañadas de luz de luna. No sabía qué le diría si lo encontraba.

Finalmente lo halló en el primer sitio en el que tendría que haber buscado: e n la playa. Se dirigió al sendero de tablones de madera que había entre las dunas y lo vio al lado de la orilla. Estaba sentado en la arena con los codo s apoyados en las rodillas y las olas lamiéndole los pies. Un sinfín de estrellas brillaba en el cielo. Zoe vaciló sin saber qué decir.

Trató de imaginar lo que estaría sintiendo Max en aquel momento, se preguntó cuánto podría ver de aquel asombroso cielo. El corazón le dio un vuelco no, de compasión, sino de admiración. Era un hombre valiente.

Avanzó hacia él sintiendo la arena fresca bajo los pies y se sentó a su lado. Ninguno de los dos habló durante un largo instante.

—he venido a buscarte porque n o creo que pienses todas las cosas que me has dicho —dijo en voz baja—. No soy una frívola superficial que se va a aburrir de esto.

Zoe aspiró con fuerza el aire. Estaba siendo más difícil de lo que pensaba. El perfil de Max se dibujaba duro bajo la luz de la luna.

—cuando dijiste esas cosas me dolió porque... Porque siempre he creído que yo era así. No podía soportar la idea de que alguien más también lo creyera. Alguien a quien quiero.

Max dejó escapar un sonido indefinido, algo entre una carcajada y un sollozo .

—no, Zoe...

-tengo que seguir —dijo ella simplemente—. Estoy intentando cambiar, ser fuerte, y no voy a huir sin intentarlo, Max. Sin decirte todo.

El sacudió la cabeza.

-sólo servirá para hacer las cosas más difíciles.

—¿por qué? —Zoe extendió la mano y le tocó el brazo. Deseaba sentir una

conexión con él—. ¿por qué tiene que ser difícil? Te amo, Max. Amo al hombre que he llegado a conocer cuando bajas la guardia.

El sacudió la cabeza con más fuerza.

—no sigas...

—y en esos momentos —continuó Zoe en un susurro—, creo que tú también me amas a mí. ¿me equivoco?

Max tragó saliva, pero no dijo nada. No podía, pensó ella, y no supo si eso le daba alguna esperanza.

-dime, Max —pidió con firmeza—. Dime que no me amas. Dime que piensas de mí todo eso que dijiste antes, que soy superficial y vacía —la voz se le quebró.

Aquello era aterrador. Era el riesgo más importante que había corrido en s u vida, más todavía que cuando se enfrentó a su padre biológico. Ahora se estaba jugando todo: e l corazón, la vida y el amor.

Max se cubrió la cara con las manos y se apretó las sienes con los dedos.

-no puedo —dijo con una voz apenas audible dejando caer las manos mientras la miraba—. No puedo, Zoe. Ojalá pudiera.

Al pronunciar aquellas palabras le agarró la muñeca y la atrajo hacia sí. Zoe se dejó llevar y echó la cabeza hacia atrás mientras los labios de Max se unían a los suyos una y otra vez en una desesperada danza de bocas, lenguas y dientes, un baile salvaje y hermoso en el que ambos anhelaban unirse.

-debería dejarte ir —murmuró Max contra su boca mientras la besaba con un deseo poderoso, similar al de Zoe.

Ella le pasó los dedos por el pelo, amoldando su cuerpo al de él cuando rodaron por la arena con las piernas entrelazadas.

—deberías dejarme ir —confesó Max entre besos apasionados.

Zoe le sostuvo la cara entre las manos y se apartó un poco para preguntarle con voz ronca:

—¿por qué?

Max dejó escapar un suspiro estremecido, y aquel maravilloso momento de esperanza quedó roto. Zoe deseó amargamente no haber hecho semejante pregunta. Max la estaba besando, ¿por qué le había preguntado?

—porque nunca podrá haber nada entre nosotros.

Ella se tocó los labios hinchados por sus besos y que sabían a él. El corazón l e latía con fuerza.

-ya es un poco tarde para eso.

Max sacudió la cabeza. Se sentó y tras un instante Zoe hizo lo mismo. Tenía la ropa arrugada y arena por todas partes.

—lo digo en serio, Zoe. No puedo darte la vida que quieres. No puedo ser el marido que necesitas.

Ella experimentó una punzada de ira en el alma.

-eso empieza a sonar como una letanía cansina... Y muy conveniente.

Max giró la cabeza para mirarla con los ojos entornados y Zoe se preguntó qué estaba tratando de ver.

—¿de qué estás hablando? —inquirió él.

—tú no sabes lo que yo quiero, Max. Tú no sabes lo que necesito. Y no depende de ti decidir si puedes o no puedes darme esas cosas.

Él suspiró con cansancio y la ira dejó paso a una desesperación mucho peor.

—¿sabes lo que más odio de quedarme ciego? —Max dejó escapar algo de aren a entre los dedos—. La sensación de impotencia. La sentí en una ocasión y creí que nunca volvería a sentirla. La idea me aterroriza —reconoció

—¿cuándo? —preguntó Zoe en un hilo de voz.

—cuando mi avión fue derribado en combate —Max soltó una carcajada amarga—. Hace diecinueve años, media vida, y sigo sin poder superarlo. Patético.

—no...

—nos capturaron —la atajó Max—. Éramos cinco. Cuatro hombres y una mujer. Jack, nuestro piloto, estaba mal. Murió camino del lugar donde nos tuvieron retenidos.

Max tenía el rostro girado y Zoe sintió deseos de tocarlo.

—los demás estaban estables pe ro heridos. Más heridos que yo —se detuvo— . Yo era el que estaba mejor. Era el más capaz de dar respuestas.

Zoe sintió un escalofrío.

—quieres decir que...

—es lo habitual —atajó cualquier amago de simpatía que ella pudiera ofrecer le—. Te preparan para ello. Después de todo, es la guerra.

—pero de todas maneras...

—no hay justificación para la tortura —reconoció Max—. Por parte de nadie. Pero pensé que estaba preparado —hizo otra pausa con la cabeza todavía girada—. No creí que me fuera a venir abajo.

—oh, Max —fue lo único que pudo decir.

—me tuvieron con los ojos venda dos —continuó él—. Nunca me quitaron la venda.

Max tragó saliva y cerró los ojos . El sudor le perlaba la frente.

—transcurrido un tiempo no pude seguir soportándolo. Creí... Creí que me iba a volver loco —aseguró dejando escapar el aire de los pulmones—. Sentía como si ya no supiera quién era. No podía recordar lo que se sentía al ver.

Zoe tragó saliva. Extendió la mano para tocarle el brazo otra vez; para alivio suyo, él no se apartó.

—no respondí a sus preguntas, n o hablé. Estaba orgulloso de mí mismo. Entonces empezaron con los demás. No sabría decirte qué les hicieron. Yo sólo oía...

Zoe recordó sus palabras sobre Diane, cuando le preguntó si había muerto y é l contestó que no pero que a veces deseaba que hubiera s ido así. Ahora empezaba a entender.

—les dije todo —dijo Max con voz ahora carente de emoción—. No recuerdo n i la mitad de las cosas que conté. Balbuceaba como un idiota para darles la información que necesitaban. Habría vendido a mi propia madre.

Se detuvo y miró sin ver la insondable oscuridad, el mar que se extendía ante ellos.

-vendí mi alma.

—no eres el primero al que le pasa —respondió Zoe sin alterar la voz—. Muchos hombres y mujeres

Han reaccionado como tú y nadie los culpa por ello. Max, te torturaron...

—no —él alzó una mano para detenerla—. No intentes excusarme o disculpar me, Zoe. Te aseguro que mucha gente lo ha intentado. Médicos, enfermeras, camaradas, amigos... Incluso mis compañeros de equipo. Todos sobrevivimos, excepto Jack. Me dijeron que lo entendían. Dijeron que habrían

hecho lo mismo en mi lugar. Como si eso arreglara las cosas —aseguró con desprecio—. Por eso dejé el ejército. Fue una salida honorable debido a las heridas de guerra, pero la realidad es que no había nada de honorable en todo aquello. No podía mantener la cabeza alta. No podía siquiera mirarme al espejo.

Zoe se preguntó cuánto se habría castigado a sí mismo. Tenía la sospecha de que más que nadie. Sus siguientes palabras, sin embargo, le demostraron que estaba equivocada.

-mi padre vio mi auténtico «yo» — curvó la boca en una sonrisa triste—. No hemos hablado desde que

Dejé el ejército. Él luchó en Vietnam y también estuvo prisionero, pero él no...

Se detuvo y se limitó a sacudir la cabeza. Zoe no dijo nada; no podía hablar. Se limitó a seguir tocándolo, apretándole suavemente el brazo, ofreciéndole en silencio su consuelo.

—así que ahora entiendes por qué no podemos estar juntos —dijo él finalmente con tono firme.

Zoe detuvo la mano sobre su brazo. Sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada por la cabeza.

—ésa es la conclusión más errónea que he oído en mi vida —afirmó—. Estás intentando alejarme de ti para protegerte porque tienes miedo de salir herido.

-¿ahora eres psicoanalista?

Zoe sonrió con tristeza.

—no. Sólo hablo por experiencia. Yo también he tenido miedo —le acarició el brazo—. Sigo teniéndolo.

Transcurrió un largo instante antes de que Max volviera a hablar. Cuando lo hizo, la rabia y la desesperación habían sido sustituidas por una firmeza que alarmó todavía más a Zoe.

El mes que pasé prisionero con los ojos vendados fue lo peor de mi vida. Creí que lo había dejado atrás cuando salí del ejército. Dediqué toda mi energía y mi tiempo a empren der mi negocio. Incluso volví a volar. Cuando todo se oscureció en el avión y me estrellé, fue un cataclismo para mí. Hubo dolor, por supuesto, pero también volvieron los recuerdos de cuando me estrellé en combate. Y luego el diagnóstico... Fue como volver a revivirlo todo. El accidente seguido de la oscuridad. La ceguera. La idea de estar completamente ciego como entonces, de ser tan indefenso, me aterroriza.

Se giró para mirarla con sinceridad desnuda.

—no quiero volver a estar en una posición tan indefensa. Y no permitiré que nadie vuelva a resultar dañado por mi incapacidad.

Max miró hacia el mar y guardó silencio.

-entiendo —dijo por fin ella con v oz calmada—. Así que tu deseo de protegerme de tu indefensión es lo que te lleva a no implicarte en mi vida. Ni en la de tu hijo.

Max inclinó la cabeza para poder mirarla por el rabillo del ojo. Le había dicho que la visión periférica era la que mejor conservaba. No dijo nada.

-¿por eso me has traído a tu c asa de la playa? —continuó ella—. ¿para decirme que no puedes implicarte?

-confiaba en que...

—¿en qué? —atajó Zoe. La furia estaba ganando a la desesperación—. ¿y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—todo —se limitó a contestar él—. Todo es muy duro. ¿quieres que te hable de tortura? —le preguntó soltando una breve risotada.

—no especialmente.

—tortura es ir contigo a la ciudad. Cada segundo fue un infierno.

—siento que mi compañía sea tan agobiante —contestó Zoe dolida.

—no me refiero a estar contigo — le explicó Max con impaciencia.

—ya lo sé. Pero al final es lo mismo, porque vas a dejar que tu maldita autocompasión te impida tratar de ser feliz.

—¡no puedo ser un buen marido para ti, Zoe! —las palabras salieron en un gruñido angustiado—. No puedo quedarme sin hacer nada si algo terrible llegara a pasar. Y pasar á. Algún día, en algún momento, te fallaré. Fallaré a nuestro hijo. ¿crees que puedo arriesgarme a que suceda eso?

—¿soy la prisionera de un ejército enemigo? —preguntó ella alzando los brazos—. ¿estoy atada, amordazada? No. Esto no es la guerra, Max. Tal vez estés ciego, pero estás muy lejos de ser un inútil.

—habrá momentos... Cosas que no pueda...

—y también hay cosas que yo no puedo hacer —le espetó ella—. Ya te he dicho que no sé cocinar.

—¡deja de trivializar este asunto! —exclamó Max furioso—. Tal vez creas que puedes manejar la situación, Zoe. Puede que te veas como una maldita enfermera, pero ¿estás preparada para llevar la vida que yo tengo que...?

—¿vivir como un recluso? ¿acaso estar ciego significa que no puedas relacionarte en sociedad?, ¿vas a empezar a almacenar periódicos y a adoptar gatos?

—déjalo —Max cortó el aire con la mano.

—no, déjalo tú —respondió ella con firmeza—. Deja de sentir lástima de ti mismo. Conozco los síntomas porque yo también los he vivido. Cuando los periódicos contaron la historia de mi origen caí en la autocompasión. En su momento no fui consciente de ello, estaba envuelta en la lástima: la pobre Zoe que no conoció a su madre; la pobre Zoe, que siempre se sintió fuera de lugar; la estúpida, la huérfana. Supongo que lo utilicé como excusa para el comportamiento poco ejemplar que tuve durante años.

Max abrió la boca para decir algo, pero ella no se lo permitió. Necesitaba decir aquello, y él necesitaba oírlo.

—cuando me quedé embarazada, estuve a punto de volver a interpretar el papel de víctima. Pero me di cuenta de que este bebé es lo mejor que me ha pasado en la vida. No porque sea un accesorio de moda, sino porque he encontrado un propósito para mi vida. Quiero amar y dar forma a esta nueva vida, guiar sus pasos y darle fuerza . Quiero ser madre —concluyó Zoe—. Y las madres no pueden permitirse el lujo de sentarse y auto compadecerse. Y los padres tampoco.

—entiendo tu punto de vista —aseguró Max—. Pero para mí es una cuestión de honor, Zoe. Fallé a varias personas. Sobre todo a Diane.

—lo siento, Max —aseguró Zoe con sinceridad—. Pero no puedes permitir que un episodio del pasado, por muy traumático que fuera, defina toda tu existencia. No puedes permitir que arruine tu futuro. Nuestro futuro.

—no tenemos futuro —afirmó él con rotundidad—. No podemos tenerlo.

Zoe se lo quedó mirando. Tenía ganas de gritar y tirarse del pelo como una niña enrabietada. En seguida se le pasó y se quedó completamente vacía. No podía razonar con Max, no serviría de nada. Él había tomado una decisión y en el fondo de su alma, con el corazón roto, ella sabía que no cambiaría de opinión. No podía cambiarlo. Po día, como se había dicho el día anterior, cambiarse a sí misma.

Se levantó lentamente de la aren a fría y se detuvo detrás de él observando las rígidas líneas de su cuerpo.

—sólo dime una cosa —dijo con voz carente de emoción—. ¿me amas?

Max no respondió. Zoe se dio cuenta de que no esperaba siquiera que lo hiciera. Se dio la vuelta y se dirigió de vuelta hacia la casa, lejos de Max. Cuando llegó al camino de tablones de madera que serpenteaba entre las dunas, escuchó su respuesta:

—sí.

***

Max se quedó sobre la fría aren a hasta que el cielo se iluminó con los primeros pálidos rayos del sol. Eso sí podía distinguirlo: la oscuridad se fundía en gris, en la nada, como un lienzo en blanco. Él se sentía tan en blanco como el cielo, vacío de luz, aunque tal vez fuera una manera de protegerse a sí mismo. Porque tenía la sensación de que bajo aquel entumecimiento confortable había un pozo profundo de emoción que no s e atrevía a sondear. Dolor, pérdida, miedo, culpa. Demasiados sentimientos. Demasiada verdad que asimilar.

Zoe tenía razón. Sentía lástima de sí mismo, se había estado auto compadeciendo desde que supo el diagnóstico. Dios sabía que quería ser fuerte. Recio. Tomárselo como un hombre, como su padre le había urgido a ser cuando tenía seis años y sintió deseos de llorar cuando su perro murió. Venirse abajo durante un interrogatorio enemigo había sido la gota que colmó el vaso de su padre. Max había demostrado ser un completo frac aso como hijo para él. Una humillación, una vergüenza.

Y él se sentía así. Tal vez por es o no estaba dispuesto a arriesgarse a tener una vida con Zoe. No podría soportar que se avergonzara de él. Perderla por su debilidad. No era en absoluto una cuestión de honor; se trataba sencillamente de una cuestión de miedo.

***

Zoe no volvió a ver a Max. Se tumbó en la cama y contempló cómo se iluminaba el cielo y las estrellas se iban apagando una a una. Tal vez durmiera; no estaba segura. Cuando por fin se hizo la hora de llamar a un taxi y buscar la forma de volver a nueva york, lo hizo con el corazón apesadumbrado.

El taxi la llevó hasta east hampton y desde allí tomó un autobús lleno de turistas bronceados de fin de semana que regresaban a la ciudad riéndose y charlando. Desde la estación central tomó un taxi hasta su apartamento y entró

en aquel santuario frío y silencioso sintiendo algo parecido al alivio. Era la sensación más auténtica que había experimentado desde que dejó a Max la noche anterior.

—has vuelto —lila, con su cabello gris y sus ojos oscuros, estaba en el pasillo que daba a la cocina y a la zona de servicio—. ¿dónde estabas?

—he pasado el fin de semana en t he hamptons.

¿había estado allí sólo tres días? Le parecía imposible. Se sentía completamente transformada, como si hubiera envejecido varios años.

-creo que necesito un baño y una cama —dijo sonriendo y girándose hacia su habitación.

—antes de que se me olvide —dijo el ama de llaves—, ha venido un hombre a traer una carta. Está en la mesa del vestíbulo.

—gracias —murmuró Zoe y corrió hacia la mesa en la que se dejaba el correo con el corazón latiéndole con fuerza.

¿habría ido Max directamente desde la casa de la playa para verla? Abrió el sobre color crema. Sintió una punzada de decepción y de sorpresa al leer el breve mensaje:

Me gustaría que nos viéramos.

Por favor, llama para concertar una cita cuanto antes.

T. Anderson

¿su padre quería verla? ¿por qué? ¿se arrepentía del modo en que la había echado con cajas destempladas? ¿iba a pedirle perdón al menos uno de los hombres de su vida?

Le importaba mucho menos que Max y, sin embargo, aquel mensaje, el contacto, le proporcionó a Zoe un instante de esperanza. Tal vez aquello, al menos, sí pudiera arreglarse.

***

Cuando llamó a la oficina de Thomas Anderson le pasaron directamente con su recepcionista.

—el señor Anderson la verá mañana a las cuatro en punto —la informó—. En el club collegiate de la quinta avenida. ¿lo conoce?

—no —reconoció Zoe—. Pero seguro que puedo encontrarlo.

Hacía un día maravilloso. El sol bañaba los edificios de la ciudad con su luz cuando Zoe se dirigió a la quinta avenida, hacia el lugar de encuentro. El club collegiate era un edificio imponente de fachada ornamental. Dentro había paneles de madera oscura y estanterías llenas de libros.

Encontró a su padre en la biblioteca; estaba sentado en una butaca leyendo con las gafas apoyadas en el puente de la nariz. Cuando la vio entrar acompañada de uno de los por teros, que desapareció inmediatamente, alzó la vista.

—hola —dijo Zoe en voz baja.

—me he tomado la libertad de pedir té.

—gracias.

Tomó asiento frente a él al borde de una butaca gemela. Anderson dejó los papeles que estaba leyendo.

-siento haberte hablado de ese modo el otro día, cuando viniste a mi despacho —dijo con voz formal—. Me pillaste por sorpresa. Cuando mi recepcionista anunció tu nombre pensé... Deseé que se tratara de una mera coincidencia. No me había llegado la información.

—¿no? —preguntó Zoe agarrando con fuerza el bolso. Se quedó mirando la alfombra de ricos tonos rojos y amarillos.

-no —aseguró Anderson—. Pero a hora ya he leído algunos artículos... Y siento lo que has tenido que pasar.

Zoe alzó los hombros en silencio. Era curioso, pero la humillación que había vivido cuando se supo la historia no era nada comparada con el vacío y el dolor que sentía en ese momento.

Anderson se aclaró la garganta.

-sin embargo, en Inglaterra tienes una familia que te apoya. Un padre que te apoya.

Zoe alzó la vista, sorprendida por la elección de palabras. Llegó el té y un camarero dispuso las tazas y los platos de porcelana fina.

—¿quieres servirlo? —le preguntó su padre. Zoe iba a tomar la tetera pero se detuvo a medio camino.

—¿por qué me has pedido que viniera?

-quería explicarte...

—¿explicarme qué? —presionó Zoe.

Se sentía extrañamente tranquila, y cuando Thomas Anderson volvió a hablar ni siquiera se sorprendió.

—por mucho que lo lamente, esta situación es... Insostenible —dijo, vacilante—. Tengo una esposa. E hijos.

—sí. He visto su foto. Tres. Cuatro contando conmigo.

Las facciones de Anderson se endurecieron y, sin decir una palabra más, le tendió la carpeta cuyo contenido había estado hojeando antes.

—quiero que firmes esto.

Zoe la abrió y hojeó aquel documento de aspecto oficial. Era un documento de renuncia, un acuerdo para impedirle reconocer siquiera la relación que tenían. A cambio recibiría d os millones de dólares. Alzó los ojos sin una lágrima.

—¿crees que necesito dinero?

—no lo sé —contestó él sin alterar la voz—. Teniendo en cuenta que no eres en realidad una
Balfour...

—¿ya no recibo dinero? —terminó Zoe por él. Cerró la carpeta y se la devolvió. Tras un instante, Anderson la tomó de mala gana.

-me temo que voy a rechazar tu oferta —dijo—. Seguro que a ti te ha parecido muy tentadora, pero gracias por demostrarme que la sangre en realidad no importa.

—Zoe... —era la primera vez que la llamaba por su nombre.

—no te preocupes. No necesitas u n acuerdo firmado para asegurarte de que guarde silencio respecto a ti. No quiero que nadie sepa que soy la hija de un cerdo egoísta sin corazón.

Anderson se sonrojó ligeramente .

-eso no es del todo justo...

-oh, ¿sólo en parte? ¿habría sido demasiado que me reconocieras de algún modo?, ¿que te explicaras? ¿amabas a mi madre?

Él parpadeó.

—sólo estuve con ella un verano. Los dos éramos desgraciados.

-entiendo —Zoe se levantó de la silla. Sentía las rodillas débiles, pero la v oz le salió con mucha fuerza—. Bueno, tienes razón en una cosa. Tengo una familia que me espera en casa, y todos me apoyan mucho. Y también mi padre. El auténtico —hizo un gesto hacia el juego de té—. Te dejaré que te sirvas tú mismo.

Capítulo 10

Zoe tomó un vuelo de regreso a casa, a Inglaterra, al día siguiente. Aquélla era su casa y siempre lo sería, por mucho que luchara contra ello por el dolor o el miedo al rechazo. Se había enfrentado a sus demonios y quería estar donde sabía que siempre sería querida, y acepta da. El lugar en el que cambiaría para convertirse en la mujer que siempre había querido ser.

Se había pasado por el centro antes de marcharse para darle las gracias a tiffany y a las otras voluntarias por su apoyo y su tiempo.

—parece que por fin te has aclara do —dijo tiffany abrazándola cuando se des pidieron.

—me temo que el padre sigue sin querer implicarse.

—tú solo puedes tener control sobre ti misma y sobre tus actos.

Zoe asintió.

—es muy cierto.

—en cualquier caso —dijo tiffan y dando un paso atrás—, pareces fuerte. Más fuerte que cuando supiste que estabas embarazada.

Zoe sonrió.

—así es —dijo simplemente.

***

Alquiló un coche en el aeropuerto. No quería llamar a la mansión Balfour para que el chófer fuera a recogerla. No quería que nadie supiera que iba a llegar. No estaba segura de la razón por la que quería que su llegada fuera una sorpresa; tal vez quería verlos con la guardia baja, tal vez quisiera ser real.

Había acabado con las farsas.

Cruzó las familiares puertas de hierro que tenían el lema familiar: validus, su perbus quod fidelis. El verde y bien cuidado césped rodeaba la imponente fachada, la entrada circular de gravilla y la fuente de estilo renacentista. De tuvo el coche bajo el pórtico de piedra y se b ajó. La gravilla crujió bajo sus pies y, para sorpresa suya, la puerta de doble hoja de la entrada principal se abrió casi al instante. Tilly, la segunda ex esposa de su padre y la persona que había ejercido el papel de madre con ella en muchas ocasiones, estaba allí.

—¡Zoe! —exclamó abrazándola con dulzura—. Qué contenta estoy de que

haya s vuelto.

—yo también —contestó ella apoyando la cabeza en el suave hombro de Tilly—. ¿dónde está papá?

—en su despacho —respondió la mujer apartándose un tanto.

Zoe asintió y se apartó de sus brazos para subir los escalones que llevaba n a su casa. Dentro, el vestíbulo estaba frío y oscuro. Se detuvo frente al despacho de su padre . La puerta estaba entreabierta y le pareció captar un dulce olor a tabaco. Sonrió y llamó suavemente con los nudillos.

—¿Tilly? —su padre parecía absorto y un tanto impaciente.

Zoe supo que debía estar leyendo. Abrió la puerta del todo.

—hola, papá.

Oscar alzó la vista. No dijo nada , se limitó a mirarla y a parpadear. Luego sonrió y se levantó de la silla dejando el libro que estaba leyendo.

—Zoe. Qué alegría verte, mi niña.

La envolvió en un abrazo tan cariñoso como el que le había dado Tilly, y ella apoyó también la cabeza en su hombro.

—yo también me alegro de verte.

—¿has encontrado lo que estaba s buscando? —murmuró Oscar contra su pelo.

Ella sonrió.

—creo que sí —dijo en un susurro.

Oscar la apartó de sí y frunció el ceño con preocupación.

—pareces cansada. Y estás muy pálida.

-ha sido un vuelo muy largo —no estaba preparada para contarle ni a él ni a nadie lo de su embarazo, aunque no le sorprendería que Tilly lo descubriera tarde o temprano.

—pero ¿estás bien?

Zoe asintió. Aunque tenía el corazón roto, estaría bien. Era fuerte.

-quería decirte que lo siento.

Oscar alzó las cejas.

-Zoe, querida, no necesitas disculparte por nada.

—claro que sí —aseguró ella—. M e dolió mucho saber que no era en realidad una Balfour. Pero más que herida, estaba asustada. Te mía que me humillaran, que me trataran de forma distinta y se burlaran de mí. Toda mi identidad estaba basada en ser una Balfour. Cuando descubrí que no lo era tuve que mirarme a mí misma.

—eso nunca es fácil —reconoció Oscar con una tenue sonrisa.

—ni tampoco bonito —apostilló ella—. Pero lo superé. Y ahora soy más fuerte.

—siempre has sido...

—más fuerte de lo que creía. Tal vez tuvieras razón —Zoe sonrió con los ojos húmedos—. Gracias.

Oscar le acarició suavemente la mejilla.

—para es un gran placer, Zoe. Er es mi hija y te quiero.

—yo también te quiero —aseguró ella antes de salir del despacho.

La mansión estaba extrañamente vacía. Bella y Olivia estaban viviendo su propia aventura, pero a Zoe no le importó. El silencio y la soledad ya no le asustaban. No le importaba estar a solas con sus pensamientos, aunque eso la llevara indefectiblemente a Max. Pensaba en qué estaría haciendo él, en cómo se sentiría, si la echaría de menos...

Unos días después de su llegada, Zoe supo que necesitaba actuar. No iba a dejarse caer en un estado letárgico, porque sabía que eso la llevaría a la autocompasión. Así que decidió ponerse en marcha. Se apuntó a un curso nocturno de biología básica y luego se dirigió al pueblo más cercano, donde había un centro para madres solteras en la calle principal. Sonrió a la mujer con aspecto de matrona que estaba al lado de la fotocopiador a en la zona de recepción.

—me gustaría ayudar como voluntaria —dijo señalando la máquina—. Se me da bien hacer fotocopias.

***

Los días se transformaron en se manas, y aunque Zoe estaba ocupada con el curso y con su trabajo como voluntaria, supo que tendría que contarle a su padre y los demás lo de s u embarazo. Pronto le resultaría difícil ocultarlo, y aunque las náuseas por fin habían remitido, el vientre se le había redondeado y tenía los senos muy grandes. Tal vez su padre no se diera cuenta de aquellos

detalles, pero sin duda Tilly y alguna de sus hermanas sí. A pesar de su recién adquirida firmeza y de la sensación de paz que había conseguido respecto a sí misma, le ponía nerviosa decirle a su padre que iba a tener un bebé y que el padre no estaba a la vista.

Al final resultó sorprendentemente fácil. Estaban cenando los dos solos en el enorme comedor, y ella no era capaz de tragar la sopa francesa de cebolla.

—no pareces tener mucho apetito —comentó Oscar con una mirada sagaz.

—no —Zoe apretó la servilleta que tenía en el regazo, aspiró con fuerza el aire y alzó la vista para mirar a su padre a los ojos—. La verdad es que estoy embarazada, papá.

La expresión de Oscar no varió.

—¿hay alguien en nueva york? —

preguntó con voz pausada. Zoe asintió.

—el no... Quiero decir, yo lo quiero , pero... Él no está

preparado para involucrarse. —entonces es un imbécil —

Oscar s e detuvo—. ¿quieres cuidar tú sola de tu hijo ? Zoe

tragó saliva y asintió. Oscar alzó la copa.

—pues brindemos por ese precioso pequeño. Y Zoe también alzó su copa.

***

-no acepto un «no» por respuesta.

Max apretó los dientes, aunque sonrió ante la insistencia

decidida de su hermana Allison. —pues tendrás que aceptarlo.

-lo digo en serio, Max. Has esta do alejado demasiado tiempo. No lo seguiré aceptando. Mañana comemos en el nobu. Más te vale estar allí al mediodía si no quieres que te saque de los pelos de esa monstruosidad moderna a la que llamas hogar.

-de acuerdo —Max estaba cansado de luchar—. A mediodía.

Para sorpresa suya, cuando colgó el teléfono se dio cuenta de que estaba deseando que llegara el momento. Habían pasado cuatro interminables y dolorosas semanas desde que Zoe se había ido, desde que él la había obligado a irse. S u asistente hizo algunas averiguaciones discretas y supo que había vuelto

a Inglaterra. La idea le resultaba dolorosa. Se había ido de verdad... Y era culpa de él. Había creído que hacía lo correcto y, sin embargo, no podía evitar preguntarse si sencillamente había tenido miedo y había utilizado el honor como excusa.

—tienes un aspecto fatal —dijo Allison cuando se sentó frente a él en una de las mejores mesas del restaurante.

Cuarenta años, elegante y poder osa abogada, Allison había estado tratando de manejarlo hasta hacía muy poco, cuando por fin había renunciado a hacerlo.

—me siento fatal —reconoció, sor prendido ante su propia sinceridad.

—¿va todo bien, Max? —preguntó su hermana con preocupación—. Sé que el accidente te conmocionó...

Max aspiró con fuerza. Zoe le había enseñado una cosa: no podía vivir con miedo. Ni tampoco podía vivir sólo y apartado.

—lo cierto es que hizo algo más que eso —aseguró, y entonces procedió a hablarle de su enfermedad.

Cuando terminó, Allison insistió en pedir una segunda botella de vino.

—no sé tú, pero yo la necesito —a firmó.

—creo que yo también —reconoció Max sonriendo.

Esperó hasta que hubieran servid o el vino antes de añadir:

—eso no es todo. Hay algo peor.

—¿qué? —exclamó Allison—. ¿qué puede haber peor que esto?

—conocí a una mujer —contestó él con tristeza.

-eso suena a buena noticia...

—hice que se fuera —no mencionó lo del bebé. Sabía que Allison mostraría hacia él un desprecio aterrador.

-¿por qué? —preguntó ella—. ¿por tu ceguera? ¿por algún enfermizo sentid o del honor? Dime que
No...

—algo así —reconoció Max—. Me p areció lo correcto en su momento, pero ahora me pregunto .

Se detuvo porque sintió un nudo en la garganta. Preguntarse era lo peor. Preguntarse le hacía sentir como si hubiera arrojado por la borda su única

oportunidad de ser feliz.

—¿dónde está ella ahora?

—en Inglaterra.

Allison guardó silencio durante u n instante.

—¿crees que te quiere? —le preguntó finalmente.

A Max se le había formado tal nudo en la garganta que apenas fue capaz de hablar.

—me dijo que sí.

—entonces se me ocurre una única pregunta —dijo Allison inclinándose hacia delante—: ¿qué diablos haces todavía aquí?

***

Hacía uno de esos días perfectos de verano. Las rosas estaban en su apogeo a lo largo del camino de gravilla, y el cielo se mostraba de un profundo y puro azul.

Zoe había extendido una tela sobre la hierba de la parte delantera para disfrutar de la luz del sol y tenía un libro abierto en el regazo. Se sentía casi feliz hasta que recordó. Entonces experimentó la dolorosa punzada de dolor que le hacía darse cuenta de que su felicidad era tan sólida como el humo. Había transcurrido un me s desde que Max la había echado en aquella playa oscura y fría. Miró hacia la enorme entrada vacía que brillaba bajo la luz del sol y se dio cuenta de que había estado alimentando, sin saberlo, la esperanza de que Max la encontrara. Escribiera. Llamará. Algo. Todo menos aquel silencio interminable cuando ella sabía que él la amaba, cuando él sabía que iba a tener un hijo suyo. ¿de verdad era tan orgulloso y tan obstinado?

Había pensado volver a nueva york y buscarlo, exigirle más respuestas. Sin embargo, no había más respuestas que las que ya le había dado. Solo que a Zoe no le gustaban. Las odiaba.

Cerró los ojos. No fue el orgullo lo que le impidió volver a nueva york; no le quedaba ya ninguno. Tampoco era el miedo, porque lo peor ya había pasado.

Era la desesperación.

Zoe abrió los ojos y parpadeó. Y volvió a parpadear. Había una figura de pie al final del camino de entrada. El corazón le dio un vuelco esperanzado, pero se dijo a sí misma que era imposible. Max Monroe no viajaría hasta Inglaterra para

ir a buscarla.

Y si lo hiciera, no llegaría caminando como un soldado regresando de la guerra.

Aparecería en su maldita limusina .

Entonces ¿quién era? ¿quién podría ser? Zoe se puso de pie. El corazón le latía con fuerza. La figura se acercó más, había algo de terrible y de maravilloso en los pasos lentos y deliberados que estaba dando. Zoe se acercó vacilante hacia la entrada y entonces se detuvo en seco. Ahora podía ver que se trataba de Max, y supo instintivamente que aquel era un trayecto que necesitaba hacer solo. Sin embargo, le pareció que tardaba una eternidad en cruzar la entrada. Pensó en lo desconocido que debía resultarle todo, lo extraño y tal vez aterrador, pero recorrió la distancia. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para poder verle la cara, se dio cuenta de que estaba sonriendo y dejó escapar un grito de júbilo.

Max se detuvo a escasos metros de ella.

—huelo a rosas —dijo.

—han florecido por todas partes. ..

—no, es más bien a agua de rosas. A ti.

Permanecieron de pie y en silencio. Zoe sintió cómo nacían las palabras dentro de ella dispuestas a salir. «has venido me has encontrado. Te amo». Pero consiguió guardárselas y esperó a que Max hablara.

—siento habértelo hecho pasar tan mal —dijo él finalmente.

Zoe dejó escapar una breve carca jada.

Perdonar le resultaba fácil. —disculpas aceptadas.

—no debería ser tan fácil.

—ya te he dicho antes que no

tiene por qué ser difícil. Max

guardó silencio durante un largo

instante.

—supongo que eso es lo que me da miedo —dijo con voz

pausada—. Va a ser difícil... Para mí. —yo estaré contigo.

—no quiero fallar. No quiero fallarte a ti.

Zoe parpadeó.

—no lo harás, Max, porque me quieres. Juntos

podemos ser fuertes. Él volvió a guardar silencio

de nuevo.

—creí que te había alejado de mí p ara protegerte. Pensé que estaba haciendo lo más honorable, pero tú tenías razón, Zoe. Era miedo. Es taba asustado. Todavía lo estoy.

—yo también —susurró ella—. No pasa nada.

—ha sido un infierno llegar hasta aquí —aseguró Max—. Escogí el camino más duro para ponerme a prueba. El metro, el aeropuerto y luego un autobús hasta el pueblo de Balfour. El resto lo hice caminando.

Zoe dejó escapar una carcajada incrédula.

—desde luego, te gusta poner las cosas difíciles. Podrías al menos haber tomado un taxi al aeropuerto.

Él se rió y, de pronto, la estrechó entre sus brazos y hundió el rostro en su cabello. Zoe lo rodeó con los brazos.

—lo siento —susurró Max—. Lo siento mucho.

Y Zoe sabía que era cierto. Que sentía haberla apartado de sí en la playa con el corazón y las esperanzas hechas trizas, y también lamentaba aquella tarde en su despacho cuando le dijo que no podía implicarse en la vida de su hijo, y su actitud a la mañana siguiente de que hubieran hecho el amor.

—te perdono, Max —susurró—. Te perdono y te amo.

Entonces se echó hacia atrás y l e sujetó el rostro con las manos, mirándose fijamente en aquellos ojos gris oscuro. Él le devolvió la mirada, y Zoe supo que podía verla. Tal vez no con los ojos, pero sí con el corazón. Entonces lo besó profunda y dulcemente, con toda la esperanza, el amor y la felicidad que sentía en lo más profundo, deseando que él también sintiera lo mismo. Y cuando él la besó a su vez, supo que así era.

Cuando por fin dejaron de besarse, Zoe sonrió y le tomó la mano.

—entremos —dijo—. Quiero que conozcas a mi padre.